



MARGOTTE
CHANNING

VIKINGE

VIKINGO

MARGOTTE CHANNING

margottechanning@gmail.com

Facebook: [margottechanning/page](https://www.facebook.com/margottechanning/page)

PROFECIA DE VIDA DE LOS BERSERKERS

Después de luchar en la Gran Guerra, los berserkers vencedores, serán recompensados, y encontrarán la otra mitad de su alma, su *andsfrende*. Esas mujeres serán hechiceras, descendientes de antiguo linaje. Solo ellas conseguirán, que el berserker encuentre la paz. Cuando la unión entre ellos se realice, el cuerpo de la hechicera sufrirá una transformación muy dolorosa. Las que sobrevivan, llevarán en su seno, una nueva estirpe de seres, fuertes y poderosos. Serán casi invencibles, desde su concepción. Y empezará una nueva era en la que, durante mil años gobernarán la tierra. Y por fin habrá paz.

CAPITULOS

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[EPILOGO](#)

UNO

Dinamarca, año 1182

Canute VI se volvió, una vez coronado, y se sentó en el trono que había ocupado su padre antes que él, hasta su muerte, una semana antes. Hizo una señal al guerrero que, junto a otros muchos, esperaba al pie de las escaleras, sobre las que él se erguía como rey de Dinamarca.

Sköll, se aproximó a su nuevo rey, con su característico andar poderoso. Medía no menos de dos metros, y todavía vestía el uniforme de Jefe de la Guardia Real, a pesar de que dejaría de serlo en unos instantes. Siguiendo la costumbre, hincó la rodilla derecha en el suelo, inclinando la cabeza, declarando públicamente su pleitesía.

- Majestad- el rey, de sólo 19 años, le miró de igual a igual. Observó su pelo negro, y sus ojos de distinto color, uno azul y otro dorado, que muy pocos se atrevían a mirar fijamente.

- Sköll, espero que hayáis cambiado vuestra decisión.

- Lo siento Majestad, pero debo partir. Hace 8 años que abandoné mi casa. Todo este tiempo, he vivido para vuestra familia. Pero ha llegado el momento de dedicarme a la mía. El país está en paz, y no me necesitáis. Erik, mi lugarteniente, puede ser mi sustituto perfectamente.

- No hay otro como vos, y lo sabéis. Soy consciente de que os debo la corona. Si no hubiera sido por vuestra fidelidad, mi primo Harald, estaría sentado en este trono- Sköll permaneció callado, fiel a su costumbre de hablar sólo cuando lo consideraba necesario- y, además, os lleváis al resto de berserkers- echó un vistazo a los cuatro gigantes que esperaban a Sköll, como siempre, cubriéndole las espaldas. Fieles hasta la muerte.

- Majestad, ya os he dicho que son hombres libres. Han elegido volver a casa.

- Ambos sabemos que os siguen incondicionalmente, tanto en la guerra, como en la paz- volvió a mirar al hombre arrodillado ante él, pero Sköll era capaz de aguantar mucho más que la mirada fija de un rey. El joven, finalmente, suspiró, dándose por vencido- Está bien, veo que no voy a convencerlos. Solo os pido, en recuerdo a la amistad que mantuvisteis siempre con mi padre, que, si fuera necesario llamaros, acudáis en mi ayuda.

- Por supuesto Señor, tenéis mi palabra - inclinó la cabeza de nuevo, a modo de despedida, y se levantó. Después de bajar las escaleras, atravesó el Salón Real, sin mirar a nadie. Le seguían los cuatro berserkers que habían formado, junto con él, la guardia personal del antiguo rey. Tenían fama, duramente ganada luchando por todo el país, de ser los guerreros más encarnizados de todo el ejército. Los grupos de gente de la sala, al verlos, les dejaban pasar, sin atreverse a que les rozaran siquiera.

Los berserkers eran muy útiles en la guerra, pero en la paz, era difícil que se amoldaran a la vida en la corte. Otra razón más por la que, ellos estaban contentos por irse de allí. Por fin volvían a casa.

Sköll hizo una seña a sus hombres para acampar. Lo harían al lado de un riachuelo. Ya era tarde, hacía horas que había anochecido, y los caballos estaban agotados. Estaba impaciente por llegar, pero todavía tardarían otro día. Se frotó la barba, áspera. Afortunadamente, había agua y se podría bañar, aunque estuviera helando. Se sentó en un tronco, observando, a la luz de la fogata, el mapa rudimentario, que le había mandado su hermano el año anterior.

Todos se distribuyeron por la zona, preparándose para dormir. Levantó la vista, observando

sus hombres, mientras realizaban las tareas necesarias, para establecer un campamento seguro.

Arud, su segundo en el mando, era el único que le sobrepasaba en altura, unos diez centímetros. Hasta que le conoció, no había visto, nunca, a un hombre más alto que él. Era rubio con ojos grises, de expresión inteligente, y capaz de mantener la tranquilidad en las peores circunstancias. Hjalmar, por el contrario, tenía el pelo castaño, ojos verdes. Llamaba la atención por tener el rostro lleno de pecas, así como una sonrisa permanente en el rostro. Excepto en la pelea, donde solía ser el más sanguinario de todos. Después estaba Carlson, el más serio, odiaba a todo el mundo. De pelo castaño y ojos azules. Y, por último, Dahl y Danielsen, primos, ya que sus madres eran hermanas, rubios, con los ojos azules uno y marrones el otro. Eran inseparables desde niños, luchaban siempre juntos, espalda contra espalda.

Según su costumbre, que les había salvado la vida en varias ocasiones, se separaron, durmiendo cada uno en un sitio distinto. Los caballos descansaban, ocultos, en un bosquecillo cercano. Cuando, finalmente se tumbó mirando las estrellas, su cabeza sobre el antebrazo derecho, casi sonrió. Por fin, podía buscarla. ¡Hacía tanto tiempo que esperaba este momento! Había estado largos años en la guerra, y, quizás por ello, no había sido consciente de ella, hasta unos meses antes. Al principio, le había costado mucho aparecerse ante ella. La había visto en sus sueños varias noches, pero sabía que era real. Lo que no sabía, era cómo conseguir viajar hasta ella. Desde entonces, todas las noches, fue probando, de manera intuitiva, hasta que una de ellas, consiguió que, su alma, viajara hasta ella. Desde entonces, llevaba semanas visitándola, y cada vez, conseguía estar más tiempo en su presencia. Debido a los poderes que ella poseía, estaba consiguiendo alargar las visitas. Cerró los ojos respirando hondo para relajarse, necesitando verla de nuevo.

Sigrid sintió cómo le caían las lágrimas. Sabía que soñaba. Volvía a ver a su madre, según estaba antes de morir. Y la llamaba. Hacía mucho que no soñaba con ella. Últimamente, solo un hombre rondaba sus sueños. Y ella deseaba, a la vez que temía, su presencia.

Sköll se encontró, minutos después, en la casa donde solía encontrarla por las noches. Ella estaba tumbada, en un jergón de paja junto al fuego. Se acercó, hasta arrodillarse a su lado, como si venerara a una diosa. Ella lloraba, como si le faltara lo más querido en el mundo. Él no podía resistir sus lágrimas. Observó su pelo, de los mismos colores que el otoño, a la luz de las llamas. Sus ojos estaban cerrados, pero recordaba perfectamente su color, eran verde oscuro, intenso, con chispas plateadas. Acarició sus largos mechones, maravillado por su suavidad, solo superada por su piel.

No podía hablar con ella, por lo menos, no con su voz. Su espíritu podía viajar gracias al berserker, pero su cuerpo seguía tumbado junto a la hoguera. Acarició su cara con el dorso de su mano, intentando limpiar sus lágrimas, ya podía tocarla y que ella sintiera su roce. Luego, la destapó. Seguía dormida. Llevaba una camisa, que se había enredado en torno a la cintura. Se quedó mirando sus piernas, largas y suaves. En la unión entre ellas, estaba el tesoro que él buscaba y que observaba hambriento. La entrada, protegida por unos sedosos rizos cobrizos. Se relamió al observarlos.

Ella despertó, y le miró somnolienta. En sus visitas, nunca se asustaba al verle junto a ella. Parecía esperarle. Sköll se inclinó para tomar uno de sus pechos con su boca. Ella apoyó una mano, temblorosa por la excitación, en la nuca de él, como si fuera un niño al que amamantara, y cerró los ojos disfrutando del placer. Sköll comentó a tirar con la mano, suavemente del pezón

del otro pecho, hasta que ella comenzó a gemir. Él sonrió. El mayor placer para él, era satisfacerla. Su cara de dicha, en ese momento, era lo más hermoso del mundo. Sorbió el pezón del pecho que había humedecido con saliva, tirando de él suavemente con los dientes. Hizo que su mano descendiera recorriendo su vientre hasta su coño, y, apartando los rizos, la penetró con dos de sus dedos. Había encontrado la resistencia virginal la noche anterior, y, ahora, estaba decidido a hacerla suya. No podía esperar más. Ya estaba húmeda. Ella le miró, clavando los dientes en su labio inferior. Él la besó, jugando con su lengua, haciéndola bailar con la suya.

Necesitaba decirle tantas cosas, pero no podía, no mientras sus cuerpos no se unieran. La espera había terminado, esa noche sería suya. Por fin la marcaría. Y ningún hombre podría tocarla desde ese momento, sin que él lo supiera. Se tumbó encima de ella besando su cara, escondiendo la cara en su hombro durante un instante, inhalando profundamente. El recuerdo de su olor le perseguía desde el primer día. La observó para ver si estaba preparada para penetrarla. Entonces, sintió que se resquebrajaba la conexión, y, aunque se resistió con todas sus fuerzas a que les separaran, no lo pudo evitar. Un segundo después desapareció. La mujer, que le mantenía abrazado, cerró los brazos sobre el vacío, y gimió como un animal herido. ¡No!, ¡otra vez no!, siempre ocurría lo mismo, y ella no podía soportarlo más. Comenzó a sollozar, como si le hubieran arrancado el corazón, encogida sobre su lecho como si fuera una niña.

Sköll se levantó con las garras extendidas a los lados del cuerpo. Las uñas crecidas, transformadas en diez cuchillas asesinas, como ocurría cuando el berserker luchaba. Sus ojos eran dos hielos ardientes, clavados en el incauto que le había despertado, separándole de su compañera. Aulló de rabia, como un lobo y se agachó en posición de ataque, frente a Arud.

Éste, levantó las manos en son de paz, y retrocedió un paso, al ver que estaba medio transformado. Era el único, de los cuatro que cabalgaban con Sköll, que se atrevía a despertarle.

- Tranquilo amigo. Tenemos compañía- observó cómo, Sköll, intentaba tomar de nuevo el control, y volver a la realidad- hemos oído ruido de caballos, están a punto de llegar. Te necesitamos lúcido, hermano- Todavía con los ojos rebosantes de bruma azul, Sköll asintió y le hizo una seña para que situara a los hombres. Se colocaron a los lados del camino, a la espera. Pocos momentos después, pasaban ocho jinetes armados, con los caballos al paso. Por su actitud, era evidente, que buscaban a alguien. Sköll, que pudo observar la cara de todos desde su posición, frunció el ceño al reconocer al jefe. Hizo un gesto para atacar, y que le dejaran los dos hombres más cercanos a él.

Poco después, tenía al jefe frente a él, sujeto por Carlson y Dahl. Todos los demás atacantes, estaban muertos. Arud, Danielsen y Hjalmar estaban echando los cuerpos al río, y recogiendo los caballos. No se había equivocado, el hombre había luchado en el ejército de Harald, le había visto luchando en el ejército enemigo, en la última batalla.

- ¿Por qué nos buscáis? – mientras le interrogaba, dejó que asomara a sus ojos, la fiereza del berserker. El hombre casi se muere de miedo.

- Mi señor nos ha ordenado que te llevemos ante él, y, si podemos, a tus compañeros también. Quiere tener a su disposición vuestra fuerza- Sköll no le creyó, por lo menos no del todo. Más bien, les habían enviado a asesinarles por la espalda. Seguramente mientras durmieran. Tardó pocos minutos más, en conseguir que confirmara lo que ya pensaba. Por un momento pensó sino arrastraría el peligro hasta su casa, pero Harald, sin hablar con estos hombres, no tenía manera de saber a dónde se dirigía.

Sigrid se bañó en el río para tranquilizarse. Se frotó el cuerpo, insatisfecho, hasta que creyó que se arrancarían la piel. Ya en su casa, se hizo una infusión calmante. Mientras la bebía, se sentó en las escaleras de su amada cabaña, observando el bosque. Allí tomó una decisión, no consentiría que volviera a pasar. Sabía que, en gran parte, la culpa era de ella, por dejarle libre acceso a su mente. Pero no había podido evitarlo. La curiosidad había sido muy fuerte. Al principio, las visitas habían sido más espaciadas, y por poco tiempo. A los dos les costaba mantener la concentración necesaria, para controlar la unión espiritual. Pero ambos se habían ido haciendo más fuertes. Ahora podían estar más tiempo juntos, sin consecuencias graves. Ella solamente sentía un leve dolor de cabeza después. Las dos últimas veces, él había cortado la comunicación de repente, dejándola insatisfecha. Estaba cansada de sentirse así, y sola. Muy sola.

Había vivido en aquella cabaña desde que recordaba, aunque su madre le había contado que nació en un pueblo del norte. Allí, sus padres se habían conocido, y vivido juntos unos años, hasta que, en una incursión normanda, asesinaron a su padre. Su madre huyó con ella, sobreviviendo gracias a sus conocimientos de hechicería, que le había enseñado a Sigrid desde niña. Siempre recordaba a su madre triste. Nunca se había recuperado de la muerte de su padre. Un año atrás, comenzó a sentirse enferma, hasta que dejó de levantarse. Había muerto hacía tres meses.

Desde entonces, para Sigrid, nada había vuelto a ser lo mismo. No tenía a nadie. Nadie que la quisiera, o que se preocupara por ella. Los vecinos de las granjas cercanas, venían a por ungüentos o pócimas, incluso filtros de amor. Pero no tenían amistad con ella, porque era la hechicera, ni la tendrían nunca. Solo una persona le había dado su cariño, y había sido su amigo desde que le conoció, Harold. Muchas veces la visitaba, llevando algún regalo para su madre, que conseguía que la anciana sonriera. Él, incluso, cavó su tumba, cuando murió, a la orilla del río. Descansaba cerca de allí, en su rincón preferido. Sigrid iba todos los días a visitarla.

Harold vendría hoy precisamente, a por una respuesta, ya le había dado demasiadas largas. Lo ocurrido la noche pasada, la había decidido por fin. Se casaría con él, y no estaría sola nunca más, pero no le daría el poder suficiente, para destrozarle la vida si faltaba. No cometería los mismos errores que su madre.

Los cinco jinetes parecían demonios gigantes, con barbas pobladas y armados hasta los dientes. Todavía estaban a caballo, parados bajo la nieve, observando las construcciones de madera que tenían enfrente. Arud se movió, para acercarse a su caballo al de Sköll:

- ¿Todo esto es tuyo? – su jefe, y hermano berserker, le miró con los ojos bicolor, chispeantes, por primera vez en mucho tiempo.

- Eso creo. Increíble, ¿no?, nunca ha sido mejor utilizado un dinero ganado en la guerra- echó otro vistazo a la gran casa, construida en madera y piedra, así como, lo que se imaginó, sería el granero y los establos. Algo más alejada había otra vivienda. La señaló.

- Si no me equivoco, esa debe ser vuestra cabaña- Arud elevó las cejas asombrado.

- ¿Le pediste que nos hiciera una cabaña? - Sköll asintió sin decir nada más. Arud conocía su parquedad en palabras, Sköll prefería actuar.

- Vamos, no podemos quedarnos aquí todo el día.

Les abrió la puerta una esclava rubia, con aspecto de asustadiza, que retrocedió dos pasos, al

ver a semejantes gigantes entrando en la casa.

- Soy Sköll- ella asintió y salió corriendo despavorida. Un momento después, se escuchó un grito. Harold se acercaba casi corriendo, para abrazarse a su hermano, ambos sonrientes. Sköll, le separó de sí, mirándole incrédulo.

- Sí que has crecido, hermanito- Harold sonrió.

- ¡Por fin has venido a casa! - miró a los demás- ¡pasad, por favor!, está todo dispuesto desde hace días. Observó los hombres, con las barbas heladas. La primera criada vino con otra más, con cuernos de aguamiel caliente, para que entraran en calor. Harold les miró sonriente. Venid, seguidme, traeros la bebida si queréis.

Atravesaron una puerta que estaba a la izquierda en la misma entrada. Recorrieron un pasillo y giraron a la derecha, bordeando la vivienda. Casi enseguida, a la izquierda, había otra puerta. Harold giró la cabeza y miró a su hermano, con actitud traviesa.

- Creo que esto no te lo esperas Sköll - entró en la habitación, seguido por los cinco hombres. Harold prendió una de las antorchas, que había enganchadas a la pared. Con ella en la mano, encendió las tres restantes, lo que les permitió ver, toda la habitación al completo.

Era un habitáculo en forma de círculo, que tenía en el centro una enorme piscina de agua caliente. Sköll se acercó incrédulo y tocó el agua. Estaba muy caliente, era increíble. Miró a Harold. Este se encogió de hombros.

- Cuando estábamos excavando para construir la casa, encontramos un manantial subterráneo de agua caliente. Decidí mover la ubicación de la casa, y aprovechar para hacer unas termas, como las romanas. He leído mucho para ver cómo estaban construidas, creo que ha quedado bastante bien- miró alrededor orgulloso. Sköll observó el sistema de desagüe, sencillo pero efectivo, y los dos surtidores, que terminaban en dos cabezas de dragón, que expulsaban agua por la boca. Hjalmar, ya desnudo, se lanzó a la piscina lanzando un alarido, y provocando que el agua salpicara a todos. Los demás, exceptuando Sköll y Harold, comenzaron a desnudarse riendo.

- Ahí tenéis jabón y toallas, luego vendrán Lena y Dahlia a traeros ropa para que os cambiéis. Así podrán lavar vuestras cosas- su hermano se acercó a él y le cogió del hombro con cariño, mirándole fijamente con sus ojos desiguales.

- Gracias hermano- Harold se ruborizó de felicidad. Mucho más bajo que su hermano, con pelo rubio con rizos, y los ojos azules, eran tan diferentes como el día y la noche.

- Disfrutad tranquilos, diré a las esclavas que preparen la cena mientras. Tenemos mucho de que hablar hermano- salió de allí dejando a los hombres gritando gozosos, al contacto con el agua caliente.

DOS

La cena transcurría, entre carcajadas y golpes en la mesa, que daban los comensales al reír. Todos, habían comido hasta hartarse, y ahora bebían contando anécdotas.

Sköll nunca les había hablado de su vida anterior, exceptuando algún comentario sobre su hermano. Arud aprovechó para preguntar algo, sobre lo que tenía dudas hacía tiempo.

- ¿Y vuestros padres como murieron Sköll? – los hermanos se miraron, Harold decidió contestar. Seguramente, para él, era más sencillo contar la verdad. - Nuestra madre murió al nacer yo- suspiró sufriendo por su hermano, al fin y al cabo, él no recordaba nada. Sköll le observaba tranquilo, hacía mucho tiempo, que esa herida había dejado de doler.

- Mi padre creyó que yo había nacido débil, e invocó la antigua ley, para abandonarme a la intemperie. Según él, de todas maneras, no sobreviviría. Sköll esperó a que durmiera la borrachera, y huyó de allí conmigo, el mismo día de mi nacimiento. Él tenía trece años. Nuestro padre ya había abandonado a dos hermanos nuestros, recién nacidos, en la nieve. Sköll se había llevado una paliza, por intentar salvar al último.

Todos callaron al escucharle, observando a Sköll.

- No podía dejar que ocurriera otra vez, pero la última vez que intenté impedirlo, casi me mata de la paliza. Por eso esperé a que se durmiera, estaba muy borracho- se encogió de hombros- le robé el dinero que llevaba encima, y el que guardaba mi pobre madre, que ya estaba muerta, debajo de la cama. Me despedí de ella, y me marché de allí con Harold. Nunca le hemos echado de menos.

- Un brindis por Sköll, el hombre más valiente que he conocido- Hjalmar, el que lo proponía se había puesto en pie, el más hablador de todos. Siempre tenía, excepto cuando entraba en combate, una sonrisa permanente en el rostro.

Todos brindaron alegremente. Harold se levantó, algo nervioso, para hacer un anuncio:

- Ahora, me gustaría anunciar una buena noticia. Espero que te haga tan feliz como a mí, hermano- Sköll levantó la mirada hacia él, sorprendido.

- La mujer de la que estoy enamorado desde hace meses, me ha aceptado, por fin, como su prometido. Espero casarme lo antes posible- entonces se formó una algarabía de gritos. Sköll abrazó a su hermano pequeño, levantándole del suelo, riendo a carcajadas. ¡No se lo podía creer!

- ¡Felicidades hermano!, menos mal que has construido una casa tan grande ¡Viviremos aquí todos juntos! ¿y dónde está ella? – Harold no pudo contestar enseguida, aturdido por las felicitaciones, y palmadas continuas en la espalda. No consiguió hablar, hasta que no volvieron a sentarse:

- Vive en el bosque, siguiendo el curso del río que atraviesa nuestra granja- Sköll frunció el ceño.

- ¿Sola? – preguntó

- Sí, su madre ha muerto hace poco. Llevaba tiempo enferma. Es curandera, también teje. En realidad, ha hecho las ropas que lleváis todos- sonreía feliz- Por fin, hace un par de días, me dijo que sí.

- Harold, escúchame, tienes que traerla a casa. No es seguro que una mujer, en estos días, viva sola. En el camino de vuelta, hace cuatro días, nos atacaron unos soldados del ejército de Harald. Seguro que habrá más como ellos - el joven palideció, al escucharlo.

- Mañana a primera hora iré a buscarla. Se resistirá, pero la traeré como sea.

- ¿Cómo que se resistirá?, ¿pero es que la dejas decidir sobre esos temas?, sobre su seguridad no hay discusión posible- Sköll fruncía el ceño, algo molesto.

- Tú no la conoces, es la mujer más bella del mundo, y la más generosa, pero tiene un carácter de mil demonios. Sabe muy bien lo que quiere- todos rieron y volvieron a beber. Continuando hablando sobre los viajes, que habían hecho por todo el país, a causa de la guerra.

Sköll no quiso quedarse mucho más tiempo bebiendo, ya que quería acostarse pronto. Necesitaba verla. Desde hacía cuatro noches, no había podido contactar con ella. No sabía por qué. Era como si alguien hubiera cortado el puente, que necesitaba para llegar hasta ella. Sin embargo, la notaba cercana, intuía que vivía por la zona. Se tumbó en la cama boca arriba y cerró los ojos concentrándose, dejándose llevar.

Sigrid se había dormido, mirando el fuego. Había estado trabajando en un cocimiento, para que él no pudiera alcanzarla. Pero tenía que tomarlo antes de dormir. Lo hacía todos los días, pero esa noche se había dormido, sin darse cuenta de que no lo había bebido. Él vino a ella y no pudo prohibirle la entrada, ni cerrar el portal. La despertó besándola, ella se resistió, y él la miró confuso. Intentando transmitirle sus sentimientos, cogió la mano derecha de la mujer y besó su palma ardorosamente, luego, la puso sobre su propio corazón. Ella, aunque sangraba por dentro pensando en lo que iba a hacer, la retiró despacio para que viera su rostro y negó con la cabeza, mientras lloraba, sin poder evitarlo. Después invocó sus poderes con la mente, y, poco a poco, la figura de él se fue desdibujando, hasta desaparecer. Ella escuchó, en su cabeza, su grito de furia. Luego, se hizo el silencio. Con la mano temblorosa, aferró el cuenco con el hechizo, y lo bebió deprisa. Se volvió a tumbar, sabiendo que ese no era el final. Había sentido su determinación por volver.

Al día siguiente, todavía alicaída, recogía las hierbas necesarias para hacer un ungüento, cuando escuchó un caballo. Acababa de bañarse en el río. Lo hacía generalmente al amanecer, dando así las gracias a la madre tierra por sus dones, de acuerdo con sus creencias, aprendidas de su madre. Esperó, antes de aparecer por el sendero, hasta que escuchó a Harold llamándola.

- Hola Harold- él vino hacia ella y la besó en la boca, ligeramente. Todavía no estaba acostumbrada a sus besos. Sin embargo, había otros, que no podía olvidar, con los que había vuelto a soñar la noche anterior.

- Sigrid, por fin ha llegado mi hermano con sus amigos. Tienes que venir a la granja. Los atacaron por el camino a pocos días de aquí. Dicen que hay muchos antiguos soldados sin casa, arrasando granjas y matando a la gente que vive aislada. No es seguro que te quedes aquí, sola- ella le miró asustada.

- Pero mi madre- miró en la dirección donde estaba la tumba, escondida en el bosque.

- No se adentrarán en el bosque, pero tu cabaña está muy aislada. Coge lo necesario, por favor. Es peligroso incluso que nos quedemos aquí. Sköll quería venir conmigo, pero me he escapado mientras se bañaban- ante la cara de duda de ella, volvió a insistir- Coge lo imprescindible querida, vendremos otro día con un carro, a por todo lo demás- ella asintió, algo desorientada. No sabía por qué, se sentía rara siempre que escuchaba el nombre del hermano de Harold. Entró en la casa y salió poco después, con dos bolsas, una con algo de ropa, y otra con sus remedios.

- Con esto tengo para un par de días, pero dejo aquí todas mis cosas. Tendré que volver Harold.

- Vendremos, te lo prometo- cogió las bolsas y las colgó del caballo, luego, la montó ante él,

y él lo hizo detrás. Sigrid no había montado nunca a caballo, siempre había ido a todos los sitios andando, o en carro. Estaba incómoda, pero no dijo nada. No sabía si debido a las palabras de Harold, sobre los soldados, pero tenía un mal presentimiento.

Sköll entrenaba con sus hombres, como todas las mañanas. Ya era una costumbre, que les permitía gastar gran parte, de la enorme cantidad de energía que tenían. Además, después de la noche anterior, tenía que conseguir que se le pasara el enfado como fuera. Era mejor eso que liarse a golpes con algo, o alguien. Escuchó un galope que le hizo apartarse del grupo y dirigirse a la entrada. Entrecerró los ojos al ver el caballo y a su hermano. Entre sus brazos, una mujer, a la que no se veía bien por la cabeza del animal. Esperó quieto, con el corazón latándole demasiado deprisa, a que llegaran. Arud se acercó, intranquilo:

- ¿Ocurre algo Sköll? - no fue capaz de hablar. Pero Arud lo supo. Nada más verle. Observó al jinete y a la chica, luego volvió a mirar a su amigo.

- ¡Mierda! - Sköll seguía mirando el caballo, ya a punto de llegar. Todo su cuerpo estaba rígido. Arud miró a los demás y se acercó para darles instrucciones. Tenían que conseguir algo de tiempo para su amigo. Si no, no sabía lo que podía ocurrir.

Harold frenó el caballo. Estaba más sonriente de lo que Sköll le había visto en la vida.

- ¡Qué bien que estéis aquí! - bajó de un salto, y se volvió enseguida, para bajar a su prometida, cogiéndola de la cintura. Luego, la llevó de la mano junto a su hermano. No se dio cuenta de la cara de sorpresa de ella, al ver a Sköll, ni de que bajó la vista ruborizada y aturdida.

- ¿No es Sigrid la mujer más hermosa del mundo? - Sköll, nunca supo cómo fue capaz de decir:

- Has elegido bien hermano- Arud y los demás irrumpieron para felicitarle, colocándose entre los dos hermanos, y separando a Harold de la mujer. Ella y Sköll se miraban como si fueran enemigos.

Arrastraron a Harold al granero, aunque él se resistía entre risas. Preguntándole varias cosas a la vez, le sacaron de la vista en unos segundos.

Sköll se acercó a ella. Sigrid no podía mirarle, volvía a tener la vista fija en el suelo.

- Mírame, no seas cobarde y mírame- ella lo hizo, tenía lágrimas en los ojos- ¿Por qué lloras? Eres una mujer mentirosa. ¿Cómo has podido comprometerte con él? Sabías que te buscaría. Estabas en mi mente, como yo en la tuya. ¿Por eso no me has dejado acercarme, desde hace días, y me expulsaste anoche?

- Ya es tarde Sköll, no sirve de nada que discutamos sobre esto- a él se le erizó el pelo de la nuca, solamente por escuchar su nombre en sus labios.

- ¡No!, no lo es, eres mi andsfrende. Sé que conoces la profecía, todas las hechiceras la conocéis. ¿Te atreves a mantener ese compromiso, sabiendo que me conducirá a la locura y la muerte? - no pudo soportar seguir mirándole. La miraba como si la odiara.

- No puedo estar contigo. Si quieres me iré. Sola, sin tu hermano. Buscaré otra tierra para vivir- él la agarró por el brazo haciéndole daño. Ella no se quejó, sabía que se merecía más dolor que aquél, solo por lo que había hecho.

- No irás a ningún sitio. A pesar de lo que digas, eres mía. No consentiré otra cosa- una idea, que hizo que la bestia rugiera en su interior, se instaló en su mente- ¿te lo has follado? - ella pegó un respingo al escuchar esa palabra, sabía que él la había utilizado, a propósito, para insultarla. Negó con la cabeza, sin ser capaz ya de hablar, debido al nudo que notaba en la garganta.

- Cuida de no dejar que te ponga las manos encima. Si ocurriera algo, por tu culpa, entre mi

hermano y yo, caerá sobre tu conciencia- ella palideció al escucharle. Sköll se separó bruscamente, lo que hizo que ella se tambaleara. Él la estabilizó por la cintura, y la volvió a soltar enseguida, ya que había escuchado volver a los hombres. Efectivamente, Harold reía mientras salía del granero, huyendo de los vikingos. Estos miraron a su antiguo jefe, y viendo la situación, permanecieron expectantes por si les necesitaba. Harold, moviendo la cabeza todavía entre risas, cogió a Sigríð por la cintura, para entrar en la casa. Ella tenía el estómago encogido, sintiendo la mirada fija de Sköll en su espalda, mientras caminaba.

Le enseñó la casa, ella nunca había estado en una tan grande y lujosa. Tenía cuatro dormitorios, una cocina, y una sala común, donde había una mesa enorme para comer. Todas las habitaciones tenían ventana. Una de las esclavas, Lena, le dijo que se llamaba, le trajo las bolsas a su habitación. Ella las cogió, dándole las gracias. Harold la había instalado en un dormitorio grande y luminoso. Se asomó a la ventana viendo el campo, aquello le parecía casi un milagro. Por supuesto, conocía el cristal. Había tenido entre sus manos algún vaso, de ese material, pero nunca había estado en una casa con ventanas. Creía que solamente las tenían en las catedrales, o en algunas iglesias.

Harold la dejó para que se acomodara, y por si quería refrescarse. Había una jarra con agua, y una jofaina, con jabón de olor al lado. Otro lujo que no había tenido nunca. La cama no era como la suya, que estaba en el suelo, ésta se elevaba sobre una estructura de madera, y tenía, en la cabecera, un tapiz de unos cazadores tras un ciervo. Guardó la poca ropa que había traído en el arcón que había bajo la ventana, y se sentó en la cama mirándose las manos. Tendría que irse de allí, no sabía cómo lo haría, pero no podía vivir con él en la misma casa.

Sköll y sus amigos no comieron con ellos, según Harold habían salido a cazar. Lo hicieron tranquilos en el salón, servidos por Lena y Dahlia. Sigríð picoteó la comida, Harold, por el contrario, estaba muy contento y comió bastante. Decidió hablar con él de lo que la preocupaba.

- Harold, estaba pensando que me gustaría que tuviéramos nuestra propia casa, ¿a ti no te gustaría? - él la miró sorprendido, obviamente no se lo había planteado nunca.

- No, ¿por qué?, aquí hay sitio de sobra, aunque se casara Sköll y tuviera hijos. Así, los nuestros, tendrían con quién jugar- era lo acostumbrado. Los hermanos, si se llevaban bien, solían vivir juntos, las mujeres y los hijos incluidos. Pero ella no podría soportarlo. Cuando Harold nombró la posibilidad de que Sköll se casara, había sentido como su cuerpo entero se rebelaba. Era mejor que no estuviera cerca de él, así los dos podrían hacer su vida. Al ver la cara de Sigríð, Harold le cogió una mano, e intentó tranquilizarla:

- Ya sé que mi hermano puede parecer serio, pero le cogerás cariño cuando le conozcas mejor, te lo aseguro. Me gustaría que os llevarais bien, Sigríð- ella frunció el ceño, desviando la mirada.

- No es eso Harold, no tengo nada en contra de Sköll- en ese momento, escucharon una voz tras ellos.

- Por supuesto, ni yo en contra de ella- no se habían dado cuenta, y le tenían detrás. Se había quitado las pieles, necesarias para salir fuera y hacer frente al crudo invierno. Ahora vestía unos pantalones negros y una camisa azul, que ella reconoció. La había tejido ella, sin saber para quien era.

Se sentó junto a ellos, con una sonrisa que le heló la sangre. Tramaba algo.

- Hemos decidido hacer una fiesta por vuestro compromiso - los hombres entraron, con un jabalí muerto, que llevaban a la cocina- como verás, ha habido suerte con la caza. Esta noche

celebraremos la buena noticia. Habrá comida y bebida en abundancia.

La tarde pasó rápidamente, Sigrid, por quitarse de en medio, se fue al huerto a pasear. Su madre y ella siempre habían tenido uno al lado de la cabaña, junto al río. Por la humedad que había allí, no era necesario regarlo. El que había en aquella casa, no estaba demasiado bien cuidado. Imaginaba que las esclavas tenían demasiado trabajo, para dedicarle tiempo. Se entretuvo arrancando malas hierbas. Así estuvo un par de horas, hasta que comenzó a anochecer. Entonces, escuchó gritos provenientes de la cocina, se oían porque la puerta por la que se salía al huerto, estaba abierta. Entró, extrañada, limpiándose las manos llenas de tierra. Era Sköll.

- ¡No me digas de nuevo que no sabes dónde está!, ¡búscala! – alguien salió corriendo. Pasó dentro con el ceño fruncido, no le parecía la manera adecuada de hablar a otra persona, fuera o no un esclavo. Además, ella no creía en la esclavitud.

Cuando entró, vio a Sköll y a Lena, la chica a punto de llorar. Se acercó preocupada.

- ¿Qué te ocurre? - la muchacha no parecía capaz de hablar sin llorar.

- ¿Dónde estabas? – Sköll la cogió de la muñeca con fuerza, haciéndole daño, y la arrastró hasta la despensa. Daba al norte, y era donde mejor se conservaban los alimentos. Sköll cerró la puerta y se apoyó en ella, mirándola como un león rabioso.

- ¿Dónde estabas? - repitió

- En el huerto, arrancando malas hierbas- no quiso contestarle que no le debía ninguna explicación. Ya estaba bastante enfadado.

- ¿Por qué?, además no le has dicho a nadie dónde ibas, no puedes hacer eso. ¿Entiendes? - la zarandeó con sus fuertes brazos, luego la aplastó contra su cuerpo, abrazándola- no puedo soportar que no sepa todo el mundo que eres mía. Tengo que tener el derecho de protegerte.

- Sköll, esto es una locura, por favor, suéltame. Harold estará buscándome.

- No, ha ido con Hjalmar y Carlson a enseñarles los campos. Cuando se ha ido he comenzado a buscarte, y creía que me volvía loco. Pensé que te habías escapado- siguió abrazándola y acariciando su pelo, tranquilizándose con su aroma. La besó en la boca con dureza. Al principio, ella se resistió, pero luego, le acarició la nuca, y durante unos instantes se entregó a él. Se separaron, ambos aturdidos por la pasión, y Sigrid salió corriendo hacia su habitación. Cerró la puerta respirando agitadamente y se apoyó en ella, decidida a no dejarle pasar. Se deslizó por la madera, hasta sentarse en el suelo, mientras intentaba encontrar una solución a aquella locura.

Los guerreros, durante la celebración del compromiso, bebían aguamiel como si se acabara el mundo, brindando continuamente por el próximo matrimonio, y por todo lo que se les ocurría. Sköll miraba a Sigrid con una concentración continua. Se fijó que casi no bebía. Ella intentó hacer lo mismo, pero no la dejaron, alegando que, como novia, debía seguir la tradición y beber por su próximo matrimonio.

Cuando terminó la cena, Harold y ella reían, totalmente borrachos. Arud se levantó para acercarse a Sköll, puso una mano en su hombro y le preguntó, en voz baja, que solo pudiera escuchar él:

- ¿Estás seguro hermano? – Sköll no dejó de mirar, en ningún momento, a Sigrid, ella reía continuamente con los ojos brillando como dos estrellas. Estaba bellísima, la cara sonrosada y feliz.

- Sí, no hay otra solución, lo sabes Arud.

- Sí- se sentó un momento junto a él- eres el primero. Todos queremos que, por fin, seas feliz,

te lo mereces Sköll. Además, tenemos esperanzas de encontrar también nuestras mujeres.

- Gracias Arud. Mañana no le digas nada a mi hermano. Es mejor que hable yo con él, y no dejes que salga a buscarnos, no es seguro. ¿Cuándo vas a hacerlo?

- Ahora, creo, ya está lo suficientemente borracho- se levantó, pero, antes de ir hacia Harold, se volvió por última vez- Sköll, ten en cuenta que ella no te conocía, no de verdad. Y no sabía que ibas a ir a buscarla, no seas demasiado duro- suspiró al ver que no le contestaría, y se acercó a Harold, comenzando su misión para dejar el terreno libre a su amigo.

Con otra excusa, creíble para Harold solo por su borrachera, consiguió llevarle a la cabaña. Sköll casi sonrió al ver a Sigrid dormida sobre la mesa, apoyada la cabeza en sus brazos. No había aguantado más, en cuanto habían dejado de hablarla, se había quedado dormida. Se levantó para ver si estaba todo preparado. Hjalmar fue a su encuentro:

- Te he puesto dos pellejos, uno con agua y otro de aguamiel, y otra bolsa con comida, por si acaso. Está todo en Gullfaxi, en la puerta.

- Está bien- cogió la capa que le daba y se la puso a Sigrid, atándosela al cuello, luego la cogió en brazos. La colocó en su caballo, y subió detrás, recostándola sobre su pecho. La abrigó bien, y abrazándola a la vez que cogía las riendas, se despidió de sus camaradas con una inclinación de cabeza.

Había luna llena, por lo que veía perfectamente el camino y el campo a su alrededor. Respiró hondo, tranquilo por primera vez en días. Por fin tenía a su andsfrende en sus brazos.

TRES

No le costó encontrar la cabaña, no hizo falta despertarla para que le guiara. Entró para dejar las bolsas, y luego, llevó a su mujer en brazos y la tumbó en el jergón. Conocía aquella pequeña habitación perfectamente, pero esta vez la podía sentir con su cuerpo, de verdad. Lo que ocurriera a partir de ahora, decidiría el destino de los dos. Le quitó la ropa despacio, con ternura, hasta que estuvo completamente desnuda. Aprovechando que seguía dormida, disfrutó mirándola, hambriento de ella.

Su mano se movió sola, sin pedir permiso a su cerebro, para acariciar uno de sus pechos. Los pezones estaban arrugados, se dio cuenta, por ello, de que en la habitación hacía demasiado frío. Él no lo notaba, solía tener calor incluso en pleno invierno. Se acercó a la chimenea y encendió el fuego. Eso hizo que pudiera apagar la antorcha, que había encendido al entrar. Se desnudó, dejando la ropa en una silla, donde había dejado la de ella. Sus armas, sin embargo, las había dejado al lado del jergón, por si las necesitaba. Se postró de nuevo ante ella, esta vez junto a sus pies. Tomó en sus manos el pie izquierdo de Sigrid y lo mantuvo entre ellas un momento. Pasó la palma de la mano por el empeine con fuerza, mientras lo sujetaba con la otra. Ella gimió, levantó la vista al oírla, sonriente. La conocía bien. Se había fijado en lo que le gustaba. Repitió la caricia, y volvió a escuchar el gemido. Dejó el pie en el jergón, y acarició los dos de esa manera, a la vez. Luego continuó ascendiendo por la parte interior de sus muslos, presionando para que separara las piernas. Cuando consiguió hacerse un hueco entre ellas, se arrodilló allí. En el centro de ella. Ante aquella hendidura que lo llamaba sin cesar, donde estaba el secreto más hondo de su femineidad. Se sentía, como si estuviera ante un festín lleno de platos, sin saber por dónde empezar.

Hizo entonces lo que quería hacer desde que la conoció. Cogiendo sus tobillos, levantó sus piernas y las flexionó, con cuidado, sin hacer movimientos bruscos, suavemente. Ella dijo algo ininteligible, pero siguió durmiendo. Ahora estaba totalmente abierta ante él. La visión de su interior, apetitoso, hizo que se relamiera. Notó cómo crecían sus uñas, debido a la excitación. Con esfuerzo, se concentró para que se introdujeran, de nuevo, bajo sus uñas de humano. Incluyó su cuerpo, para llegar con su boca hasta ella. Metió la lengua en su vagina, recorriéndola con glotonería, luego, subió hasta encontrar su clítoris, que sorbió con fuerza varias veces, ella en ese momento, ya gemía sin parar. Se retiró para observarla, le miraba con los ojos entrecerrados. Entonces, juntó su dedo índice y corazón y los introdujo en ella, suavemente, en repetidas ocasiones. Cuando el jugo de ella resbalaba hacia abajo, se agachaba para recogerlo con la lengua.

Sigrid estaba soñando con Sköll, otra vez, cuando se despertó al notar cómo doblaban su cuerpo en una posición extraña. Intentó apartarse, pero no pudo. Se había despertado ya ascendiendo, por la ola del placer. Su corazón martilleaba en la garganta. Abrió los ojos para descubrir que no era un sueño. Estaba desnuda, las piernas flexionadas, a los lados de la cabeza y sujetas por un par de brazos poderosos, que ella conocía muy bien. Intentó levantar la cabeza, pero el orgasmo ya la sacudía sin piedad. Gritó su liberación como nunca. Luego, se quedó relajada, con los ojos cerrados. Respiraba profundamente, a punto de dormirse de nuevo, incluso en aquella postura. Pero Sköll no la dejaría. Soltó sus piernas con cuidado, y las colocó

extendidas, de nuevo, en la cama. Y se tumbó sobre ella.

Cuando él bajó la cabeza, ella recordó que debía reaccionar y luchar contra aquel hombre, aún en contra de sí misma. Necesitaba poner en funcionamiento sus brazos y sus piernas. El problema era que, en realidad, no deseaba empujarlo lejos de sí. Además, estaba muy cansada. Inspiró profundamente. ¡Por la Madre Tierra!, olía estupendamente. A sudor fresco y limpio. Un almizcle oscuro y masculino. Su olor la había acompañado, cuando él la había abandonado cada noche.

Los labios de Sköll tocaron su cuello. Le pareció que la olisqueaba. Notó cómo sus pulmones se llenaban de aire, y su pecho se hinchaba.

-Estás preparada para ser mi mujer.

Si se refería a que la poseyera, ella estaba completamente de acuerdo con el plan. ¡Necesitaba tenerlo dentro! ¡Había esperado tanto tiempo! Luego se enfadaría con ella misma por esa decisión, pero ahora necesitaba que la penetrara, ¡ya! Su vagina latía por la necesidad.

Sigrid extendió las manos, y acarició su cara, luego su pecho. Notó como él dejaba de respirar, conmovido por su roce. Saboreando su poder, le sujetó por la nuca, para que bajara la cabeza y le besó introduciéndole la lengua. Eso lo volvió loco. La besó tan profundamente que parecía que no se despegarían nunca, mientras, acariciaba sus pechos.

Se separó de ella algo ruborizado, los ojos brillaban cubiertos por una neblina azul. Ella intuía, que eso significaba, que el berserker quería tomar el control. Según algunas profecías, solo los guerreros berserkers, que encontraban el verdadero amor, y yacían con su *andsfrende*, podrían controlar a la bestia interior. El pelo de él, largo, también acariciaba sus pechos. Levantó la mano para coger un mechón, era grueso y suave. Sköll la observó hacerlo, pareció sorprenderse, pero se quedó quieto. Todo en él irradiaba sexo, desde la fortaleza de su cuerpo, hasta la forma de moverse y el olor de su piel.

-Bésame - le pidió.

Él se inclinó sobre ella, con una fuerza controlada, y le mordisqueó los labios. Llenó su cara de besos, y lametones que la hicieron sonreír. Escondió, por un momento, la cara en su cuello, donde tomó entre sus dientes el lóbulo de su oreja, y apretó, casi haciéndole daño. Eso fue suficiente para que ella arqueara la espalda, totalmente excitada. Ella le miró interrogante. ¿Cómo sabía eso, si ni ella misma lo sabía?

- He prestado mucha atención en mis anteriores visitas. Quiero que disfrutes tanto en mi cama, que no pienses nunca, en abandonarme- Ella le sonrió, deleitándose con el súbito deseo de su rostro.

-Tócame Sköll.

Deslizó una mano sobre ella, y recorrió la suave y cálida piel. Su vientre era plano, y deslizó sobre él la palma de la mano, sintiendo el espacio entre los huesos de las caderas. Acarició con las palmas de nuevo sus pechos, provocando, los duros capullos de sus pezones. Besó uno de ellos, introduciéndoselo en la boca. Mientras, llevó la mano a la apretada masa de rizos rojos. Frotó con mimo la entrada, con la palma de la mano, regodeándose con la humedad que sentía, acercó la palma a su boca y la lamió. Volvió a penetrarla con dos dedos, estaba tan húmeda que rugió, aunque era muy estrecha. Se irguió sobre ella, empujando los muslos para separarlos y acomodarle, abriéndola completamente a él. Su erección era gruesa, pesada e intimidante. Sus ojos duros como el pedernal, mientras presionaba en el interior de su resbaladiza entrada. Ella

colocó las piernas alrededor de sus caderas, y él siseó cuando sintió como, su calor, le quemaba el miembro. Utilizó las pocas fuerzas que le quedaban, para detenerse y mirarla a la cara.

- ¿Vas a decirme de nuevo que no, Sigrid? ¿Vas a negarme lo que es únicamente mío? -Su voz fue ruda, áspera, su temperamento incendiario, como ella ya conocía. Sus ojos dolidos, todavía, por su negación.

Ella sintió como su cuerpo entero se tensaba, frustrado, latiendo de deseo, esperando una liberación que solo él le podía dar. No podía ser racional, ahora no, luego llegaría el momento de arrepentirse. Ahora lo necesitaba.

-No pares -susurró ella-. Quiero sentirte dentro de mí.

- Contéstame Sigrid, ¿Vas a hacerlo? ¿Te atreverás, después de esto, a negar que eres mía? – él insistía. Estaba segura de que sería capaz de no darles satisfacción a ninguno de los dos, si no escuchaba lo que quería o necesitaba oír.

Sigrid sacudió la cabeza. No podía hablar, ni respirar, su cuerpo ardía. El miedo fluía como lava a través de sus venas, ante la idea de lo que estaba por venir. Pero era mayor su miedo a que no ocurriera. No tuvo más remedio que ceder a su exigencia

- Soy tuya- dijo a través de sus dientes apretados.

Sköll empujó con fuerza, encajándose profundamente en ella con una dura estocada, sabiendo que ella era demasiado inocente para la cabalgata que estaba por venir, pero incapaz de detenerse. Se dejaba llevar por un hambre oscura, que casi consiguió volverlo loco. Su excitación era bestial, enardecida porque ella estaba muy caliente y apretada, e igualaba su pasión.

- ¡Es demasiado! ¡Es demasiado! - gritó Sigrid, intentando, desesperadamente, empujarle fuera de ella. La estaba matando, las sensaciones eran tan fuertes, que se sentía morir por momentos. Era demasiado grande para ella.

Él le cogió las muñecas en un apretón, sujetándolas contra la cama a ambos lados de su cabeza. Su boca tomó la de ella, mientras con las caderas empujaba más duro, más profundo, deseando más y tomando más.

La escena era salvaje y primitiva, él tenía una necesidad tan antigua como el tiempo, la de que se unieran por toda la eternidad. Su andsfrende. Su otra mitad. Los sentimientos le golpeaban, surgiendo de su alma mientras se enterraba profundamente en ella. Nunca se había sentido tan salvaje, el mundo ardía en llamas y giraba fuera de control. Sigrid dejaba escapar pequeños jadeos, y podía sentir como sus músculos se apretaban, tensándose hasta lo imposible, casi causándole dolor.

Sköll notó cómo su cuerpo se tensó, empapado de sudor y su corazón atronó y palpitó. El demonio rugió pidiendo liberación, urgiéndole a continuar. A pesar de todo, faltaba algo, necesitaba ligarla a él de todas las maneras posibles. Ella era su vida, todo su mundo. No podía permitir que se separara de él. No después de esa noche. El demonio volvió a rugir, pidiéndolo todo, insistía en que estableciera su reclamo. Durante un latido de corazón, las palabras rituales fluyeron hacia su boca, desesperadas por salir, y sin poder resistirse más las dijo en voz alta:

- Eres mía, mi corazón, mi mundo, mi andsfrende. Juro por mi honor, que tu vida y tu felicidad serán lo primero para mí, siempre. Por toda la eternidad. Nuestra unión será inviolable, en esta vida, y en las siguientes – terminó el ritual, mientras su cuerpo seguía taladrando el suyo. Sigrid le miraba asustada. No entendía lo que decía, porque hablaba en el idioma antiguo, pero sí entendió su significado.

Notó cómo se iban formando unos lazos invisibles, entre los dos espíritus, que harían que nunca pudieran separarse. El miedo hizo que la excitación de Sigrid se enfriara, y empezó a empujarle por los hombros. Él volvió a sujetarle las muñecas, y continuó entrando en ella. El ritual no estaría completo, si no se vaciaba en su interior. Eso provocaría la transformación.

Sigrid luchaba débilmente contra él, una batalla instintiva, casi sin pensarlo. El placer era tan intenso, que sentía que no podría sobrevivir. Sus caderas, a pesar de ella misma, se alzaban desesperadamente, encontrando las de él. Sollozaba, jadeando y suplicando, por él. Podía sentir como, su cuerpo se tensaba, sus músculos se apretaban, hasta que dejó escapar un fuerte grito. El orgasmo estalló dentro de ella, interminable, hasta dejarla mortalmente agotada, sin posibilidad de moverse. Le sintió hincharse incluso más, hasta que sus manos le aferraron las caderas con fuerza, y empujó más deprisa dentro de ella, una y otra vez, eyaculando profundamente dentro de ella. Sigrid, al notar el líquido hirviente en su interior, perdió la consciencia.

Sköll soltó un bramido de éxtasis. Ahora sabía cómo era el paraíso.

Un par de minutos después, fue capaz de levantarse. La observó, preocupado. Salió fuera, para darse un chapuzón, y trajo agua, para lavar a su compañera. Volvió poco después, ella no se había movido, seguía dormida. Recorrió su cuerpo con un paño húmedo, con mimo, incidiendo, especialmente, entre los rizos de su pubis, limpiando los fluidos de los dos. Quería que estuviera cómoda. Luego la arropó. Volvió a alimentar el fuego, no sabía si ella tendría frío. Alisó su hermoso cabello hacia atrás. Le parecía increíble, no estar siendo observado por aquellos suspicaces ojos. Se notaba extraño, más tranquilo que nunca. Como si el berserker se hubiera retirado, a algún rincón de su alma, extrañamente calmado. Se tumbó junto a ella, él en el suelo, y se quedó quieto. Simplemente observándola.

Sigrid caminaba por un campo lleno de flores, le gustaban tanto, y en su tierra eran tan escasas debido al frío, que disfrutó enormemente andando por aquella pradera verde, con pinceladas de todos los colores. Se giró sobre sí misma riendo, cuando alguien la llamó. El sol no la permitía mirar de frente, puso su mano sobre sus ojos, para que no la deslumbrase y así ver quién se acercaba.

- ¡Madre! - corrió hacia ella con el corazón saltando de alegría. Se abrazaron, su madre la acogió en sus brazos, riendo de felicidad. Pero no venía sola, la acompañaba un hombre. Se separó, para que se fijara en su acompañante.

- Mírale Sigrid, ¿no te acuerdas de él? – ella le miró, pero no le recordaba. Era un hombre moreno con los ojos verdes, y una sonrisa enorme en la cara. Él la cogió de las manos, y con una voz bondadosa le dijo:

- Eras muy pequeña, soy tu padre Sig- su madre le había dicho que la llamaba así, aunque a ella no le gustaba, y siempre la llamó Sigrid. Se abrazó despacio a él, no estaba acostumbrada a la idea de un padre. Pero se sintió segura y protegida en sus brazos. Su corazón estaba pletórico al verlos, juntos de nuevo.

- ¿Dónde estamos madre? ¿estoy soñando? - iban andando por el campo. Ellos se pararon, lo que hizo que ella también lo hiciera.

- Estamos en un mundo intermedio, más allá de los sueños, y más cerca del de los muertos. Hemos venido hasta aquí, llamados por ti - Sigrid se entristeció al saber que estaba muerta. Era demasiado joven. Estaba muy contenta por verles, era cierto, pero no quería morir, no todavía. Tenía muchas cosas que hacer.

- No quiero morir todavía madre, se me desgarró el corazón, al pensar en no volver.

- Eso no es por no volver a la vida, es porque has encontrado tu alma gemela, ¿te acuerdas que yo te explicaba que algún día lo encontrarías? - sonrió al recordar, era cierto- tú siempre te enfadabas, desde niña, y me decías que a ti no te pasaría. Creías que, con tu voluntad, podrías evitarlo. Pero eso no se puede evitar, niña mía. Cuando naces, ya está escrito en la palma de tu mano. En la tuya está escrito, solo que nunca has querido verlo.

- Prefiero quedarme con vosotros, a pasar una vida de sufrimiento, como la que pasaste tú- su madre se entristeció al escucharla.

- Me apena que pienses así, es cierto que yo he sido desdichada por la muerte de tu padre, pero los años que vivimos juntos, fueron los más felices de mi vida. Te estás condenando a no conocer, nunca, esa felicidad.

Sigrid hizo un mohín de testarudez con los labios, que su madre conocía muy bien. De repente, el mundo donde estaba, se tambaleó, sus padres la dieron un beso, antes de que ella desapareciera.

De vuelta a la realidad, abrió los ojos furiosa porque alguien la hubiera despertado, pero no había ocurrido así. Había sido su propio cuerpo. Su garganta ardía como si estuviera en llamas, puso las palmas en ella intentando calmar la sensación, pero no podía concentrarse lo suficiente. Había demasiado dolor. Sentía la piel muy sensible y dolorida, y algo que iba dejando un rastro ardiente se deslizaba por sus entrañas, alcanzando cada órgano de su cuerpo. Sköll levantó la cabeza, alerta. Pudo ver el conocimiento en sus ojos. Sigrid le miró, acusadora y asustada, esa extraña oleada de calor la daba miedo. Él intentó acariciarla, para calmarla, pero empujó sus manos para apartarle.

- Duele cuando me tocas. - Todo le ardía por dentro. Le empujó más fuerte, mientras el aire abandonaba sus pulmones, en una ráfaga llameante. Los ojos de Sigrid se abrieron con sorpresa, al no poder respirar. Sköll sintió la primera oleada de culpa. Volvió a arrodillarse junto a ella, aunque sin tocarla, sus ojos vigilantes, para intervenir en cuanto pudiera ayudarla.

- ¿Qué me ocurre? – entre tanto dolor vio el remordimiento en sus ojos - lo sabes, ¿verdad? ¿Qué me has hecho? -La respiración abandonó su cuerpo y se convulsionó un par de veces. Luego, se quedó rígida invadido, todo su cuerpo, por el sufrimiento. Sus uñas se enterraron, profundamente, en sus propias palmas, tan fuerte, que se hizo sangre.

- Simplemente respira, Sigrid - No había imaginado que la transformación fuera tan violenta. El corazón se le retorció. ¿Y si algo iba mal?

- ¡Respóndeme! al menos me debes la verdad – siseó entre dientes, cuando pasó una de las olas de dolor.

- Estás transformándote, como dice la profecía, para poder llevar un hijo nuestro, en tu seno – verla sufrir de esa manera, le estaba destrozando por dentro. Volvió a pasar el paño escurrido por su cara y su cuerpo, a pesar de ella. Así lo había hecho, desde que se había desmayado. Le había subido bastante la temperatura. Había llegado a pensar en bañarla en el río, para refrescarla, pero había despertado antes.

- No me puedo creer que hayas hecho esto. Aun sabiendo que destrozarás a tu hermano - sus ojos eran acusadores, rabiando de dolor y traición. Jadeó las palabras, medio incorporada, retorciéndose para alejarse de él, mientras le acusaba. La voz rota por los gritos de dolor – sólo entiendes de traición y dominación, me has robado mi libertad de elegir. Eres un egoísta.

Sköll se quedó rígido. No tendría que haber sido así. Sabía que tenía que convertirla, por el

bien de todos. Él no llevaría la dominación tan lejos. Intentó que razonara, ahora que parecía algo más calmada, a la espera de la siguiente oleada.

- Sabes lo que ocurriría si no me uno a ti, conoces la profecía. Yo mismo noto cerca la oscuridad, desde hace meses. Aunque no se lo he dicho a nadie. Y debido a mi fuerza, si llegara a la locura por no tenerte, seré una plaga para la humanidad. Sé que no quieres que eso ocurra- ella le miró con una sonrisa sarcástica, pero sin fuerzas para hablar. Se encorvó sobre el jergón, al notar el siguiente golpe de dolor en las entrañas. Era como si se las estuvieran arrancando. Sköll puso sus manos en su vientre, como prueba, y se concentró. Sintió el dolor en su propio cuerpo, y consiguió rebajar el de ella. Sigrid suspiró al notarlo, relajándose un poco. Sköll palideció por el sufrimiento, pero no dijo nada. Ahora que sabía cómo hacerlo, atraería hacia sí mismo, todo el dolor que pudiera.

Volvió a limpiarle la cara y el cuerpo amorosamente, pero ella giró el rostro. Estaba claro que no quería su ayuda, ni siquiera soportaba verle. A la espera de que lo peor hubiera pasado, él no pudo resistir más, y la levantó en sus brazos. La colocó encima de su cuerpo, acariciando su cabello y besándolo.

Ella intentó apartarse, pero no tenía fuerzas. La sujetaba con manos firmes, asqueado de sí mismo, por lo que le había hecho. En su arrogancia, había creído tener derecho, a no dejarla decidir. No sabía el sufrimiento que le causaría la conversión, y le enfermaba. Los ojos de Sigrid, vidriosos por el sufrimiento, le miraron, sin su luz habitual.

- ¿Me has hecho esto para poder utilizarme, como si fuera un animal, y así tener hijos? – hizo la acusación fuera de sí. No se dio cuenta de las lágrimas, que acudían a los ojos del hombre- te maldigo por ello, ojalá no sobreviva, y así, vagues por toda la eternidad solo. Es lo que mereces.

El dolor en los ojos de ella, la sugerencia de considerarla como un animal, le destrozó el alma. ¿Así le veía ella? ¿Creía que la había convertido por placer? Sintió las lágrimas recorrer sus mejillas. Sabía que había hecho algo, para ella, imperdonable. Se inclinó para que pudiera ver la verdad de lo que le iba a decir en la mirada.

-Te amo más que a mi propia vida, más que a nada en esta tierra. No tenía ni idea de que sería así. Te juro que estoy diciéndote la verdad. Lamento, más de lo nunca sabrás, el haberte introducido en mi mundo sin tu consentimiento.

Sigrid levantó la mirada a la cara devastada de él, observándole llorar. La siguiente oleada la golpeó sin avisar y se giró lejos de él, retorciéndose y convulsionándose, el fuego ardía en ella dolorosamente, desde dentro.

Sköll solo pudo permanecer impotentemente a su lado, mientras la conversión tomaba el control de su cuerpo. Intentó volver a tomar el dolor por ella, pero fue imposible. La abrazó, intentando reconfortarla. Se juró a sí mismo, que, de ahora en adelante, dedicaría su vida a que ella fuera feliz.

CUATRO

Harold se despertó, con la sensación de que un animal había muerto dentro de su boca, y nadie lo había sacado de allí. Levantó la cabeza, estaba tumbado boca abajo en su cama, por lo que fue capaz de ver. Había bebido demasiado la noche anterior. Con un esfuerzo sobrehumano, fue capaz de incorporarse arrastrándose, hasta sentarse en la cama. Y con otro, consiguió levantarse sin vomitar. Tenía un dolor de cabeza de tal magnitud, que le hizo pensar que sería menos doloroso arrancársela. Salió de la habitación tapándose los ojos con la mano, y entró en el salón. Allí esperaban Arud y Hjalmar jugando al *Hnefatafl*, o tablero del rey. Todos los niños aprendían a jugarlo a la luz del fuego del hogar, en las largas noches de invierno. Levantaron la cabeza al escucharle.

- ¡Buenos días Harold! ¿Cómo te encuentras? - el pobre Harold se dejó caer entre los dos. Se sujetaba la cabeza con ambas manos, los codos apoyados en la mesa. Arud hizo una seña a Hjalmar.

- Tráele un vaso de esa guarrería a Harold. Lo que queda está en la cocina- el otro hombre asintió, y se levantó.

- Te pondrás bien enseguida, ya lo verás. No te preocupes- Harold asintió, sin saber muy bien lo que le decía. Era la primera vez que tenía resaca. Necesitaba de toda su concentración solo para respirar.

Hjalmar apareció con cuerno repleto de un líquido humeante con un olor asqueroso, y se lo entregó a Harold. Este miró a Arud, quien asintió:

- De un trago, es mejor, sino, no hay quien se lo beba.

Harold lo hizo, soltando después un eructo fortísimo, que hizo que los otros rieran, porque les ocurría a todos los que lo bebían. Unos minutos después se sentía algo mejor, incluso pudo preguntar:

- ¿Dónde están los demás? ¿Y Sigrid y Sköll? - Arud entonces hizo un gesto a Hjalmar. Contraviniendo los deseos de su amigo, le contaría, él, la verdad. Le miró fijamente, era totalmente distinto a su hermano mayor. La fortaleza que Sköll resumaba sin darse cuenta, en Harold no aparecía por ningún sitio, daba la impresión de ser un buen hombre, pero quizás algo débil.

- Voy a contarte una historia Harold, creo que solo así podrás entendernos. Hace unos años, no creo que sean más de tres, después de una batalla especialmente dura, un amigo, Lund, resultó herido. Lo llevamos a una curandera de la zona, se recuperó, aunque no volvió a ser el mismo. La mujer que le cuidó, antes de irse, nos llamó a Sköll y a mí, para contarnos algo que había visto en nuestro amigo. La curandera tenía el don de la adivinación. Nos habló de una profecía, según la cual, los berserkers tienen una, y solo una, andsfrende. Puede que no conozcas la palabra, es la amada, el todo para nosotros, la única razón de nuestra existencia- suspiró, mirando el fuego que ardía en el hogar.

- Sköll y yo nunca habíamos escuchado nada sobre esto. Nos lo tomamos un poco a broma, pero la curandera no había terminado de hablar. Habíamos conseguido enfadarla. Profetizó que a Lund le quedaba poco tiempo. Si no encontraba pronto a su andsfrende, moriría- observó a Harold, ahora sí tenía toda su atención- pero antes se transformaría en un monstruo de violencia, como no habíamos visto antes. Tampoco la creímos, ya que Lund, era un hombre muy tranquilo. Pero desgraciadamente, ocurrió. Tres meses después estaba muerto. Y por nuestra propia mano.

Tuvimos que acabar con su vida. Llegó un momento, en plena batalla, en el que no distinguía entre amigos o enemigos. Todo había transcurrido como había vaticinado la bruja.

Ordenó sus ideas para intentar explicarle lo demás.

- Después de aquello, en cada pueblo que visitábamos, preguntábamos por la bruja de la zona, si la había, para preguntarle por la profecía. Hasta que dimos con una, que nos lo explicó todo- volvió su mirada de nuevo a Harold, que le observaba con un mal presentimiento.

- Desde hace meses, Sköll ha soñado con su andsfrende, al principio, solo podía verla unos momentos, aumentando el tiempo cada noche. Hasta que logró pasar horas con ella.

- ¿Quieres decir que iba a visitarla?

- No como haría cualquier humano, viajaba con su mente. La comunicación de ese tipo, solo puede ocurrir, entre dos personas que tengan un vínculo muy fuerte. Las dos deben sentirlo. Nuestras parejas tienen que tener sus propios poderes, pues deben proceder de un linaje de hechiceras. Nuestro poder, procede de los berserkers. A partir de la unión con ellas, desaparece de nuestra sangre, la maldición de volvernos monstruos de destrucción. Como verás, es imprescindible, para nosotros, encontrarlas - sonrió irónicamente.

Harold le miraba sin decir nada todavía. Al menos, se sentía menos congestionado, seguramente por el mejunje que le habían dado.

- Te cuento esto para que entiendas la importancia de nuestra andsfrende, para todos nosotros. No es solamente que queramos, como todo el mundo, ser felices. Es por nuestra supervivencia y la de todos los que nos rodean. Ninguno hemos elegido, como sabes, tener un berserker en nuestro interior. Al nacer, se nos ha insuflado ese espíritu, junto con la vida.

- Lo sé, pero no entiendo por qué me cuentas todo esto ahora. No tengo mi mejor día Arud, pero me da la impresión que me quieres decir algo sobre Sigrid y Sköll- Arud dudó un momento al ver el miedo en su mirada, pero se decidió al saber, que sería mucho más doloroso para Sköll decírselo, que para él.

- Sigrid es la andsfrende de Sköll. Lo es desde que nació- Harold negó con la cabeza

- ¡Eso es imposible, nos vamos a casar! - gritó desesperado.

- No se habían visto nunca, hasta ayer, pero se conocían. Gracias a sus poderes, lleva meses visitándola- Arud se sentía realmente apesadumbrado al ver la reacción de incredulidad del joven, pero era mejor que lo supiera cuanto antes, y creía que era menos doloroso que se lo dijera él- Siento decirte esto, créeme. Sé que es injusto para ti, pero Sköll no podía consentir, que vuestro compromiso siguiera adelante- sin previo aviso, Harold salió corriendo hacia los establos, gritando como loco. Hjalmar, avisado, le sujetó para que no siguiera corriendo. Harold se revolvió dándole un codazo en el estómago, que hizo que el guerrero se doblara ligeramente por la mitad, pero no llegó a soltarle. Arud se encaminó, triste, hacia ellos.

- Harold, escúchame, está hecho, no puedes hacer nada. Tienes que acostumbrarte a la idea, por el bien de los tres- el hermano de Sköll se echó a llorar como si fuera un niño. Hjalmar le miró asombrado y enarcó las cejas esperando instrucciones de Arud.

- Llévale a su habitación, que descanse. Puede salir si quiere, pero Sköll ha dicho que no se vaya de la granja por su seguridad- Hjalmar asintió, y tiró del hombre por el brazo para llevarle a su habitación, y que se desahogara tranquilo.

- Vamos amigo.

Sigrid despertó sintiendo una sed terrible. Sköll le puso un vaso de agua fresca en la mano y

levantó su cabeza para que pudiera beber. Lo hizo, vaciando el vaso.

- ¿Más? – preguntó, por si se había quedado con sed. Negó con la cabeza, sin ganas de hablar. No sabía cómo enfrentaría esa nueva vida. Porque sabía que, después de la noche anterior, todo había cambiado.

- Tenemos que hablar, Sigrid. Ahora volveremos a casa, tengo que hablar con Harold, quiero que sufra lo menos posible, por supuesto. Pero no puedes dejar que se haga ilusiones.

- Pareces tan sensato y razonable. Como si los demás estuviéramos locos. He renegado de los lazos con los que me has atado. Buscaré la forma de cortarlos- el palideció, pero respiró hondo antes de contestar.

- Estoy avisado entonces. Yo te diré algo a ti- se inclinó hacia ella fijando en su rostro, los ojos bicolor- jamás consentiré que te separes de mi lado. Sé que sientes, que te he obligado a hacer algo que no querías. Pero en el fondo, sabes que también lo deseas, tu cuerpo no se niega al mío. Es tu mente caprichosa la que lo hace, pero tu corazón y tu cuerpo ya se han unido a los míos.

- ¡No es un capricho!, has sido injusto, y abusado de tu fuerza.

- ¿Te he forzado entonces? - él parecía indignado, dolido, y furioso, por ese orden- ¿te has sentido así Sigrid? - ella no pudo resistir su mirada.

- No- tuvo que reconocerlo. Era tozuda, pero no mentirosa.

- Bien, por lo menos, intentemos ser sinceros entre nosotros, empecemos por ahí.

- Está bien. A cambio, quiero que me hagas un favor.

- Dime- él la miraba suspicaz.

- Quiero hablar a solas con Harold.

- ¡Por supuesto que no!, tengo que estar delante.

- ¿Crees que voy a hacer algo incorrecto con él? ¿de verdad lo crees?, solamente te pido que me dejes hablar con él a solas unos minutos. Para que no se sienta tan humillado.

- Está bien- no pudo resistirse a intentar que ella lo mirara con mejores ojos. Necesitaba sentir su cariño, no que se uniera a él por necesidad, sino porque quisiera. Sabía que le costaría, era muy cabezota, pero haría lo que fuera necesario para conseguirlo.

La levantó en sus brazos sin esfuerzo, y la llevó al río después de coger el jabón. Allí la lavó y dedicó sus manos y sus labios a adorarla. Ella se dejó llevar como en un sueño. Se sentía profundamente querida. Le miraba curiosa, debido a su comportamiento. Era tan cariñoso, que le quitaba las ganas de pelear. La dejó salir del agua para secarse, y entonces se lavó él. Ella se sentó, desnuda, junto a la orilla, observándole nadar. No sentía ninguna vergüenza por que la viera así. Había estado en su mente, sabía lo que pensaba de ella y no podía ser más halagador.

Sólo hubo un momento más de tensión, cuando ella vio a Gullfaxi y se negó a montar en él. El caballo de guerra era más grande que ninguno de los que había visto, el caballo en el que cabalgó con Harold, era la mitad de tamaño. Gullfaxi, en plena exhibición, pifiaba nervioso, y pisoteaba la hierba. Ella retrocedió al verle, negándose a acercarse. Sköll insistió con suavidad, pero siguió negándose. Él entonces, la besó. Eso hizo que Gullfaxi se acercara y la mirara, curioso, por encima del hombro de Sköll. Ella dio un paso atrás, asustada.

- Tranquila, es grande, ya lo sé, pero este sinvergüenza, es el caballo más listo que he tenido la fortuna de poseer- Gullfaxi se hinchó como un pavo al oírle y la miró con los ojos entrecerrados. Sköll al ver el asombro de ella, se rio a carcajadas.

- ¿Te entiende?

- Y a ti también. Prueba a ver- ella asintió, le podía la curiosidad. Rodeó a Sköll y se acercó un poco al animal.

- Está bien, ¿te llamas Gullfaxi? – el animal asintió. Ella se volvió a Sköll boquiabierta.

- ¡No me lo puedo creer Sköll!, ¿le has enseñado tú?

- No, cuando me encontró, sabía todo lo que sabe ahora, si acaso, él me ha enseñado a mí. Es muy listo y el mejor compañero que se puede tener en la batalla. Me ha salvado la vida varias veces- el caballo volvió a asentir. Los dos rieron a carcajadas.

- Está bien, me acercaré- lo hizo, y, con Sköll pegado a su espalda, levantó una mano temblorosa, para acariciarle el morro. El caballo relinchó bajito para no asustarla, y le guiñó un ojo.

- ¿Lo has visto? - estaba boquiabierta

- Sí- aparentó seriedad al dirigirse al equino- se acabó Gullfaxi. Esta mujer está fuera de tu alcance, te lo aseguro- la separó de él, solo bromeando a medias.

- Vamos a recoger y volvamos a casa- ella asintió, de nuevo en la vida real.

Volvieron, el caballo anduvo al paso todo el camino. Sköll se dijo a sí mismo, que era para que ella no tuviera miedo. La realidad era, que no tenía ganas de enfrentarse a su hermano.

Arud acudió a los establos, donde desmontaban a Gullfaxi. Les saludó, Sigrid algo avergonzada, no se atrevió a mirarle de frente.

- ¿Y mi hermano?

- En su habitación, Hjalmar está en su puerta, me extraña que no haya venido- en ese momento escucharon voces fuera del establo.

- ¡Sigrid! - ella levantó la cara hacia Sköll, recordándole su promesa- él asintió, aunque de mala gana.

- ¡Estoy aquí Harold! – apareció en la entrada. Sköll hizo una seña a Arud que desapareció, y luego, él salió, no sin antes decir unas palabras a su hermano.

- Lo siento Harold, de veras- atravesó la puerta, sin decir nada más.

Sigrid se acercó a él. Vio huellas de lágrimas secas en sus mejillas. Y algo peor. Una dureza que antes no había percibido. Harold, el hombre bueno que ella conocía, había desaparecido, no sabía por cuanto tiempo. Quizás para siempre. Retrocedió un paso, al notar el odio que emanaba de él. En este momento, por lo menos, la odiaba tan profundamente, como la había querido.

- Sólo- carraspeó y repitió la palabra mientras levantaba la mano temblando- sólo déjame preguntarte una cosa- su voz temblaba en un intento de controlarse. Ella le miraba casi hipnotizada- ¿es verdad que mi hermano te visitaba por las noches? ¿os habéis estado riendo de mí? – ella negó con la cabeza, al ver el inmenso dolor que también había en su mirada, se acercó a él, intentando consolarle de alguna manera. Se sentía tan culpable...

- Harold, te juro que no ha sido así. Yo ni siquiera sabía lo que estaba ocurriendo, la mayoría de las veces creía que era un sueño.

- ¿Con otro hombre? -la cogió de las muñecas- ¿y qué te hacía él en sus sueños? Apuesto a que más, de lo que me has dejado hacerte nunca a mí- la zarandeó con violencia, ella no se quejó, sabía que, si lo hacía, entraría Sköll. Y esto era lo mínimo que merecía.

Pero Harold no se conformó con eso, sujetándola de la muñeca, la abofeteó en la cara con todas sus fuerzas, llevándose el ojo el golpe más fuerte. Ella salió despedida, pero como la seguía sujetando, sólo se cayó, arrodillada, a sus pies. Sigrid estaba aturdida. Nadie, nunca, le había puesto la mano encima. Ni siquiera recordaba que su madre, cuando era niña, le hubiera

dado un azote para educarla. Levantó la mano para protegerse, viendo cómo se alzaba el brazo de nuevo para asestarle otro golpe. Pero ese golpe nunca llegó. Si, en cambio, un rugido que le heló el corazón. Se levantó, como pudo, y observó a Sköll a horcajadas sobre su hermano golpeándolo sin piedad. Corrió hacia él, los otros guerreros intentaban separarle, pero no podían. Sabía que sólo ella podría hacerlo.

Se arrodilló frente al berserker, sin ver ya con el ojo izquierdo.

- ¡Sköll, para por favor! - él la miró, con la mirada turbia, gruñó, parecía no poder hablar. Por lo menos consiguió que dejara de golpearle. Tenía los nudillos ensangrentados. La cara de Harold estaba igual. Le cogió la mano y tiró de él.

- Ven conmigo Sköll, te necesito- la siguió, volviendo la vista hacia su hermano que yacía en el suelo, y que les miraba con odio- Arud, enciérrale.

Sigrid le llevó hasta su habitación, y cerró la puerta. Sköll se acercó a ella y le levantó la barbilla para verle bien la cara. Ella lo permitió, sabiendo que el aspecto era malo. El ojo le palpitaba.

- Tengo un ungüento que debería ponerme cuanto antes.

- Dime cómo ayudar- le dijo mientras seguía observando la zona golpeada, que ya se estaba hinchando, y cambiando de color.

- Necesito agua y paños, coge nieve de fuera. Vendrá bien para la hinchazón- Sköll asintió y salió fuera sin decir nada más. Sigrid fue hacia su bolsa y sacó el frasco del ungüento, lo abrió y lo olió, para asegurarse de que estaba en buen estado. Cogió un poco, y entre muecas, porque ya le empezaba a doler, comenzó a extenderlo con cuidado. Sköll volvió a entrar rápidamente, con un balde lleno de nieve, y varios paños. Cerró la puerta al entrar, y se sentó en la cama junto a ella. Dejó lo que traía en el suelo, y le pidió el frasco que ella tenía en la mano, Sigrid le miró interrogante:

- ¿Para qué lo quieres?

- Dámelo, por favor- ella se lo entregó. Y él comenzó a extenderlo. Era increíble, pero para un hombre tan fuerte, su tacto era más suave que el de ella. Sonrió al ver el cuidado que ponía en no hacerle daño.

- ¿Te duele? – preguntó preocupado.

- No, me estaba haciendo más daño, yo misma, al darme- él sonrió, ella abrió los ojos sorprendida, no recordaba haberle visto sonreír. Afortunadamente. Porque cuando lo hacía, era increíblemente atractivo.

Llamaron a la puerta. Era Lena, una de las esclavas. Una chica de unos veinte años, rubia, que estaba muy pálida y parecía muy asustada.

- Señor, no tenemos la llave de la despensa, ni del cuarto de las especias. Y no podemos hacer la comida. Está todo cerrado, por la mañana lo suele abrir el señor – tragó saliva nerviosa, evidentemente no creía oportuno nombrar a Harold ante Sköll- pero esta mañana está todo cerrado.

- Está bien, iré a por las llaves. Tendremos que comer- se levantó y la chica salió de la habitación despavorida. Sigrid le cogió la mano sujetándole un momento contra sí- Sköll, te suplico que no discutas con él, y que permitas que le cure- al ver su expresión, rectificó, no quería que Harold no tuviera ayuda de nadie- está bien, escucha. Que una de las muchachas le limpie las heridas y le ponga el ungüento, tendrá menos dolores y curará antes.

Sköll la miró como si estuviera loca. Tenía el ojo izquierdo totalmente cerrado, y el pómulo

hinchado. Al verla, rugía la furia en su interior pidiéndole venganza. Si el atacante hubiera sido fuera cualquier otro hombre, ya estaría muerto. Pero también tenía el corazón en sangre viva, pensando que Harold estaba encerrado en la cabaña, y cuidando la puerta uno de sus hombres. Y lo peor era, que no sabía qué hacer con él. No se sentía tranquilo, todavía, para razonar e intentar llegar a una solución.

- Está bien, me aseguraré de que se haga- se llevó el frasco y salió de allí, cerrando la puerta con cuidado.

Sigrid, había sentido el pavor de la chica que había ido a su habitación. Fue a la cocina a buscarla. Estaban las dos, de pie junto al hogar, que estaba apagado. Hacía mucho frío, no en vano, estaban en la parte norte de la casa, normalmente no se notaría, ya que el hogar era muy grande y caldearía toda la habitación.

- Buenos días- se aproximaba la hora de comer, y allí había cinco hombres enormes, que comerían mucho. Ellas inclinaron la cabeza mirándola asustadas. Al parecer, una de las cosas que les asustaba era su cara. Sonrió alentadora.

- ¿Podrías limpiar el hogar para encenderlo?

- Lo suele limpiar Oleg, pero creo que el señor lo ha mandado a los campos, con los demás. Él no se ha atrevido a decirle que se suele quedar aquí, además también se ocupa del huerto y de los animales- ella asintió y contestó.

- Está bien, ahora me ocuparé de eso. Mientras viene, ¿podrías limpiarlo entre las dos y cuando vuelva lo encendemos? - ellas asintieron - me llamo Sigrid.

- Sí, ama - ella frunció el ceño.

- No. Llamadme solo Sigrid. Vuelvo enseguida.

Se dirigió al salón, donde estaban sentados Arud y Hjalmar. Por su expresión, ambos enfadados, sacando brillo a sus espadas.

- Hola, perdonad que os moleste- ambos se levantaron mirándola asombrados por su aspecto- necesito un favor. Hay un hombre que habéis mandado a los campos, que trabaja en la casa, le necesitamos aquí, se llama Oleg, ¿alguien puede ir a buscarle?

- Por supuesto señora- Arud le hizo un gesto a Hjalmar que salió corriendo, entusiasmado por tener algo que hacer.

- Arud, ¿dónde está Harold? – el hombre la miró incrédulo. Pero ya le había avisado Sköll, que era más terca que una mula.

- En la cabaña. Pero no puede salir, y, desde luego, tú no puedes ir a verle.

- No, ya lo sé- se mordió los labios- Está bien. Por favor, cuando vuelva Sköll dile que estoy en la cocina, vamos a encender el hogar. A estas horas, todavía está apagado- miró la chimenea del salón- Arud, creo que deberíais encender esta chimenea. El criado, cuando venga, lo primero que tendrá que hacer es cuidar los animales, y luego el huerto.

Arud, sonriente, la observó salir hacia la cocina, pensando que su amigo había encontrado la horma de su zapato. Él también había nacido para mandar. Saldría a por leña y encendería la chimenea, no tenía ganas de líos. Si tuviera que apostar quién acabaría mandando en aquella casa, apostaría por ella. Salió meneando la cabeza incrédulo, y riendo por lo bajo.

Cuando Sköll volvió, encontró a Sigrid en la cocina, arrastrando un leño enorme, que habría traído del cobertizo.

- ¡Qué haces mujer! – la apartó, para coger el tronco y dejarlo en el hogar, que ya estaba limpio de cenizas- ella le miraba, con las manos en las caderas.

- Iba a encender el fuego, habéis mandado al hombre que se ocupa de hacerlo al campo- reprochó- no pueden calentar agua, ni hacer la comida.

- Está bien, no lo sabíamos. ¿Por qué no ha dicho nada?

- Será porque no se ha atrevido- Sköll se volvió con un gruñido, y se acuclilló para encenderlo. Lena y Dahlia le miraban asustadas.

- Sköll ¿tienes las llaves? – él asintió y le alargó las llaves mirándola. Estaba contento, porque se estuviera haciendo cargo de su posición en la casa.

- Venid – se dirigió a las otras dos mujeres- vamos a abrir la despensa- salió seguida por las esclavas. Estaban impresionadas por el giro que habían dado sus vidas. Su amo, hasta ese día, estaba encerrado por haber pegado a la hechicera de la región. Las dos habían oído hablar de ella.

Decían que era una bruja. Pelirroja y con ojos verdes, como mandaba la tradición, y que había lanzado un hechizo al señor. Según lo último que había ocurrido, al parecer, lo había lanzado sobre los dos hermanos. Las dos muchachas temblaban pensando qué más podría hacer. Sigrid se hubiera sorprendido mucho, si hubiera sabido, que más miedo que Sköll, les daba ella, debido a los cotilleos que habían corrido por toda la zona, y a la ignorancia sobre su trabajo.

Consiguieron preparar la comida, Dahlia era la cocinera y lo hacía bien. Después, Sköll y Sigrid fueron a la cama a echarse un rato. Ella permaneció quieta en su lado, tumbada de costado, mirando la pared. Sköll la habló suavemente, abrazando su cintura y pegándose a su espalda.

- Te noto cansada y triste. Descansa tranquila, entre mis brazos. No tengas miedo- besó su coronilla envuelto en su olor. Escuchó como se iba relajando su respiración, hasta que se quedó dormida. Solo entonces, él se relajó, aunque sus ojos ardientes siguieron abiertos, reflejando el dolor que sentía su corazón.

CINCO

En Ribe, a sólo un día de viaje, en una taberna junto al puerto, un grupo de seis hombres se sentaban en torno a su jefe. Éste se había acomodado, con la espalda apoyada en la pared para poder ver la entrada, y a sus soldados a la cara. Era Harald Knutsen, primo de Canute, actual soberano de Dinamarca. Se creía el legítimo rey, ya que la madre de Canute, había sido una sierva, por eso, durante casi toda su vida, había sido ilegítimo. Su padre no lo había reconocido hasta poco antes de morir, por no tener ningún otro hijo varón.

Harald había luchado por sus derechos a la corona, apoyado por Suecia, durante cinco años, hasta su completa rendición pocos meses antes. El motivo principal de esa derrota, eran cinco hombres, aunque pareciera increíble. Él mismo, luchando en la batalla, había sido testigo de cómo luchaban, protegiendo a su primo, rodeándole, formando una muralla inexpugnable. Eran berserkers, todos ellos los conocían. Pero éstos eran diferentes, no se volvían locos, como todos los demás. Necesitaba saber qué hacía que su mente siguiera lúcida, después de años de lucha.

Finalmente, después de torturar a varios hombres del ejército de Canute, se dieron cuenta de que, los berserkers, habían descubierto algo muy importante para ellos, aunque no se lo habían contado a nadie. Eso les hacía ser diferentes, al resto de berserkers, y que, inevitablemente, se transformaban en monstruos.

Después de provocar mucho sufrimiento, y muertes, Harald consiguió un nombre de alguien, que le podría decir la verdad. Una humilde hechicera de un pequeño pueblo. Viajó hasta allí, poco después. Durante unas horas, creyó que todo su trabajo había sido para nada, ya que, la mujer, siendo una anciana enclenque, fue la más dura de pelar de todos sus contrincantes. Por fin, en su lecho de muerte, al lanzarle una maldición, y sin darse cuenta, le dio la información que necesitaba. Sus palabras estaban grabadas a fuego en su mente:

- Morirás a manos del más fuerte de ellos. Su fortaleza multiplicada, por su profunda unión con una de mi estirpe. Ella, entonces, ya portará, en su interior, el primero de los hombres de la nueva raza. Y, cuando esa vida llegue a este mundo, significará el comienzo de una nueva era. Te maldigo a morir, sin haber podido llenar el vacío que sientes dentro de ti, y que nunca has sabido a qué es debido, pero yo te lo diré. No tienes corazón.

– Harald no pudo seguir escuchándola, de esas palabras no podía reírse, no sabía por qué. Le volvió a clavar la daga en el pecho, haciendo que la anciana emitiera un último estertor. Luego, salió de allí, sin dedicarle ni una mirada más.

Desde entonces, había pensado mucho en ello, y en utilizar esa información a su favor. Si pudiera conseguir a la mujer de la que le habló la vieja, tendría en su poder al cabecilla de los berserkers, y con él, a todos los demás. Y, sino, tendría que conseguir a aquél niño. Además, ahora, tenía que conseguir cambiar la maldición de aquella vieja bruja. A pesar de no reconocerlo ante nadie, era profundamente supersticioso, y le había impresionado mucho, aquella maldición. Al principio, esta búsqueda, era para conseguir la corona. Ahora, su principal objetivo era sobrevivir. Si era posible, lo haría como rey. Volvió a la realidad, cuando notó que sus hombres esperaban, callados, a que les hablara.

- Bien. Quiero que preguntéis, a todos los hombres y mujeres que veáis, acerca de cinco gigantes que hayan vuelto de la guerra. Estoy seguro que alguien tiene que haberles visto. Imagino que tendrán familia por aquí, y que habrán hablado de ellos. Buscad respuestas, necesito encontrarlos. Cuanto antes - levantó el cuerno de aguamiel para brindar, todos hicieron lo mismo.

Parecían otro grupo más de los soldados que habían estado en la guerra, y que, todavía, no se habían establecido. Por eso, pasaban desapercibidos entre el resto de los clientes de la taberna.

Sköll y Sigrid se habían quedado solos en la mesa. El resto de los berserkers se habían ido a cazar, y las esclavas ya habían recogido y estaban haciendo sus tareas. Habían peleado en el dormitorio, todos habían notado que estaban enfadados. Sigrid le observó con el ceño fruncido, él había retirado la silla, para afilar su espada y aceitarla. Es lo que hacía en ese momento, con movimientos suaves, sin prisa. Ella volvió a intentar mantener esa conversación, era necesario.

- Sköll- él la miró previniéndola.

- No quiero volver a hablar de eso- era muy cortante cuando quería, pero a ella no le daba miedo.

- Por favor- intentaría no dejar llevarse por el enfado, habló con suavidad, para que la escuchara. Él levantó la vista indignado, ¿tan pronto se había dado cuenta de que no podía negarle nada, si se lo pedía así? No la contestó y volvió a su espada, intentando mantener su fachada impenetrable. Pero ella había visto sus ojos. Él deseaba que se llevaran bien, como ella.

- Solo te pido que me escuches- él no levantó la vista de nuevo, pero ella sabía que lo hacía- no podemos empezar nuestra vida con un acto como éste. ¿De qué serviría que llevaras a tu hermano a un barco, para que lo llevara al otro lado del mundo? – dejó la pregunta en el aire unos instantes antes de contestarla- solo sería un motivo de remordimiento para ti. Y para mí también. Y me imagino que Harold, nos odiaría toda su vida. Sé que actuó mal- se rio internamente de ella misma, porque todavía tenía el ojo totalmente cerrado, y no podía casi hablar. Ella sabía, mejor que nadie, lo mal que lo había hecho- pero nosotros también. Era imposible que se lo tomara bien. Yo le he perdonado. Ojalá él pueda perdonarnos a nosotros.

- Entonces ¿admites que tenemos una vida por delante, tú y yo? - dejó de pasar la piedra por la espada para mirarla, fijo, al rostro. Su expresión era muy intensa, ella no apartó la vista.

Dudó un momento, pero sabía que también tenía que ceder, sino, lo que ella misma decía no tenía ningún sentido.

- Sí, tendré que hacerme a la idea, pero entiendo por qué lo hiciste. Intentaré adaptarme, pero tienes que tener en cuenta que es lo contrario de lo que yo quería. ¡Eres tan mandón y tan absorbente!, es como si quisieras controlarme completamente- él se mordió la lengua para no decirle, que eso era precisamente lo que quería.

- Por esto, como tu compañera, te pido que hablemos sobre el futuro de Harold.

- No puede quedarse aquí.

- Yo también pienso lo mismo. Pero dale otras opciones, ¿no podrías ayudarle a comprar una granja cercana, cuando se encuentre mejor?, por lo que he visto en tu casa, no creo que tengas problemas de dinero.

- Es de los dos- ella le miró interrogante, él entonces aclaró- esta casa, es de los dos. Todo lo que tengo, ahora es de los dos. Nuestro.

- Está bien- hizo un gesto con la mano como si eso no tuviera ninguna importancia- contéstame, por favor Sköll- él se encogió de hombros y siguió aceitando la espada.

- Está bien, creo que, bajo algunas normas, podría hacerlo.

- ¿Qué normas? – le miró suspicaz.

- Quiero que nos casemos por el rito antiguo, y que, bajo ninguna circunstancia, te quedes a solas con él.

- ¿El rito antiguo?, ¿el de la sangre? – Sköll asintió, ella juraría que se estaba riendo de ella.
- No voy a beber sangre de animales, en ninguna copa. Eso es asqueroso- la miró con las cejas enarcadas.
- ¡Qué lástima, con la ilusión que me hacía! – él sonreía sin poder evitarlo, levantó una mano para evitar que ella contestara.
- Eso es una leyenda, solo tenemos que unir nuestras sangres en presencia de testigos, y decir las palabras - ella no aparentaba estar muy segura, parecía, incluso, que se había puesto pálida. No pudo evitar burlarse un poco - hubiera jurado que una bruja, estaría acostumbrada a matar todo tipo de animales, para sus hechizos – ella le miró indignada.
- ¡Soy hechicera, no bruja!, ¡si conocieras algo mi religión, sabrías que, precisamente, adoramos la Madre Tierra y todos sus dones!, ¡nunca haría daño a ningún ser vivo, para realizar un hechizo! - él sonrió al verla tan enfadada, poco faltaba para que echara humo.
- Está bien, está bien- levantó las manos en son de paz- ¿Te gustaría que nos casáramos también por tu rito? - ella se puso roja completamente, y miró hacia otro lado. Él abrió los ojos como platos, incrédulo- ¿Cómo se casan en tu religión? - ella se encogió de hombros e intentó levantarse, pero él la sujetó suavemente de la mano. La miró, exigiendo la verdad.
- Está bien. Basta con, consumir el matrimonio, digamos, sobre la tierra, y en el agua, a continuación- él rio, a carcajadas, encantado.
- De acuerdo, mañana nos casaremos, entonces. Por los dos ritos, el tuyo sé dónde lo vamos a celebrar, por supuesto. Hay una habitación, de la casa, que todavía no conoces- ahora se levantó sin soltar la mano de Sigrid y se la llevó a la boca, allí la besó largamente. Lo cierto era que, a su lado, se sentía muy querida, y especial
- De acuerdo, iré a hablar con él – la miró sonriente- vete preparando para las dos ceremonias- le miró con los ojos entrecerrados, prometiéndole venganza. El sonido de su risa, feliz, permaneció en los oídos de la mujer, que sonreía cuando entró Arud. Éste también sonrió al acercarse.
- Si te sirve de algo, nunca le he visto tan feliz. Ahora creo, en verdad, lo que nos contó aquella anciana. ¿Conocías tú la profecía? - Sigrid asintió.
- Sí, mi madre me la contó, pero no os nombraba. No es exactamente igual que la que os contaron a vosotros. Dice que tenemos, la facultad de cambiar, para que pueda crecer, en nuestro interior, la mezcla de dos especies. Y que ese niño, será el comienzo de una nueva estirpe de hombres más fuertes, ya que heredará lo mejor de los dos.
- Lo básico es igual- ella suspiró.
- Sí, eso creo- miró la entrada de la casa, deseando que la conversación entre los dos hermanos fuera bien. Lamentaba no poder estar delante, pero entendía que, en este momento, su presencia sería un problema añadido.

Harold se sentía el hombre más desdichado del mundo. No odiaba a su hermano. A pesar de todo, no podía. Sabía lo que había llegado a hacer por él, para darle de comer cuando era un niño. Fueron años muy duros, viviendo en la calle. Viajando de granja en granja. Sköll trabajaba, a cambio de comida y cama para los dos.

Pero tampoco podría olvidar nunca, lo que le había hecho. Así como no se podría perdonar, a sí mismo, lo que le había hecho a Sigrid. Había perdido la cabeza. Estaba sentado en una de las camas, colocadas alrededor de la habitación, donde dormían los hombres de Sköll. Éste, al

entrar, le encontró con la cabeza caída entre los hombros, en actitud derrotada. Su corazón sufrió al verle así, pero su voluntad era firme. Su primer objetivo en la vida, ahora, era el bienestar de su andsfrende. Antes que nadie, estaba ella, aunque le doliera.

- Hola Harold- su hermano irguió la cabeza, mirándole como pudo. Tenía los ojos y la boca, hinchados y morados. Sköll observó su mirada de miedo, y le pareció imposible que, aquél bebé que había criado, tuviera miedo de él. Pero habían ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo, que ya no eran, ninguno de los dos, las mismas personas. Cogió una silla para sentarse no demasiado cerca, y que no se sintiera tan incómodo por su presencia. Harold no le contestó, volvió a mirar el suelo, sin decir nada.

- Me gustaría hablar contigo, ¿te parece bien?

- Sí, me imagino que quieres que pida perdón a Sigrid. Se lo pediré - miró al que, hasta el día anterior, era su héroe - y querrás que me vaya.

Sköll no fue capaz de pedírselo. Se aseguró a sí mismo, que lo haría con el tiempo, cuando se curara. Pero en ese momento, no pudo hacerlo.

- De momento no. Sí quiero que te quedes unos días aquí, con los hombres. Por la seguridad de Sigrid.

- Está bien- Harold asintió, estaba claro que lo que dijera su hermano, le parecería bien.

- ¿Te han curado bien? ¿Te duelen mucho las heridas? - miró sus propios nudillos, con heridas por los golpes que le había dado.

- Sí, estoy bien. Pensaré en todo esto Sköll. Seguramente me gustaría hacer un viaje. Déjame que lo piense.

- ¡Estupendo! – se levantó algo más contento- donde quieras Harold. Por el dinero no te preocupes. Ya estaba decidido, al volver a casa, que la mitad de mi fortuna, fuera tuya. De hecho, es lo que te mereces, por todo el trabajo que has estado haciendo aquí, durante años- Harold no le dijo nada, su mirada desesperanzada. Le observó unos momentos, antes de atreverse a preguntar:

- ¿Ella está bien? - Sköll asintió.

- Sí, sólo un ojo hinchado, se curará, como tú Harold. Ojalá esto lo recordemos como un mal sueño, dentro de algún tiempo- respiró hondo antes de seguir- Harold, eres mi hermano pequeño, casi un hijo para mí, y me parte el alma esta situación. Pero si vuelves a tocarla, te mataré. Ella, está por encima de todo, incluso de ti- su hermano comenzó a llorar asintiendo a sus palabras. Entendiendo.

Sköll no pudo resistir, más tiempo verle llorar, y salió de allí. No volvió a la casa inmediatamente, sino que dio la vuelta a la cabaña, y se apoyó en la pared, mirando el río. Respiró con dificultad varias veces, hasta que se tranquilizó, y se puso en camino hacia su casa.

Sigrid estaba tomando una infusión, en la cocina. No había querido decir nada a Sköll, pero sentía un fuerte dolor en el ojo. Había hervido corteza de sauce y la estaba tomando, mientras hablaba con Lena, intentando conocerla algo mejor.

Era una muchacha pequeña y delgada, rubia. El pelo largo, aunque lo solía llevar tapado con un paño, y ojos pardos, grandes y muy expresivos. También era terriblemente tímida.

- Cuéntame Lena, ¿no viven tus padres? - la muchacha se encogió de hombros observando a Dahlia, que estaba cocinando. Dahlia prefería cocinar, por lo que Lena hacía las tareas más pesadas de la casa. Sigrid ya se había dado cuenta de que era muy lista. Y que, por la razón que fuera, a ella no la podía ni ver.

- Lena, acompáñame, por favor, necesito que me ayudes a darme el unguento- quería hablar con ella, sin que estuviera la otra chica delante. La precedió hasta su habitación. Presentía algo con respecto a Lena, era como si la conociera de antes. Pero estaba segura de no haberla visto nunca. Necesitaba saber.

- Toma- se sentó en la silla que había bajo la ventana, para que tuviera más luz, y le dio el unguento- antes de extendermelo, tienes que frotarlo suavemente entre tus manos. De esa manera se transformará en aceite, y se calentará, así hace más efecto- Lena asintió.

La esclava comenzaba a entender a la mujer, no era verdad lo que decían de ella. Si no, no hubiera consentido que, Harold, le hiciera aquello. Y no había tomado represalias, ella había sido testigo de cómo apaciguaba al otro amo. Hubo un momento, ella los escuchó, en el que el resto de los hombres, incluso aquél gigantón, Arud, creían que mataría a su propio hermano, y lo veían normal.

Era una buena mujer, en contra de lo que decía Dahlia, que soltaba sapos y culebras en contra de Sigrid, aunque ella sabía por qué.

Cuando comenzó a extender el aceite, con el mayor de los cuidados, por toda la zona hinchada, Sigrid sintió la energía fluir de sus manos. No dijo nada, pero eso solo lo había sentido cuando su madre la tocaba. Lena llevaba la hechicería en la sangre, aunque no lo supiera. Su toque sanador era fuerte, provenía de un linaje antiguo. No tenía ninguna duda.

- Lena, ¿qué le ocurre a Dahlia conmigo? ¿he hecho algo que la ha molestado?

- No señora- Sigrid la miró para que se corrigiera, la muchacha sonrió antes de decir su nombre- perdón, Sigrid. Es una muchacha ambiciosa, quiere llegar a ser ama en una casa, mediante matrimonio. Durante un tiempo creyó que Harold podría ser ese hombre. Cuando se dio cuenta de que estaba enamorado de vos, él no se cansaba de decirlo, se enfadó por un tiempo. Cuando vino el otro amo, decidió poner los ojos en él, estaba muy contenta. Pero él no le hizo ningún caso, no le dedicó ni una mirada. Al darse cuenta de que era por vos, creo que os tiene...- se mordió el labio pensando cómo expresarlo- en fin, que no os tiene mucho aprecio.

- Ya me lo imagino, vamos que me odia- sonrió, por lo menos, su actitud hacia ella, tenía una explicación- quería preguntarte algo más Lena. ¿Recuerdas a tus padres? - la muchacha denegó con la cabeza.

- No, me crié en una granja del norte, siendo esclava. Cuando fui más mayor, los amos me vendieron, porque necesitaban dinero. El amo Harold me compró, en el mercado de esclavos hace cuatro años.

- Comprendo- por eso no conocía su poderes- ¿Cuántos años tienes Lena?

- Dieciséis- todavía estaba a tiempo de llegar a la plenitud como hechicera, si empezaba cuanto antes su adiestramiento.

-Déjame cogerte las manos, ven, siéntate en esa silla- le señaló otra silla que había junto a la mesa- frente a mí, por favor- La chica se resistía a darle las manos, la sonrió, porque sabía la fama que tenían las hechiceras. La mayor parte de la gente no distinguía entre brujería mala o buena- no pasará nada, te lo prometo. Lena le cedió sus manos, despacio, le temblaban. Ella las envolvió con las suyas, dándole su calor. Notó cómo el fuego, entre las dos, aumentaba, hasta que tuvieron que separarse. Ambas se miraron las palmas. Lena estaba asombrada, Sigrid no, lo había intuido al conocerla. Lena era una hechicera con grandes poderes, aún ocultos.

- ¿No has notado nunca que te ardían las palmas de las manos? - Lena asintió extrañada por la pregunta. Sigrid la miraba con ternura en sus grandes ojos verdes. Sabía que le costaría asimilar

la noticia.

- Tienes el don Lena. Eres una hechicera, te faltan los conocimientos, pero, una vez que los tengas, creo que tendrás un gran poder, mucho más que yo. Tu linaje debe ser muy antiguo, cuanto más antiguo el linaje, mayor es el poder de la hechicera.

- ¡No, no es posible! ¡Me da mucho miedo lo que dices! ¡no quiero serlo! – de repente, sin previo aviso, comenzó a llorar, y se levantó para marcharse. Sigrid se puso en pie, y la abrazó con cariño.

- No llores Lena. Nunca he tenido una hermana, pero de ahora en adelante, lo serás para mí - la chica siguió negando con la cabeza, pero se calmó poco a poco entre los brazos de Sigrid. Ésta la besó en la coronilla- somos hermanas, gracias a nuestros dones. Ya no estarás nunca sola-sonrió a la joven, no podía evitar pensar en ella como si fuera mucho más joven, aunque, en la realidad, solo le llevaba dos años.

Sköll se encontró la escena, al entrar en la habitación, después del encuentro con su hermano. Sigrid se miró en sus ojos y su corazón se entristeció. Su gigante emanaba una tristeza, eso hacía que a ella le doliera el alma. Se separó de Lena, diciéndole al oído que hablarían tranquilamente en otro momento. La chica asintió, más tranquila, y se fue.

Sköll se acercó al hogar y se quedó de pie, mirando el fuego. Sigrid no podía verle así. Prefería mil veces que fuera mandón, insoportable, y que la hiciera rabiar, a verle triste. Contra esto no tenía defensa. Se acercó por detrás de él, y le abrazó por la cintura, él se puso rígido, era la primera muestra de cariño voluntaria de ella. Se dio la vuelta y la cogió por los hombros, mirándole la cara.

- ¿Qué te ocurre? - le extrañaba, quizás quisiera algo de él.

- Me has prometido dos bodas, y no veo que hayas preparado nada. Te anticipo que no me voy a casar, sin que hagamos una buena fiesta. Y no tengo traje de novia - él la miraba asombrado. Luego, consiguió que sonriera, observando las chispas en los ojos de ella.

- Está bien, prepárate para salir, nos vamos al pueblo, a por todo lo que necesites- ella le sujetó por la nuca y bajó su cabeza para darle un beso incitador, pero no le dejó explayarse, se retiró y salió corriendo, siendo perseguida por él. Recogió su capa al pasar por la entrada. Tenía clara sus prioridades, y ahora mismo, la más importante, era estar bien vestida en su boda.

SEIS

Volvieron ya anochecido, el pueblo de Svetäa no estaba tan surtido como Ribe, que era el más grande de los alrededores, pero encontraron lo necesario para la ceremonia. Sigrid estaba feliz, llevando en sus brazos el vestido que Sköll le había comprado. Por el camino, él, le había preguntado por Lena, pero ella, le había pedido que esperara unos días, antes de contárselo. Conociendo la necesidad, que tenían los berserkers, de encontrar hechiceras, no quería poner en esa situación a Lena, por lo menos, sin prepararla antes. Tenía que pensar qué sería mejor para todos. Agradecía que él la respetara, ya que era suficiente con que entrara en su mente, para enterarse de lo ocurrido. Pero de momento, no lo había hecho.

Corrió a su habitación, donde extendió el vestido en la cama, para intentar quitarle las arrugas. Era verde, Sköll le dijo que le gustaba, porque era del mismo color que sus ojos. Lo tocó, incrédula, nunca había tenido ropa tan suave. Al ver cómo disfrutaba en la tienda, él le dijo que irían un día a Ribe, a comprarle la ropa que necesitara. Ella le miró asombrada. Nunca se pudo imaginar, que tendría un vestido nuevo, sin necesidad de tejerlo ella misma. Y que, su marido, estaría contento de comprárselo. Al mirar el vestido y las cintas que trenzaría con su pelo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Su madre no la vería, uniéndose a un buen hombre como él. Porque lo era. Se había resistido a él por miedo, pero era bueno. Y su unión sería fuerte y duradera. Ahora estaba segura.

Dejó el vestido en la cama y fue al salón a cenar. Al entrar, ya les había dicho Lena, que la cena estaba preparada. Esa noche, Dahlia les había hecho una sopa de hierbas, era un plato típico de invierno. Fue todo un lío traer los platos, ya servidos, desde la cocina. Dahlia ayudó a Lena, y colocó algunos en la mesa, incluyendo el de Sigrid. Ella la observó mientras lo hacía. Imaginaba, que no podía evitar lo que sentía hacia ella. No le diría nada a Sköll, intentaría hablar con ella cuando tuviera oportunidad. Sköll estaba de muy buen humor, hablando con Arud y Hjalmar, comentando lo visto en el pueblo, y que, un día irían todos a comer allí.

El segundo plato era el jabalí que habían cazado el día anterior. También estaba bueno, pero Sigrid había reído tanto con las payasadas de Hjalmar, que le dolía el estómago. Estuvo representando la mala puntería de Sköll, en una ocasión, años atrás, en la que le había clavado una flecha a Arud en el culo. Las carcajadas de todos eran estruendosas. Sigrid sintió un pinchazo en el estómago. Dejó de comer. Imaginó que sería por los nervios de la unión. Pero el pinchazo persistía. Cerró los ojos y respiró hondo. Solo respiró, aislándose de todos. En ese momento, no escuchaba los sonidos de la cena, ni nada externo. Solo su respiración, y la sangre que corría por las venas. Escuchó a su cuerpo. Su corazón latía, pero no con la fuerza que debería, su latido, cada vez era más débil, en pocos minutos se pararía. Era muy importante darse prisa. Si supiera qué habían utilizado, sería más fácil. Cogió a Sköll por el brazo. Él se volvió riendo hacia ella, pero se le heló la risa en los labios, al ver su expresión.

- Me han envenenado Sköll, llévame a la habitación- Se derrumbó hacia el costado, después de hablar, pero su hombre la cogió a tiempo. Luego, lanzó un aullido de furia, que hizo que todos se levantaran. Temían por la cordura de su amigo, si algo le pasaba a su pareja.

Sköll corrió arrullándola contra su amplio pecho, escuchaba cómo empezaba a respirar con dificultad. La tumbó sobre la cama con cuidado.

- ¿Sigrid? - ella abrió los ojos y se pasó la lengua por los labios asintiendo. Tenía la boca muy seca. Afortunadamente, todavía tenía la mente lúcida.

- Trae mi bolsa- cuando se la dio, cogió un saquito con unas hojas- tenéis que hervir esto en agua, haz bastante cantidad. Creo que me han dado *matalobos*, si es así, no hay remedio. Solo expulsarlo de mi cuerpo. Haz cuatro tazas y en cada taza, echa una pizca, así- le enseñó cuánto debía echar, cogiéndolo con dos dedos. Él asintió, le dio un beso rápido, y salió corriendo. Sigrid sabía que sería lo más rápido posible. Pero ella tenía que ayudar. Concentrando su poder en su corazón, obligó a la sangre a ir más despacio, para darle más tiempo.

Notó otra fuente de poder cerca y abrió los ojos. Lena estaba de pie a su lado, con los ojos llenos de lágrimas. La muchacha habló atropelladamente.

- Ha sido Dahlia. Se ha marchado, y me temo que ha hecho algo, con el guerrero que vigilaba la cabaña. Creo que ha huido con el amo Harold - Sigrid luchó contra el mareo, intentando prestar atención- escucha Lena, esto es muy importante- la muchacha asintió- ve a la cocina, y díselo a Sköll, dile que te explique lo que hay que hacer, y tú, prepáraselo a Carlson, sino morirá. Que te acompañe Arud - Cerró los ojos al verla salir de la habitación.

Pocos minutos después, Sköll traía la primera taza, con la infusión de narciso. La incorporó para que pudiera beber, y Sigrid la tomó haciendo una mueca. Sentía unos dolores terribles en el estómago, que le dificultaban la respiración. Sköll, cuando se lo hubo dado, dejó de nuevo su cabeza en la almohada, y la taza en el suelo. Se arrodilló en el suelo, y cogiendo su mano, la besó apoyándola en su propia mejilla, mientras observaba su lucha por respirar.

- Sköll- susurró, él la miró asustado- tenéis que darle el remedio a Carlson. Cada media hora una taza, luego hay que esperar.

- Sí, no te preocupes, están con él Lena y Arud en otra habitación- ella asintió sudorosa.

- Necesito vomitar- él le acercó la jofaina para que lo hiciera. Cuando terminó, estaba agotada. Poco después, Sköll le acercó otra taza con el líquido, ella casi la rechaza, pero todavía pensaba con claridad.

A la tercera taza, directamente, tuvo que sujetarla entre sus brazos, para dársela contra su voluntad. Mientras, ella le susurraba sin fuerzas, que la dejara tranquila. Sköll notaba un sudor frío recorrer su cuerpo, al observar cuánto había empeorado. Si moría no la sobreviviría, no quería.

Carlson se recuperó mucho antes, nunca llegó a estar tan grave. Seguramente por la diferencia de tamaño entre los dos, lo que era para el enorme guerrero una leve indisposición, para ella significó casi la muerte.

Ya de madrugada, abrió los ojos después de conseguir dormir unos minutos. Seguía sintiendo pinchazos, pero eran soportables. Se había salvado. Miró a su izquierda al escuchar un ruido. Sköll dormía en una silla, claramente insuficiente para su tamaño, y tenía la cabeza inclinada hacia un lado, lo que hacía que roncara ligeramente. Entre sus manos, un paño húmedo, con el que le había estado limpiando la cara continuamente. Sonrió al pensar que era bueno cuidando enfermos. Nunca lo hubiera imaginado.

Necesitaba utilizar el orinal, se sentó en la cama, para levantarse con cuidado, pero no pudo evitar que él se despertara.

- ¿Qué necesitas? - le miró avergonzada, había pensado ir sola al cuarto de al lado donde estaban la jofaina y el orinal, pero él la ayudó. Después de discutir, consintió en dejarla sola. Al salir, estaba esperando en la puerta. Volvió a ayudarla a volver a la cama, pero ella no quería tumbarse.

- No tengo sueño- él cogió un manto azul que debía ser suyo, de lana, y se lo echó por los

hombros, ajustándoselo para que no se enfriara.

- ¿Quieres ir un rato a la sala? – ella dudó, la sala no tendría el fuego encendido. Llevaba tiritando toda la noche por su indisposición. Le apetecía estar calentita. Él intentó de nuevo- ¿quizás la cocina?

- Sí, allí hará calor- se arrebujó en el manto de lana que le había colocado Sköll. Él puso la rodilla en tierra para ayudarla a ponerse los zapatos. El verle así arrodillado, la avergonzó.

- Déjalo Sköll, yo puedo, no te preocupes- Él no hizo caso y siguió colocándole la otra bota

- No me importa hacerlo- la miró sin levantarse, aún con el pie, ya calzado, sujeto por su enorme mano. Ella pudo ver, en sus ojos, el miedo que había pasado.

- Lo siento Sköll- suspiró- imagino que piensas que yo tengo la culpa, por hablar contigo a favor de Harold, pero yo creo que él no lo sabía.

La expresión de Sköll se heló por la furia que sentía. No obstante, se puso en pie, y, con suavidad, se inclinó para cogerla en sus brazos y sacarla de allí.

- Puedo andar, bájame por favor, nos va a ver alguien.

- Están todos durmiendo, pero, aunque nos vieran, ¿qué problema hay? - ella no lo sabía, solo que se sentía terriblemente vulnerable en sus brazos. Intentó relajarse y enlazó los brazos tras su cuello.

El hogar de la cocina estaba encendido, que era lo normal en las casas, en aquella época del año. La dejó de pie al lado de las sillas, y él comenzó a destapar las ollas mirando el contenido, ella frunció el ceño al verle.

- ¿No has comido?

- No, y lo que es peor, tú tampoco.

- No tengo hambre, y, además, no quiero comer nada que haya cocinado esa chica- se le retorcía el estómago de pensar en comer, aunque era cierto que notaba el estómago espantosamente vacío. ¿Habéis tirado la comida que ha hecho?

- Sí, le dije a la otra esclava que tirara todo, incluso la carne cruda de la despensa. No me fíe de que no haya dejado más sorpresas- precisamente Lena apareció en la entrada de la cocina en camión, arropada con un manto igual que Sigrid, aunque el suyo parecía de arpillera. Sigrid tomó nota de comprarle ropa. Con la que llevaba pasaría mucho frío. La muchacha, a pesar del miedo que le daba Sköll, se acercó a ella.

- ¿Te encuentras mejor? - asintió.

- Sí, muchas gracias Lena.

- ¿Necesitáis algo? ¿queréis que os prepare algo de comida Amo? - Sköll se volvió hacia aquella chiquilla, que llevaba los pies descalzos. Notaba el miedo que le producía.

- Primero ve a ponerte los zapatos, y luego, si quieres vuelve- ella salió corriendo. Sigrid miró a su gigante orgullosa. Levantó la mano derecha con la palma hacia arriba para que se acercara. Le hizo inclinarse y le dio un beso en la mejilla, él levantó la cara sorprendido.

- ¿Y esto por qué?

- Por ser como eres. Creo que voy a ser muy feliz siendo tu esposa- eso consiguió que él sonriera como un niño - creo que lo mejor es que tomemos algo de leche, seguro que queda de ayer, y pan. La podemos calentar, y nos ayudará a dormir algo. Espera que venga Lena y nos diga donde se guarda.

La muchacha volvió enseguida, y la calentó

- Calienta para ti también Lena- asintió y sirvió la leche en tres cuencos de barro. Lena se

quedó de pie en un rincón tomando la leche a sorbos, no había cogido pan. Estaba demasiado delgada.

- Siéntate con nosotros Lena, por favor.

- No, por favor, estoy bien aquí- Sköll se volvió hacia ella, asombrado de que llevara la contraria a Sigrid. Con solo una mirada, la chica se sentó asustada. Sigrid acarició suavemente la mano de Sköll, le entendía. Ahora no confiaba en nadie, para él no había diferencia entre esta chica y Dahlia. Pero para Sigrid sí, y mucha. Hablaría con él cuando Lena no estuviera delante. Él la miró, aún furioso con el mundo, y siguió tomando su leche caliente. Su instinto protector sobre su compañera estaba más alerta que nunca. No consentiría que, nadie, le hiciera el menor desprecio.

Al día siguiente, Sigrid se despertó al alba. Se encontraba mucho mejor. Había tomado una infusión para calmar el estómago al acostarse, y eso, junto con la leche, había conseguido que durmiera el resto de la noche. En algún momento se había vuelto hacia Sköll, y ahora tenía la cabeza apoyada en su pecho, y su pierna enredada entre las del hombre.

Él la observaba con los ojos entrecerrados, esperando. Tocó con su dedo índice, con cuidado, las ojeras de ella. Todavía no podía exigirle demasiado. Se temía que la celebración de la boda, sería la siguiente vez que se unieran en la cama.

- Hoy iremos a por el resto de tus cosas, llevaremos uno de los carros- ella sonrió, contenta, por volver a tenerlo todo junto a ella.

- Tengo muchas ganas. Sobre todo, el telar, era de mi madre. Te haré una camisa preciosa, para cuando vayamos al pueblo, o tengamos una celebración. Imagino que habrá que ir a comprar comida, con todo lo que habéis tirado...

- Sí, pero hoy irán los chicos a cazar, con eso tendremos para unos días, si hace falta algo, irán ellos.

- Tenemos que hablar de Harold- Sköll se levantó en ese momento, no podía contenerse, y no quería discutir con ella. Le hizo un gesto para que se quedara en la cama- por favor, no te vayas.

- No voy a hablar sobre Harold y esa esclava contigo, ¿vienes a desayunar?

- Sí, iré a por agua caliente para lavarme- él se dio la vuelta sonriente, y la cogió de la mano.

- No es necesario, coge la ropa que te quieras poner - ella lo hizo sin saber qué se le había ocurrido- al salir, en lugar de ir a la cocina a por agua, se dirigieron a la izquierda, como si fueran a salir de la casa. Él abrió la puerta que había a su derecha, junto a la puerta de entrada. Se encaminaron por un pasillo alargado que luego torcía a la derecha. Del suelo, salía calor.

- Sköll ¿dónde vamos? - estaba asombrada.

- Shhh, espera- abrió una puerta y la dejó pasar primero. Ella le miró incrédula. Ni en sus mejores sueños se hubiera imaginado que, un sitio así, podría llegar a existir.

- ¡Por la Madre Tierra!, ¿quién ha construido esto?

- Al parecer, el manantial viajaba por debajo de la casa, tuvieron que cambiar el lugar donde iban a construirla, y decidieron aprovechar el agua caliente.

- ¡No me lo puedo creer! - como hacía todo el mundo, se acercó a probar la temperatura con la mano- ¡está caliente! - comenzó a desnudarse deprisa, sin poder esperar. Sköll reía a carcajadas al verla. Desnuda, se sentó en el borde y se fue deslizando poco a poco hasta hacer pie, el agua, a ella le llegaba por el cuello, a Sköll, por el pecho. Él se desnudó también, metiéndose por las escaleras rudimentarias, y acercándose a ella poco a poco. Sigrid se alejaba soltando risitas nerviosas. De repente, él se paró y volvió a salir. Cogió uno de los jabones y

volvió a entrar.

- Quiero frotarte con él por todo el cuerpo - ella se ruborizó, pero no se movió del sitio, hasta que él se acercó a ella. Entonces enlazó su cuello y se besaron apasionadamente.

Arud se frotó el cuello impaciente, no sabía lo que le ocurría, pero no dormía bien desde hacía varias noches. Estaba nervioso, su berserker le avisaba de algo. Se vistió y salió de la cabaña, para ir a la casa. Sabía que Sköll hoy querría que fueran a la cabaña, y que había que salir a cazar. No tenía que decirle, que, mientras cazaban, irían a buscar a Harold y la esclava. Pero llevaban muchas horas de adelanto. No creía que pudieran cogerles, y, sinceramente, temía por la salud mental de Sköll si les cogían. Su berserker exigía la muerte para quien hubiera intentado asesinar a su andsfrende, pero él sabía cuán profundamente, antes de todo esto, quería Sköll a su hermano.

Se dirigió a la sala, pero no estaban allí, por lo que fue a la cocina. Al acercarse, sintió como su corazón incrementaba sus latidos. Frunció el ceño. Era casi como si... no, no podía ser. Era imposible.

En la cocina no había nadie, excepto la muchacha que limpiaba la casa, y que debía ser poco más que una niña. O por lo menos eso parecía. La observó detenidamente. Ocultaba sus formas con vestidos muy amplios y el pelo lo llevaba recogido bajo una especie de pañuelo. Se acercó a ella, sigilosamente, y tiró del pañuelo. Su pelo salió, desparramado, cubriendo toda su espalda, hasta su cintura, formando ondas de varios colores, desde el amarillo más claro, hasta el rubio ceniza. Ella se volvió asustada, llevándose la mano a la cabeza. Arud la observaba con la boca abierta. Al verla con el pelo rodeando su cara, todo tenía sentido. Sus ojos color miel le miraron y, recogiendo el pañuelo del suelo, se giró para irse. No era una locura que a él le pareciera que intentaba no estar nunca con él, en la misma habitación, y menos, a solas.

- No- él no levantó la voz, pero la sujetó por la muñeca. Ella miró su mano, era muy grande, cubría casi todo su antebrazo, pero no le hacía daño. Volvió a mirarle a la cara, para ver qué quería.

- ¿Quién eres? - la voz de él estaba cambiando. Eso le dijo a ella que tenía problemas.

- Nadie, solo una esclava- Arud negó con la cabeza y frunció el ceño. Iba a decir algo más, pero escucharon voces. Ella salió corriendo, antes de que él pudiera pensar nada más.

Hjalmar y los demás, se presentaron hambrientos. Acostumbrados a prepararse la comida durante años, no pusieron ninguna pega a hacerse ellos el desayuno. Arud se dejó caer, con los ojos muy abiertos, en una de las sillas de la cocina, sin poder creer lo que acababa de ocurrir.

Después, Dahl y Danielsen, tan callados como siempre, se encargaron de ir a por caza. Volvieron en un par de horas. En ese tiempo Sigrid se había ocupado de la comida. Oleg se encargaría de los animales y el huerto y ayudaría, de momento, en la casa. En una cabaña algo alejada, vivían Hansen y Goran, los esclavos que se ocupaban de los campos, y, que, de momento, se bastaban para ese trabajo. Sigrid creía que, durante unos días, podría funcionar así, pero le dijo a Sköll que había que conseguir más gente. Él asintió, aunque no le gustaba la idea de tener esclavos. A Sigrid tampoco. Había personas que no tenían casa, y vagaban por los pueblos buscando trabajo, quizás pudieran encontrar a alguien así.

Fueron a su cabaña, Sköll y ella, a recoger sus cosas. Él no quiso que nadie más les acompañara. Cogieron uno de los carros, para poder llevar todo lo que guardaba de su antigua vida. Estuvieron muy callados por el camino. A la vuelta, mantuvieron una pequeña

conversación. Ella iba pensando, sin poder evitarlo, en todo lo ocurrido. Era sencillamente increíble que se hubiera equivocado tanto con Harold- suspiró, lo que hizo que Sköll la mirara.

- ¿Te encuentras mal? - ella levantó la mano, para alisar su ceño fruncido, le miró triste.

- No, solo pensaba.

- Lo sé, recuerda que puedo saber lo que piensas.

- No deberías entrar en mi cabeza sin previo aviso.

- Tú también lo haces en la mía- ella le miró boquiabierta, pensaba que había sido muy discreta, de manera que él no se había dado cuenta. Se creía demasiado lista. Hizo una mueca.

- Tienes razón, es casi como un juego, para intentar que no te des cuenta.

- Ya- sonrió- eres traviesa.

Ella suspiró, la tenía totalmente controlada. No sabía si le gustaba que la conociera tan bien.

- Por cierto, nos casamos hoy- ella le miró boquiabierta

- Muy bien- susurró.

- No voy a esperar más- apuntilló él, la miró decidido. Ella asintió mirando de nuevo al frente, sin tener nada más que decir, ella también lo quería. Todo lo que había ocurrido le había convencido de lo que era importante en realidad.

SIETE

Todo estaba preparado. Había estado en la cocina con Lena la mayor parte del día. Después, se bañó en aquella maravillosa piscina, hasta que quedó totalmente limpia, según exigían sus creencias, y había prohibido a Sköll que se acercara a su habitación. Ya estaba vestida y Lena le había trenzado el pelo, con las cintas que habían comprado en el pueblo.

Una vez peinada, la muchacha le pasó una lámina de cobre bruñido, que Sigrid había heredado de su madre, y que utilizaba como espejo. Se sonrió a sí misma al ver su imagen, tenía las mejillas sonrosadas, y los ojos chispeantes. Las trenzas, caían, cuatro a cada lado de su cabeza. Las dos más grandes las más cercanas a las mejillas, simbolizaban los novios, que emprendían una nueva vida. Las seis restantes, más finas, según la costumbre, significaba que esperaban, al menos, seis hijos.

- Estás muy guapa Sigrid- Lena estaba entusiasmada.

- Gracias Lena- sonrió de nuevo al verse el peinado- tienes buena mano para peinar. Yo nunca hubiera podido hacérmelas tan bien. Miró la ropa de la chica.

- ¿No tienes otra ropa que te puedas poner? - Para Sigrid, el vestido de arpillera era humillante.

- Tengo otro vestido, pero es igual que este- Sigrid se levantó y para ir al arcón donde tenía su ropa. Tampoco es que tuviera demasiada, ni muy buena, pero al lado de la de Lena, su ropa parecía la de una reina. Sacó un vestido de lana, muy suave, que había tejido el invierno anterior, y que le estaba demasiado justo. Lo levantó para enseñárselo. Era azul. Con el pelo rubio de la chica iría muy bien.

- Te lo regalo, por lo amable que has sido conmigo. Póntelo hoy por favor, bueno, y cuando quieras- la chica la miró asombrada, como si no lo creyera del todo, luego se echó en sus brazos dándole las gracias- pero tienes que quitarte el pañuelo, y enseñar ese pelo tan precioso que tienes.

-Está bien, voy corriendo a mi habitación ¿me da tiempo? - parecía muy excitada.

- Claro que sí, no pueden empezar sin mí, y yo no lo haré hasta que no vengas ¿te parece bien? – la muchacha asintió, sonriendo, y salió corriendo.

Sigrid se quedó sola, escuchaba las risas y conversaciones que venían de la sala. Se concentró en sí misma, aprovechando el momento. Hacía días que no hablaba con los espíritus de la naturaleza. Esperó hasta estar tranquila, y no escuchar nada más que los latidos de su corazón. Sólo entonces, murmuró con los ojos cerrados:

- Madre Tierra, guíame por favor. Busco mi camino, sin ánimo de hacer daño a ningún ser vivo. Te ofrezco el ritual de mi unión, como ofrenda, para que tu espíritu nos proteja. Gracias *Nerthus*.

Ahora, ya podía hablar con su madre. Primero debía hablar con la Madre Tierra, para que no se pusiera celosa. Si esto ocurría, podía decidir que no se encontrara, en la otra vida, con sus antepasados.

- Querida madre, hoy me caso. Ya sé que te dije que nunca lo haría con un hombre al que quisiera, para no sufrir como tú. Estoy segura de que estás contenta, porque no haya podido cumplir mi palabra- sonrió- le quiero, madre. Ayúdame en mi nueva vida, por favor. Dame sabiduría para decidir, fuerza para levantarme después de caer, y bondad para no devolver el golpe.

Terminó de rezar, cuando llamaron a la puerta, era Sköll. Entró, cerrando la puerta tras él. Se quedó mirándola boquiabierto. Ella se le acercó. Estaba en su mente, sabía lo que sentía en ese momento.

- ¿Te gusta?

- No sé cómo voy a poder esperar a que termine el ritual- la cogió por la cintura acercándola aún más- me parece mentira que nos casemos.

- A mí también, pero va a ocurrir.

- ¿Vamos?

- Hay que esperar a Lena, la he dicho que esperaríamos a que se arreglara. Vendrá enseguida, pero si quieres, vamos a la sala.

Cuando entraron en ella, los guerreros reían y hablaban a gritos. Esa unión era muy importante para todos ellos, por lo que significaba para su propio futuro. Por fin se cumplía la profecía entre un berserker y una hechicera. La alegría se veía en todas las caras, así como la esperanza. Sköll quería celebrarlo por todo lo alto, por lo que había varias jarras de bebida, aunque él no la había probado. Estaba nervioso, hasta que todo terminara. No se atrevía, todavía, a dar rienda suelta a su felicidad. Por fin tendría a su compañera, para toda la eternidad. Al día siguiente, volvería a preocuparse por el intento de asesinato contra Sigrid. Y de buscar a los culpables. Hoy era un día de celebración.

Tomó su mano, como haría un auténtico caballero, para besar el dorso de la misma. Sigrid suspiró, aleteando las pestañas exageradamente, lo que provocó carcajadas en todos. Su futuro marido estaba guapísimo. Iba vestido con unos pantalones marrones, y una camisa azul de ante. Encima llevaba una capa, de color bronce, abrochada en el hombro izquierdo con un broche de oro. Sigrid se quedó mirándolo. Era un oso. Era, para los berserkers, el animal más respetado. Símbolo de fuerza y poder.

Dentro de sus propias creencias, el oso significaba, valentía, paz, capacidad de resurrección, poder y bondad. Miró a su propio oso, de dos patas, a los ojos sonriendo. Él también sonreía, con su mirada bicolor.

- Eres la mujer más bella que nunca he visto- ella le miró traviesa.

- Entonces, no creo que hayas visto muchas- él se agachó para poder susurrar en su oído.

- Algo más tarde, te demostraré que digo la verdad- se dieron la vuelta, debido a que se hizo el silencio en la sala. Los hombres habían dejado de hablar, de repente.

En el umbral del pasillo que venía de la cocina, estaba parada una mujer desconocida. Sigrid se acercó a ella, porque fue la única que la reconoció. Los hombres eran bastante obtusos. Echó un vistazo a Arud, que se movía también hacia Lena. Parecía como si le hubieran dado con una maza en la cabeza.

- Lena ¡estás preciosa! – la muchacha parecía avergonzada, mirando al suelo. Sigrid le levantó la barbilla, con la mano- vamos, hoy es un día para pasárselo bien. Quiero que todos disfrutéis, mañana ya nos preocuparemos de todo lo demás. ¿De acuerdo? - Lena asintió.

- Está más que preciosa - Sigrid y la misma Lena, le miraron asombradas. Arud tenía la mirada fija en ella, apasionadamente. Sigrid miró a Lena con el ceño fruncido, para ver cómo reaccionaba a esa mirada. La muchacha parecía aturdida, pero no demasiado contenta. Decidió protegerla mientras ella decidiera lo que quería.

- Acompáñame por favor Lena- Arud parecía querer decir algo, pero una mirada de Sigrid hizo que cerrara la boca. No obstante, no parecía contento. La llevó junto a Sköll, de la mano-

quiero que estés a mi lado, durante la ceremonia.

No fue una decisión demasiado inteligente, ya que Arud, como el hombre más cercano a Sköll, se puso al lado de éste. Eso hizo que pudiera estar, toda la ceremonia, mirando obsesivamente a Lena.

Por fin se colocaron, los novios, uno frente al otro, junto al hogar de la sala. Se apagaron las lámparas de aceite, para que los espíritus de los antepasados pudieran estar presentes, si querían, a la luz del fuego. Entre las hechiceras solo podía haber, en una ceremonia de unión, luz que procediera del fuego.

Sköll tomó su mano derecha con la suya izquierda, y Arud las ató, por las muñecas, con una trenza realizada por Sigrid, con hierbas recogidas de la ribera del río, como símbolo de su unión con la naturaleza. Ella se extrañó de que usaran esa mano, les deberían haber atado las contrarias, comenzó a recordárselo a Arud, pero este suspiró negando con la cabeza.

- Sköll prefiere que el vínculo de sangre sea en su mano derecha- ella le miró sorprendida. Se consideraba que, la mujer, era la que debía sufrir la herida en la mano más importante, ya que, su compañero, era el que proveía al hogar de alimentos y pieles- miró a Sköll curiosa. Este se encogió de hombros, sin ganas de dar más explicaciones. Al ver que ella seguía mirándole, le dijo.

- Prefiero que no te duela, continuamente, la mano que más utilizas.

- Entonces te dolerá a ti- se encogió de hombros, como si eso no tuviera importancia. Ella le sonrió, revelando en su mirada, lo que había en su corazón.

Sköll sintió que el berserker reía de alegría. Jamás había sido tan feliz, como al descubrir, en ese momento, que ella le quería. Por fin. Llevaba toda su vida esperando. Con un abismo en su interior, sin llenar, que se iba comiendo, poco a poco, toda su humanidad.

Arud comenzó a hablar.

- Decid las palabras- Sköll recorrió con los ojos hambrientos de cariño su cara, y repitió las palabras que le había dicho en otro momento. Ya le había explicado su significado, y en esta ocasión, ella aceptaba el ritual.

- Eres mía, mi corazón, mi mundo, mi andsfrende. Juro por mi honor, que tu vida y tu felicidad son, y serán, lo primero para mí. Por toda la eternidad, nuestra unión será sagrada - no dejaron nunca de mirarse, cuando ella contestó:

- Soy tuya, como tú eres mío. Acepto tu reclamo sobre mí, al igual que juro que también, serás lo primero para mí. Para siempre- Se inclinaron para juntar sus frentes, y se retiraron volviendo a mirarse a los ojos. Arud entonces, tomó su daga, y les hizo una larga herida, aunque no profunda, en forma diagonal, en la palma de la mano. Los vendó con paños de algodón, y ató sus manos. Luego, soltó las otras. Así habían quedado atados por las manos heridas, mientras sus sangres se juntaban. No había mayor unión.

El resto de los guerreros les vitorearon, dándoles palmadas en la espalda como felicitación, mientras ellos permanecían abrazados. Sigrid notó, sin poder evitarlo, cómo, unas lágrimas traidoras se deslizaron por sus mejillas. Las limpió con su mano izquierda, Sköll la besó entonces.

- Eres la dueña de mi corazón- susurró en su oído. Sabía lo que quería decir, que aquello no era solo una unión obligada, por una necesidad casi animal. Sino que él, como persona, la quería. Parecía haber encontrado las palabras, que ella necesitaba escuchar. Volvió a sonreírle entre lágrimas. Intentó calmarse, todavía tenían mucha celebración por delante.

Cuando pasaron unos minutos, ya pudieron separar sus manos. Echó aceite de salvia en las heridas, para que no se infectaran, y las vendó, ya separadas. Eso provocó que todos rieran, sentados a la mesa, preguntándole a Sköll, qué le había hecho para que quisiera separarse tan rápido de él. Él sonrió sin contestar, lo que hizo que Hjalmar riera a carcajadas, contagiando al resto de guerreros. Lena no se sentaba, a pesar de que Sigríð le había dicho que pusieran las fuentes en la mesa, y cada uno podía ir a por lo que necesitara a la cocina. La muchacha, nerviosa, cogió la jarra para ir a por agua. Arud lo vio y se levantó, pidiéndole la jarra con la mano. Cuando la muchacha se la entregó, él fue a llenarla.

- Lena, siéntate, por favor- la muchacha se mordió el labio, claramente avergonzada, y se dejó caer en la silla junto a Hjalmar. Al otro lado, estaba vacía, ya que era el sitio de Arud. Cuando volvió, se sentó junto a ella, ofreciéndole agua. Ella asintió para que llenara su vaso.

- Gracias señor- susurró. Arud la miró con el ceño fruncido, pero Lena no le veía, ya que no levantaba la vista del plato. Sigríð desvió su mirada, sonriente, hacia Sköll. Éste admitía las bromas continuas de sus compañeros, por su reciente matrimonio, sin contestar nada.

Sigríð observó con qué tranquilidad las aguantaba, sin perturbarse lo más mínimo. Exceptuando alguna sonrisa que se le escapaba de vez en cuando, parecía que hablaran de otra persona.

- Hjalmar, me ha dicho Sköll que cantas muy bien. ¿Nos podrías cantar después de la cena? – Sköll y Arud menearon la cabeza. Continuamente le mandaban callar, porque era incansable cantando, hasta conseguir que les doliera la cabeza, en ocasiones. Si le pedían que cantara, no podrían descansar hasta que se fueran todos a dormir.

- Claro que sí, me pueden acompañar Dahl y Danielsen. Tocan el tambor y la kraviklyras – Sigríð miró a Sköll.

- No sé lo que es- su ya esposo, la cogió de la mano sonriente.

- Dahl aporrea un tambor que hizo hace tiempo, de piel de reno, y Danielsen sopla varios cuernos. Te arrepentirás de habérselo pedido- rio cuando escuchó las quejas de los hombres, por meterse con su música. Mantuvo la mano de Sigríð, acurrucada dentro de la suya, mientras intercambiaba bromas con los dos primos. En esta ocasión Hjalmar dejó discutir a los demás, observando todo sonriente.

Sigríð volvió a mirar a Lena, quien parecía muy incómoda. Ella frunció el ceño al verlo. La chica se levantó, ella hizo lo mismo para seguirla, pero Arud le hizo un gesto para que no se moviera, siguiéndola él mismo

- Sköll, estoy preocupada por Lena.

- Me tendrás que contar qué ocurre con esa chica, al fin y al cabo, es una esclava. No digo que haya que tratarla mal, pero es algo raro sentarla en la mesa, y que se ponga uno de tus vestidos. ¿Hay algo, en este asunto, que no me has contado? – la miró sonriente. Ella entrecerró los ojos, él lo sabía.

- ¡Lo sabes!

- Claro que sí, lo sabemos todos. No puede haber ninguna hechicera cerca, sin que lo sepamos. Es como si se nos erizara el pelo de todo el cuerpo. Y llevo varios días notando raro a Arud. Normalmente es un hombre muy tranquilo, el más tranquilo de todos. Sin embargo, desde que llegamos a esta casa, le noto especialmente nervioso.

- ¿Cómo es posible que yo haya tardado en darme cuenta más tiempo?

- ¿No lo sabías?

- Me he dado cuenta cuando me ha tocado, hasta ese momento, no- inclinó la cabeza pensativa- tiene un don enorme, sin desarrollar. No creo que lo pueda controlar. Me gustaría ayudarla en lo que pueda. Es una niña.

- ¿Ah sí? - sonrió burlonamente- ¿y cuántos años le llevas a esa niña?, como eres tan mayor...- le miró riéndose a carcajadas. Él parecía fascinado.

- Le llevo dos años, toda una vida. Claro que a ti te pareceremos muy jóvenes, tú eres casi un anciano- se burló

- Para mí, las dos sois unas niñas, tengo diez años más que tú. Pero luego te mostraré lo que puede hacer este anciano- sonrió maliciosamente y ella se ruborizó, pero no dejó de mirarle a los ojos en ningún momento.

En la habitación de Lena, Arud la besaba, con todo el cuidado que podía, intentando no asustarla. La había seguido y había cerrado la puerta, para que nadie les molestara. Luego se había acercado, despacio, como si ella fuera un animal frágil, que pudiera desaparecer corriendo. Ella le miraba, al contrario, como si él fuera algún tipo de monstruo, que la pudiera despedazar si salía corriendo. Cuando Arud consiguió, que sus cuerpos se rozaran, se inclinó hasta besar sus labios. Todo en él ardía, su berserker aullaba de necesidad. Hacía tiempo que la oscuridad, aumentaba dentro de él. Meses atrás, a base de insistir, había arrancado a Sköll la promesa de que, si llegaba a transformarse en el monstruo que llevaba camino de ser, su amigo le mataría, sin permitir que hiciera daño a nadie.

Cuando conoció a Lena, notó una sacudida en su interior. Como si le hubiera traspasado un rayo. Pero no lo atribuyó a la posibilidad de que fuera su andsfrende. Le parecía una niña, y en cierto modo, seguía pareciéndoselo.

Lena no entendía lo que estaba pasando en su cuerpo. Ella tenía un miedo espantoso a los hombres. Habían intentado forzarla un par de veces, en la granja donde se había criado, y había conseguido evitarlo a duras penas. Pero junto a este gigante, cuyo cuerpo era dos veces el de ella, se sentía segura, quizás por primera vez en su vida. Ahora, incluso le abrazó por la nuca. Eso hizo que él sintiera como, al contacto con sus manos, la piel le ardía. Se retiró despacio, observándola. Su mirada era inteligente. Sus tranquilos ojos grises, estaban envueltos por la bruma azul brillante, debido a la excitación del berserker. Arud notó que ella estaba empezando a asustarse, dio un paso atrás para dejarla escapar y ella se fue, dejando solo su aroma. Olía a flores. Inspiró para que su olor penetrara en él, y pudiera encontrarla siempre. Por fin la había encontrado. Pero ella no estaba preparada para él. Todavía.

Los hombres habían comenzado a tocar. Lena se sentó discretamente en su sitio. Arud apareció momentos después sin hacer ningún comentario, y se quedó de pie apoyado en la pared, sin volver a sentarse. Sigrid miró a uno y a otro sorprendida. Él se había colocado de manera que pudiera mirarla, pero ella a él no. Eso hizo que Lena comenzara a hablar, aunque tímidamente. Sigrid contestaba a sus preguntas encantada. Sköll se levantó para hablar con su amigo, mientras los intérpretes seguían machacando sus oídos. Sigrid reconocía que eran malísimos, pero era divertido ver a unos gigantes como ellos, tocando y cantando. Aunque fuera mal.

Sköll vino a buscarla, para que se retiraran. Ella se despidió de Lena, quien, enseguida, se dirigió a su habitación. Sigrid le había dicho que lo hiciera, y que al día siguiente recogerían todo, que no se preocupara. Luego, siguió a su marido.

Cuando anduvieron a la par por el pasillo, la enlazó por la cintura para darle un beso en la

boca, sin aguantar más. Tenía que entrar en ella, marcarla, hacerla suya de nuevo. Esta vez como parte del ritual que habían realizado, ante sus amigos. Sigríð reía encantada, incapaz de igualar sus largas zancadas. Él, con un poderoso impulso, la cogió en brazos, sin esfuerzo, y la llevó a la sala de baños.

Habían dispuesto todo lo necesario para su disfrute. Había lámparas de aceite colocadas por toda la sala, lo que creaba una atmósfera muy placentera.

Había paños de algodón para secarse y jabones de olor, así como aceites perfumados. También fruta, para que comieran lo que quisieran, y, por supuesto, aguamiel.

Le miró impresionada, no sabía cuándo podía haber conseguido todo esto.

- A mí no me mires, los chicos han ido de compras. Les has caído bien, es una especie de regalo para ti.

- Imagino que para los dos- notó su presencia en su espalda. Él la abrazó por la cintura, pegándola contra su cuerpo.

- ¡Por fin!, creía que no se acababa este día- ella se volvió hacia él, encantada de hacerlo.

- Tendremos que hablar de Arud y Lena. Además, ella no puede seguir siendo esclava.

- Hablaremos de todo mañana – dijo contra sus labios, antes de asaltarla con ferocidad- no puedo ser suave. Te deseo demasiado, no sé lo que ha ocurrido en el ceremonial, pero cuando veníamos hacia aquí, te deseaba más que nunca- ella le miró sorprendida por la luz fluorescente de sus ojos.

- Está bien, no tengas miedo- comenzó a desnudarla, arrastrando el vestido por su piel, hasta despojarla de él.

La miró, con la camisola solamente. Era la mujer más hermosa del mundo, aunque ella no lo creyera. Entonces, se desnudó él, lo que fue mucho más rápido todavía. Como siguiera tocándola, no sería capaz de desnudarla, antes de penetrarla.

Ella, por sí misma, se quitó la camisola, y esperó. Él caminó los dos pasos que les separaban, y cayó de rodillas adorándola. Levantó su pie y comenzó a besarla por la parte interior del muslo. Ella se apoyó en su hombro.

- Sköll, me caeré- protestó medio en broma.

- Te sujeto, no te preocupes. Necesito volver a beber de ti, o me volveré loco. Su lengua fue directamente a su fuente de placer, y bebió de ella como había hecho la vez anterior. Ella explotó instantes después. El verle desnudo, erecto e impaciente, había hecho que su cuerpo le deseara rápidamente.

Sköll recogió su cuerpo, desmadejado, entre sus brazos, y casi con ternura, la llevó hacia el baño.

- ¿Por qué me llevas al agua? ¿no vamos a seguir?

- Creo que dijiste que había que hacerlo en la tierra y el agua. Empezaremos por el agua, luego seguiremos por la tierra, y es posible que volvamos a empezar de nuevo después.

Sigríð se rio a carcajadas, que se transformaron en gemidos en unos instantes.

OCHO

La muchacha, se abrigó más con las pieles que había robado, y se esforzó por hacer fuego. Afortunadamente, habían encontrado esa cabaña, a medio camino de Ribe. No creía que hubieran sobrevivido, si hubieran tenido que pasar la noche al raso.

Su antiguo amo no había sido de ninguna ayuda. Era un peso muerto. Le llevaría porque no se atrevía a ir sola, siendo una esclava. Si fuera una mujer libre, le hubiera abandonado hacía horas. Afortunadamente, a uno de los dos le funcionaba la cabeza. Él todavía estaba llorando por la bruja. Había disfrutado enormemente, llevándole el plato de sopa envenenado a aquella estúpida, aunque no se había atrevido a decírselo a él. Había elegido aquella hierba, porque sabía que la víctima, moría entre grandes sufrimientos. Le hubiera gustado ver cómo ocurría. Pero no se podía tener todo.

Aprovechó los minutos de confusión, después de que a Sigrid le hiciera efecto el matalobos, para sacar a Harold de la cabaña. Tenía los víveres y el dinero, preparado y escondido en el granero desde el día anterior. Había llevado, un rato antes, un cuenco de sopa envenenada al guerrero que vigilaba la cabaña. Desde entonces, Harold no le había servido de nada. Cuando preguntó cómo había conseguido sacarle de allí, le dijo lo del vikingo, pero no lo de Sigrid. Se comportaba como un niño, pensando que no volvería a verla. No quiso recordarle las noches que había pasado en su cama, aunque se suponía que estaba enamorado de la otra.

Harold sentía como si uno de los demonios de sus creencias mitológicas, hubiera vuelto su vida del revés, por algún capricho, como contaban en las sagas antiguas. El destino, en una broma mortal, había hecho que la misma mujer, fuera la deseada por los dos hermanos. Ahora no la tenía a ella, ni a su hermano, ni siquiera un hogar. Hasta hacía unos días, había sido el señor de todo lo que alcanzaba su vista, en representación de Sköll. Y éste había sido como su padre. No había conocido otra familia. Por eso, su mente, no pudo aceptar que le quitara, a la única mujer, que había querido en toda su vida.

No creía que, nunca, dejara de amarla. No sabía cómo había podido pegarla. Era como si algo malvado se hubiera introducido en su cabeza, por unos momentos. Si Sköll no hubiera entrado, la hubiera matado.

Harold miró a Dahlia, sin poder evitar hacer comparaciones. Sigrid, la hermosa Sigrid, era la muchacha más bella, y con mejor corazón que había conocido. Y la muchacha que le había rescatado, era una mujer maliciosa y egoísta. Un profundo asco por ella, se instaló dentro de él. Odiaba todo lo que le rodeaba, porque ella no estaba. Y especialmente a Dahlia. Su aversión por esa mujer, corrió por sus venas con la misma fuerza, que había corrido el amor por la que llevaba en su corazón. Se juró a sí mismo hacer todo lo posible, para conseguir que Sigrid volviera a ser suya. Quizás si pudiera hablar con ella, sin Sköll, conseguiría que cambiara de opinión. Con ese pensamiento, se sintió mejor, todavía podía rehacer su vida, y ser feliz.

Al día siguiente, y casi sin hablar, volvieron a montar en los caballos. Los animales habían aguantado bien el frío del cobertizo. Se dirigieron a Ribe. A media mañana llegaron. Era un pueblo de pescadores, que había crecido debido a que, desde hacía poco, los barcos paraban en su puerto a traer mercancías de todas partes del mundo. El mercado de allí atraía gentes de todos los pueblos de alrededor, con la confianza de encontrar productos, imposibles de conseguir en cualquier otro sitio.

Dahlia le miró inquisitiva, aquí estaba perdida. Él asintió. Aunque la odiaba por quien no

era, de momento se necesitaban.

- Vamos al puerto, pasaremos más desapercibidos. Suele haber mucha gente, y allí podemos decidir qué hacer después- efectivamente, desde allí, se podía observar el constante ir y venir de barcos de todo tipo. Entrando y saliendo de la bahía. No había que olvidar que los vikingos eran, entre otras cosas, grandes comerciantes.

Una vez en el puerto, se dirigieron a la taberna que les pareció más discreta, en un callejón. A pesar de que Dahlia había cogido algo de comida y bebida, estaban famélicos. Afortunadamente, tenían dinero, ya que Dahlia le había traído el saco de monedas que siempre tenía en la casa, para los gastos habituales. El resto que había traído su hermano, lo guardaba Sköll en varios cofres, aunque no sabía dónde.

Se dejaron caer, agotados, en dos sillas, mientras una camarera vino a preguntarles qué querían. Harold había elegido una mesa, en el rincón más oscuro del local. Observó a su alrededor, el sitio era realmente asqueroso, al igual que la gente que les rodeaba. Imaginó que él no tenía mucho mejor aspecto, teniendo en cuenta su cara. Todavía le dolía todo el rostro, pero creía que había tenido suerte. Nadie, él incluido, se hubiera extrañado de que Sköll le hubiera matado. Sigrid había intercedido por él. Increíblemente. Notaba cómo las lágrimas acudían a sus ojos, cuando escuchó unas palabras que le hicieron fruncir el ceño. Los hombres que hablaban, estaban a sus espaldas y no podía ver cómo eran.

- ¿Habéis tenido noticias de los berserkers? – hablaba bajo, pero él le escuchaba perfectamente.

- No señor- Harald dio un puñetazo en la mesa

- ¡Maldita sea!, el tiempo sigue corriendo. ¿Nada, ni un indicio?

- Es posible que no estén en la zona.

- ¡No! están por aquí, lo sé. Recordad lo que dijo la bruja, ellos le dijeron que vivían cerca de Ribe. Hay que encontrar a la mujer del jefe. Teniéndola a ella, controlaremos a todos.

Harold se irguió en la silla, intentando captar toda la conversación, pero bajaron la voz. No quería que se dieran cuenta de que escuchaba. Dahlia estaba ocupada, observando la gente que entraba y salía, bebiendo aguamiel, y comiendo algo de carne.

- No hay nadie que sepa nada jefe. Hemos ofrecido dinero, pero nadie admite haberlos conocido.

- Pues ¡seguid intentándolo!, y ¡no volváis por aquí, si no traéis noticias!

Tenía que hablar con ese hombre, enterarse de todo lo que pudiera. Dahlia no podía saber nada, ella montaría un escándalo. Debía deshacerse de ella, antes de nada.

- Dahlia, pide una habitación, y sube, toma. Ahora voy yo - le dio unas monedas. Ella le observó recelosa. La miró con dureza- ¿a qué esperas? - ella cogió las monedas y se fue, con la copa y el plato, indignada. Cuando desapareció de su vista, Harold se levantó y se acercó a la mesa, donde estaba el hombre bebiendo solo, con aspecto malhumorado.

- Quizás yo os pueda dar la información que necesitáis. A cambio de un precio- Harald le miró sorprendido. Aquél hombre parecía un granjero, puede que bien vestido, pero no lo suficiente para parecerle alguien importante. Además, le habían dado una buena paliza. Pero nunca se sabía. Le hizo un gesto para que se sentara.

- Decidme. ¿Sabéis algo de los berserkers que ayudaron al rey? - Harold asintió.

- Sí, pero primero os diré mi precio, por si no os interesa.

- Decídmelo.

- La mujer de Sköll, os llevaré hasta ellos, a cambio de que me cedáis a la mujer.

- ¿Sköll? - se inclinó hacia él, ya que por lo menos conocía el nombre - ¿le conocéis? - Harold asintió sin darle más datos. No se fiaba de él, pero no podía permitir que encontraran a Sigrid y se la llevaran. Se enteraría de lo que pudiera, y avisaría a su hermano.

- ¿Entonces? ¿puedo quedarme con la mujer? - Harald sonrió. A Harold le recorrió un escalofrío por el cuerpo. La expresión del hombre, le recordó una serpiente a punto de atacar

- Pues ¡claro que sí!, ¡a mí solo me interesan los soldados berserkers! -sabía que no era cierto, ya que le había escuchado hablar de Sigrid, pero no despertaría su desconfianza al decírselo. Solo quería proteger a Sigrid. Haría lo que fuera necesario por ella. No podría seguir viviendo, si le ocurriera algo.

- ¿Ese sitio está muy lejos?

- No, si salimos temprano, podemos llegar al anochecer.

- Está bien, ¿no queréis decirme cómo ir?, no es necesario que vengáis.

- No, si queréis encontrarles, tengo que ir con vosotros.

- Está bien, entonces, saldremos mañana al amanecer. ¿Queréis que os pague la habitación?

- No es necesario, gracias señor...

- Podéis llamarme Harald, ¿y vos? - sonrió al responder.

- Harold- ambos se miraron con atención, recordando la historia. Harold y Harald eran dos hermanos, que, arrancados del mismo árbol, habían sido totalmente distintos. Uno la encarnación del bien, y otra la del mal. Harold sonrió para no levantar sospechas, aunque aquél hombre hacía que temiera por la vida de todos los habitantes de la granja, y se despidió hasta el día siguiente. Harald le observó, pensativo, mientras subía las escaleras. Era una pena que tuviera que morir-se encogió de hombros, y siguió bebiendo mientras esperaba a sus hombres, para comunicarles las novedades.

Dahlia esperaba, acostada y desnuda, en la habitación. Cuando entró, por unos instantes, Harold inclinó la cabeza pensando a toda prisa, cómo podría avisar a Sköll. Solo se le ocurría una manera. Miró a la esclava, hablaría con ella, sino sería imposible.

- Dahlia- ella extendió el brazo invitándole a acompañarla en la cama. Él tuvo que apretar los dientes para no empezar a gritar de desesperación, pero tenía que ser inteligente. Se sentó junto a ella- escucha, necesito tu ayuda- ella comenzó a acariciarle, irguiéndose hasta estar sentada junto a él. Harold siguió intentando hablar con ella.

- Dahlia, necesito que me escuches. Es muy importante.

- Luego, ahora, creo que me debes algo por haberte salvado. Ven, vamos a la cama. Ya nos lo hemos pasado bien otras veces, ¿no es verdad? - tiró de su brazo, pero él se revolvió levantándose de la cama. Se plantó a los pies de la misma, con las manos en las caderas, harto ya de esa mujer.

- ¡Dahlia, maldita sea!, ¡eso no va a ocurrir!, ¡yo no te pedí que envenenaras a Carlson! - gritó. Eso provocó que ella se levantara con las mejillas rojas por la ira. Arrastró la sábana para taparse, y poder discutir con él de pie. Ya no se consideraba su esclava. Le diría todo lo que había callado durante tanto tiempo. ¡No iba a tener dueño, nunca más!

- ¡Eres un desagradecido, podría haberme ido sola, y hubiera tenido menos problemas! Y un blando, ¡Sigrid por aquí, Sigrid por allá!, estoy harta de escuchar ese nombre en tus labios, cuando ella ha elegido a otro ¡a tu propio hermano! - soltó varias carcajadas obscenas. Harold se sintió enfadado consigo mismo, por haber tenido, alguna vez, algo que ver con una mujer así.

Aunque fuera una esclava, no la debería haber mantenido en su casa. Había intentado evitar los enfrentamientos. Pero esto era demasiado importante.

- Dahlia- se acercó a ella intentando contener su temperamento- nada de eso importa ya. Estamos hablando de un problema muy grave. Buscan a mi hermano y a Sigrid. Tengo que avisarle, para que estén preparados- ella puso cara de repulsión al mirarle.

- Me das asco, tu hermano es diez veces más hombre que tú. ¿Eran los hombres que estabas escuchando abajo? - Harold no contestó. Empezaba a darse cuenta de que, quizás, no conseguiría convencerla - por eso querías que subiera ¿no? - se dirigió a la silla donde estaba su ropa.

- Bajaré y hablaré con él, le voy a contar donde están. Seguro que hay una recompensa. Parecía tener dinero- Harold la sujetó por el brazo, ya enfadado.

- Dahlia ¡te prohíbo que bajes! ¡Sigrid puede salir herida o algo peor!

- ¡Ya no obedezco tus órdenes!, ¡desde que salimos de aquella casa, dejé de ser tu esclava! Y en cuanto a tu Sigrid- escupió las palabras- a estas horas, espero que ya esté muerta- Harold agrandó los ojos, temiendo lo peor de semejante víbora. La zarandeó sin soltarla.

- ¿Qué le has hecho?, ¡dímelo! – rugió. Ella se revolvió, y, al ver que no podía soltarse, sacó el cuchillo que llevaba escondido, bajo la sábana. Por eso se había envuelto en ella, al levantarse. Lo tenía junto a ella desde que habían salido de la casa, no pensaba consentir que nadie más la maltratara. Nunca más.

Harold observó el cuchillo dirigirse hacia él, pero no fue lo suficientemente rápido para pararlo. Se clavó en su hombro, ella lo soltó al darse cuenta de que comenzaba a sangrar. Por primera vez, estaba asustada. La ley contra los esclavos que atacaban a sus amos, era taxativa, la muerte. Harold sacó el cuchillo. Todavía no le dolía la herida, tendría que vendársela bien, para poder montar a caballo.

- ¡Ayúdame a vendarla, para que pare la sangre! – ella, por primera vez desde que la conocía, hizo lo que le decían, sin protestar. Hizo tiras la sábana que llevaba encima, para poder tener algo con lo que apretar la herida, mientras él se quitaba la camisa. Se sentó en la cama, para facilitarle el trabajo. Cuando la notó más tranquila, volvió a preguntar:

- Ahora dime qué le has hecho a Sigrid- la miró, pero ella le volvía la cara. La cogió por la barbilla- dímelo Dahlia, estoy tranquilo- puso toda su voluntad en no levantar la voz, para que no se asustara.

- La envenené igual que al hombre- era peor de lo que pensaba, Harold sintió que se mareaba. Sentía como si nada le estuviera ocurriendo a él. Parecía que lo viera desde fuera de su cuerpo.

- ¿Por qué? - la muchacha, pensando que lo peor había pasado, dijo la verdad.

- ¡No la soporto!, desde la primera vez que te escuché hablar de ella, la odié. Yo esperaba que me hicieras tu esposa, pero en cuanto la conociste, supe que yo ya no contaba en tu vida- él la miró con los ojos helados, como si estuviera muerto.

- ¿Estás segura de que está muerta? – ella soltó una risita malvada, y se encogió de hombros- es posible que no, al ser una bruja. Yo no sé nada de curaciones ni de hechizos, pero la hierba que le he dado, *matalobos*, suele ser mortal. En la granja donde me crie, nos lo enseñaron, para que no la comieran los animales.

Harold, de repente, levantó el brazo y le clavó el cuchillo en el vientre, mientras ella todavía seguía vendándole el hombro. Dahlia le miró asombrada. Cayó al suelo de costado sujetándose la herida, sin haber hecho ningún ruido. Él la miró sin sentir nada. No era consciente de que la iba a

apuñalar, pero tampoco se arrepentía de ello.

Terminó de vendarse el hombro, tranquilamente, y se puso la camisa de nuevo, y encima, la capa. Recogió sus cosas y salió de allí. Se quedó unos momentos en el atillo de la escalera observando la sala de la taberna. No veía al hombre con el que había hablado. Bajó intentando parecer normal, y salió a la calle. Nadie le dijo nada, ni hizo ningún intento por pararle.

Harald mientras, estaba en su habitación con su segundo al mando, dándole instrucciones sobre el plan que había confeccionado en la última hora. Todo estaba ya, claro, en su mente.

- Ahora, iremos a su habitación, y hablaremos con él. Si no nos dice lo que queremos saber, por las buenas, lo hará por las malas. Pero primero, di a tus hombres que se queden abajo, por si intentara escapar alguno de los dos- el otro hombre asintió. Mientras salía, Harald decidió cambiarse de camisa, le gustaba pensar que, no por estar en un pueblo y no en la Corte, había dejado atrás su elegancia. Cuando llamaron a la puerta, estaba elegantemente vestido, preparado para su próxima víctima.

- ¡Perfecto! - exclamó al verse en un espejo que tenía siempre a mano en la bolsa. Se acicaló un poco la barba y salió dejando que su soldado cerrara la puerta de la habitación.

Entraron en la habitación del final del pasillo, donde les había dicho el dueño que estaba el tal Harold, sin avisar. Encontrarse a la mujer muerta, fue de lo más desagradable, e hizo que comenzara a dar patadas a todo lo que encontraba a su paso. Hasta que escuchó un gemido de la mujer. Se giró hacia ella sonriente, quizás no todo estaba perdido.

Harold vio a los soldados que entraban en la taberna. Estaba seguro de que era por él. Ya le debían estar buscando. Se coló, aprovechando el momento, en el establo. Preparó su caballo y lo montó sin hacer ruido. Salió de allí sin llamar la atención, aprovechando que por la calle estaban pasando en ese momento varios jinetes en diferentes direcciones. En cuanto se alejó un poco, comenzó a trotar, y en cuanto pudo, galopó. No sabían dónde iba, pero nunca se sabía. Y, con la vida de Sigrid en juego, no podía correr riesgos. Anocheecía, afortunadamente había luna llena.

Había sido una noche maravillosa, pero le dolían todos los músculos del cuerpo. Sköll, al observar cómo se levantaba de la cama, como si fuera una vieja, se rio por lo bajo. Consideraba que, aquello, era un tributo a su virilidad. Ella le echó una mirada furibunda.

- No te rías, te dije la última vez que no podía más, mira cómo estoy, me duele todo. Afortunadamente tenemos esa habitación para el baño. Si me hubieras dicho antes que existía, no te habría costado tanto convencerme para casarme contigo- le miró haciendo un mohín con los labios, para ponerle en su sitio, pero solo consiguió que él riera más todavía. Ella no pudo evitar corresponderle. Parecía un niño jugueteón. Se puso un vestido encima, y salió de allí andando lo más dignamente posible, hasta que escuchó que él la seguía y comenzó a correr con una carcajada. Por supuesto él la cogió en sus brazos, y no la soltó hasta que llegaron a la piscina.

Media hora después, ella flotaba boca arriba en aquél remanso de paz.

- Sköll, de verdad te lo digo, si no te quisiera, me enamoraría de ti por esto- él, que la sostenía con sus brazos para que no se hundiera, se quedó rígido. Ella volvió la cabeza extrañada.

- ¿Qué pasa? – se puso serio al ver su expresión- ¡Sköll!, se puso de pie para acercarse a él, y tocó su cara. Sus ojos no se apartaban, febriles, de ella.

- ¿Qué ocurre Sköll?, dime- volvió a acariciarle la mejilla.

- ¡Nunca lo habías dicho!

- ¿El qué?

- Que me quieres. Yo si te lo he dicho a ti, pero pensaba que no sentías lo mismo. Ya sé que no tiene nada que ver con lo de nuestra unión. Una cosa es el amor humano y otra que estemos predestinados, por nuestras almas, a juntarnos en esta vida. Pero pensaba que con el tiempo lo sentirías, como yo. Lo sentí al conocerte- ella le tapó la boca con la mano, para que no siguiera hablando.

- Sköll, no digas nada más, he sido una egoísta. Una niña que no sabía lo que quería. Me dijiste una vez que estaba siendo caprichosa, y era verdad- se aferró a sus musculosos brazos, para que la sintiera- pero yo también lo sentí, aunque no quería aceptarlo. Te quise en cuanto te vi, no lo dudes nunca. Si nos pasara algo, alguna vez. Si la vida nos separara, quiero que lo recuerdes siempre. Te quiero Sköll, no me puedo imaginar vivir sin ti. Iría contigo donde fuera, con tal de vivir contigo.

Él sonrió con estrellas en los ojos. Por un momento, pudo ver su alma en su cara, así como la sentía muchas veces junto a la suya. Era todo valentía y bondad, incluso amor. Nunca lo había podido expresar, pero ella sabía que estaba ahí.

Sköll la miró sobrecogido. Su alma rebosaba amor, e instinto de protección. Aquella mujer tenía su vida en sus manos.

- Y, para demostrártelo, te daré un regalo. Creo que te gustará- él la miró pensando si se podría morir de felicidad.

- Estoy embarazada- la miró con veneración y la abrazó con cuidado, pegándola a él, pensando que ahora sí que no permitiría que corriera ningún peligro.

- ¿Estás segura? - ella asintió

- Su cuerpo ha comenzado a formarse, ayer noté su espíritu, que ya había entrado en mí. Es como una luz que me calienta suavemente desde dentro hacia fuera. Eso solo puede significar una cosa.

- ¿El qué? - la miró ceñudo pensando en algún posible problema

- Lo noto porque tiene poderes, tuyos y míos, no sé si es niño o niña, pero será especial - él resopló abrazándola de nuevo con cuidado, casi le temblaban las piernas al imaginar, el cuerpecito de una niña, entre sus enormes brazos. Sonrió con la cabeza metida en el hombro de Sigrid, mientras pestañeaba para que no se derramaran sus lágrimas. Era feliz.

NUEVE

Esa mañana decidieron recorrer las tierras de la granja. Sköll las había comprado varios años atrás, cuando había decidido establecerse en aquella zona, por ser el clima de los más benignos del país. Fueron al establo, pero antes de poder montar, con Gullfaxi ya preparado para el paseo, Arud reclamó a Sköll. Sigrid se quedó junto a la cuadra del caballo, que la miraba suplicante. Se acercó mirándole a los ojos. Eran inteligentes, y, a pesar de ser tan grande, ya no le daba miedo.

- Hola Gullfaxi, soy Sigrid. No nos hemos presentado como debiéramos. ¿Te molestaría si te acaricio un poco?, sé que me entiendes, y me gustaría que fuéramos amigos. Creo que eso le gustaría a mi esposo- el caballo agachó la cabeza, acercándola a ella, para aparentar ser más dócil. Sigrid le acarició.

- ¡Qué pelo tan suave tienes, eres un caballo muy bueno! – Gullfaxi relinchó bajito, casi como un ronroneo.

Sköll miraba la escena con los ojos entrecerrados. Si no hubiera visto en la batalla a aquél animal, donde era más agresivo que ningún soldado, diría que parecía un gatito. Decidió esperar un poco más, para ver de lo que era capaz. Se cruzó de brazos sonriendo.

- ¿Y me dejarías montarte? - Sköll dio un paso dentro para detener aquello, conociendo la ferocidad de Gullfaxi, cuando otra persona había intentado montarle. Se quedó clavado en el sitio, al ver que el animal se agachaba para que Sigrid llegara al estribo, ya que, si no, dada su altura, sería imposible. Ella, con la mayor delicadeza, puso un pie en el estribo, y se subió encima. Gullfaxi se irguió despacio para no desestabilizarla, y se quedó quieto como una estatua. No hizo ninguno de los numeritos que le solía hacer a él, como patear el suelo, saltando y consiguiendo que le rechinaran los dientes. No relinchaba, ni movía la cabeza hacia los lados, intentando transmitir su enfado al mundo. No se podía creer lo que veían sus ojos.

Sigrid, maravillada cogió las riendas, acariciando las crines de aquél soberbio animal. Entonces vio a Sköll en la entrada.

- ¿Has visto? ¡me ha dejado subir! – Sköll se plantó ante el caballo con los brazos en jarras, y le miró con el ceño fruncido. Gullfaxi le respondió con una mirada tranquila, y sonrió con maldad. Conocía a su caballo, y sabía que era muy inteligente, y travieso, pero, hasta ahora, que él supiera, no le había gastado ninguna broma. Rio a carcajadas, lo que provocó que la sonrisa del equino se hiciera más grande.

- Muy bien, tú ganas por esta vez. Pero nada de que monte sola, no quiero que te vuelvas loco y le hagas daño- el caballo le miró de lado, sin dignarse a tener en cuenta la última afirmación. Como si él no supiera cómo tratar a una mujer. Le contestó con un relincho despectivo.

Sköll subió tras ella, y agarró las riendas enlazándola por la cintura. Salieron montados del establo, al paso. Llevaba la espada y el hacha, sujetas a la montura. Aunque era una zona tranquila, seguía, al igual que sus compañeros, la costumbre que había aprendido en el ejército “que nunca haya más de un paso de distancia hasta vuestra arma, no importa dónde ni cuándo”.

La última nevada estaba empezando a desaparecer, ya que los días comenzaban, poco a poco, a ser más templados. Dejó las riendas sueltas para que Gullfaxi caminara a su aire, paralelo al río.

- ¿Dónde quieres ir, a los campos, o al fiordo? - Sigrid no conocía nada todavía.

- Al fiordo- los campos, eran todos, más o menos iguales. Pero nunca había llegado hasta el fiordo, aun estando tan cerca.

- Bien agárrate. Gullfaxi tiene ganas de correr, dejaremos que lo haga- emitió una especie de aullido, que hizo que el caballo aumentara la velocidad. Ella veía pasar borroso, el paisaje a los lados. Notó como Sköll la empujaba hacia sí, para sujetarla mejor, y que disfrutara del viaje. Lo hizo así, y fue mucho más comfortable. Después de unos minutos cabalgando libremente, fue refrenando a Gullfaxi, para desviarse por un camino de tierra que bordeaba la montaña. Era una pendiente de bajada, donde el caballo tuvo que andar con más cuidado, apareció ante sus ojos un paisaje digno de los dioses.

El camino terminaba en una pequeña playa. Sobre la arena, sujeto por rocas y maderos, había un drakkar espectacular. Era alargado y estrecho, con las velas rojas y blancas enrolladas, preparadas para partir en cualquier momento. Sigrid sabía que no sería pesado, para que, entre varios hombres, lo pudieran meter y sacar del agua, a conveniencia. Nunca creyó que vería uno tan cerca.

- ¿Es tuyo? - Sköll asintió sin decir más. Ella ya conocía esa faceta suya, no le gustaba hablar de sus posesiones.

- Durante un tiempo fui marinero. Incluso hice alguna incursión. Me gustaba mucho, pero me alejaba demasiado tiempo de Harold- se calló encogiéndose de hombros- decidí ser soldado, me pareció más seguro.

Sigrid miró hacia arriba, cuando la estaba bajando del caballo. En dirección a la montaña. Estaba recortada, como si alguien hubiera utilizado un cuchillo para hacerlo. Era terrorífico comprobar la fuerza de la naturaleza. El agua del mar chocaba continuamente contra la roca, con una gran fuerza, no quería ni imaginarse como sería una tormenta por allí.

- ¿No te da miedo que se lo lleve el mar?, si hay una tormenta...

- Está aquí porque lo han estado arreglando Dahl y Danielsen, se les da bien. Ahora, que ya está, nos lo llevaremos a algún sitio más seguro. Ella se cogió a su fuerte brazo y comenzaron a pasear por la playa, observando como lamía el mar la arena.

- No había visto el mar nunca tan cerca.

- En verano vendremos a bañarnos, si quieres.

- ¡Sí!, ¡me encanta nadar! - le miró con ojos invitadores- ¿no podemos hacerlo ahora?

- Hace demasiado frío, y, sobre todo, el mar está picado. Pero vendremos en otra ocasión- la atrajo hacia sí para darle un beso rápido en los labios y continuaron andando. Sköll no recordaba ningún momento de su vida, en el que hubiera paseado por el simple gusto de hacerlo, y menos acompañado. Se sentía en paz, simplemente paseando con ella.

Después de estar sentados un rato, al sol, sobre una gran roca, observando el mar, decidieron volver. Gullfaxi le observaba con aprobación. Sköll meneó la cabeza pensando que ya estaba bien, de atribuir esos pensamientos imposibles a su caballo. Subió a Sigrid, y luego lo hizo él. El camino de vuelta fue más tranquilo. Estaban tan a gusto, que no querían volver para estar rodeados de otros, aunque fueran sus amigos.

- Tienes que prometerme que, de vez en cuando, haremos esto. Que nos escaparemos de los demás, para estar solos. Lo necesitamos.

- Sí, estoy de acuerdo- la besó en la coronilla, ella estaba recostada en su pecho, como si fuera un sillón- te prometí que te haría feliz, y lo haré.

Ella suspiró de placer. De repente sintió un latigazo en su interior. Pasaba algo.

- ¡Sköll!, vuelve, ¡deprisa!, ¡ocurre algo en casa!

- ¿El qué? - ella no contestó enseguida, buscaba en su mente la respuesta. Pero no supo contestarle.

- No lo sé, pero es importante.

Sköll puso a Gullfaxi al galope, y no bajó el ritmo hasta que llegaron. A unos centenares de metros, le hizo parar para observar, pero todo parecía en orden. Siguieron acercándose. Hjalmar salía de la cabaña en ese momento y les saludó con el brazo. Cuando iban a entrar en el establo, vio un jinete, no hizo falta que se acercara más, sabía quién era. Desmontó y bajó a su mujer, para meterla en la casa. Cuando fue consciente de que ella se peleaba contra él. La miró, ceñudo.

- ¡Entra ahora mismo, Sigrid!

- ¡No! ¡escúchame, pasa algo, pero no es culpa de él!, confía en mí Sköll, por favor. Viene con buenas intenciones- él asintió.

- No le haré nada hasta que no se explique, pero entra dentro, o no respondo de mí mismo - ella asintió después de echarle una mirada suplicante. Sabía que, si se quedaba, el enfrentamiento entre los dos hermanos, sería mayor.

Sköll no se quedó tranquilo hasta que vio que Lena, cogía a su mujer de la mano, y entraban las dos, cerrando la puerta. Todos los vikingos estaban ante la puerta, esperando. Arud le entregó una espada. El resto también estaban armados. Harold ya llegaba, frenó el caballo, que parecía a punto de morir de agotamiento. Sköll se puso rígido al verlo. Nunca había visto la necesidad de tratar así a ningún animal.

- Carlson, lleva ese caballo al establo y cuídalo- Carlson era un amante de los animales. Nadie tenía más mano que él, para los caballos. Solía domar los de todos ellos, teniendo en cuenta las preferencias de cada uno.

Harold desmontó y casi se cayó al hacerlo, débil por la pérdida de sangre. Sköll se contuvo para no acercarse a ayudarlo, impresionado cuando vio manando la sangre de su hombro. Estaba muy pálido, parecía llevar varias horas sobre el caballo. Este fue recogido por Carlson y conducido a la cuadra.

- Sköll, vengo a avisaros- intentó acercarse a él, pero Hjalmar interpuso ante él, su espada atravesada para que no pudiera andar más. Harold la miró y continuó hablando- escucha, sé que tienes motivos para estar enfadado, pero yo no he tenido nada que ver en lo del veneno. Me lo contó Dahlia cuando ya habíamos acampado esa noche, lejos de aquí.

Sköll le observaba con los ojos entrecerrados, a pesar de todo, conocía bien a su hermano. No mentía.

- Hjalmar deja que se acerque- el hombre bajó la espada, aunque siguió a Harold pegado a su espalda como si fuera su sombra. Por si tenía que intervenir.

- Sköll, necesito saber algo, antes de nada. Dahlia me ha dicho anoche, que también envenenó a Sigrid, ¿es verdad? - Sköll le observó antes de contestar. La voz de su hermano había temblado, al hacerle la pregunta.

- Es verdad, pero no consiguió lo que buscaba. Está viva, pero no le pasará lo mismo a esa esclava, en cuanto le ponga la mano encima. Y la encontraré, te lo aseguro. Sigrid ha estado a punto de morir- Harold respiró profundamente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

- No te preocupes, yo mismo la he matado, le he clavado un cuchillo en cuanto me dijo lo que había hecho- se limpió los ojos, avergonzado por llorar como un niño, frente a aquellos hombres- tengo que decirte algo Sköll. Os están buscando. Unos hombres, parecían soldados, por cómo

iban armados. Como vosotros- les señaló a todos- hablé con el jefe haciéndole ver que les traería hasta aquí. Quiere raptar a Sigrid para controlarte. Y así hacerlo con todos. No sé qué propósito tiene, pero creo que quiere que luchéis con él, o algo así.

- ¿Sabes su nombre? - preguntó, aunque sabía quién era. Solo había una persona posible.

- Harald- Sköll gruñó el nombre furioso y volvió la vista hacia Arud. Este estaba a su lado, vigilando también a Harold. Se separaron un poco del grupo, para que no les escucharan.

- ¿Qué opinas? - le preguntó Arud.

- Dice la verdad, estoy seguro. Sabíamos que esto podía pasar, era muy raro que nos siguiera aquella patrulla de soldados - miró a Arud y luego al horizonte, intentando no dejarse llevar por su genio. Tenía que mantener la cabeza fría.

Al estar medio girado hacia Arud, no observó, cómo, Sigrid abría la puerta y se acercaba a Harold. Solo al escuchar las exclamaciones de sus guerreros, se dio la vuelta para ver lo que ocurría. Rugió al ver cómo ella sujetaba a Harold que caía al suelo, debilitado por la pérdida de sangre y el cansancio. A pesar de todo, tendrían que curarle. Se acercó a ellos y apartó con cuidado a Sigrid, cogiendo a su hermano en brazos y le metió en la casa. Sigrid le siguió, hasta que le dejó en su habitación, sobre la cama. Rompió la camisa que llevaba y se la quitó. Era una herida fea, debía haber sangrado bastante ya que tenía todo el cuerpo, incluidos los pantalones manchados de sangre.

Sigrid entraba, en ese momento, con su bolsa y dando instrucciones a Lena, que salía corriendo. Se arrodilló junto a Sköll observando a Harold, que estaba muy pálido y parecía sufrir terriblemente.

- Sköll, por favor, perdóname- vio entonces a Sigrid- Sigrid, lo siento, no sabía nada del veneno, por favor, créeme. No pude soportar lo ocurrido, pero no quería hacerte daño- intentó sentarse en la cama, la herida seguía sangrando. Sköll le sujetó por el pecho para que se tumbara, y le empujó suavemente.

- Tranquilo hermano, lo sabe, lo sabemos todos. Yo en tu lugar no sé cómo hubiera reaccionado. Tranquilízate y cuéntame lo que sepas de esos soldados.

Harold comenzó a responder a las preguntas de Sköll, mientras Sigrid limpiaba la herida, con aspecto de preocupación. Lena, ya a su lado, iba cambiando el agua, pero la sangre no paraba de salir.

Tapó la herida con unos paños limpios y la vendó momentáneamente, para hablar con Sköll. Le hizo un gesto para que la siguiera, ella salió de la habitación.

- Dime Sigrid – ella se alejó un poco más para que no les escuchara Harold.

- No me gusta esa herida, tiene un color raro, no se cierra. Hay que coser.

- Está bien, ¿qué necesitas?

- Agua caliente, paños de algodón, y un cocimiento de hierbas para limpiar la herida. Voy a la cocina, envíame a Lena. Mientras, quedaros con él- después de hablar, salió corriendo hacia la cocina. Se la quedó mirando, un momento, sabiendo que Arud estaba a su lado, esperando instrucciones.

- Somos pocos para vigilar todo el terreno. Los primos que vayan a la cabaña, desde allí pueden vigilar el camino del pueblo. En cuanto al del fiordo, que Carlson y Hjalmar se escondan en el bosque, podrían venir por mar. Queda mucho terreno al descubierto, pero nos tendremos que encargar tú y yo.

- Yo me quedaré en el granero, desde allí puedo ver la zona de los campos.

- Y yo me quedaré en la casa, y vigilaré que no entren. Arud, todos con arcos, además de las armas habituales. Al parecer no son muchos, eso está a nuestro favor- Arud asintió y se fue, enseguida, para dar instrucciones a los demás.

Sköll entró de nuevo para hablar con su hermano. Se sentó en la cama con él. Tenía los ojos cerrados, el vendaje que le había puesto Sigrid, ya estaba empapado en sangre. Abrió los ojos de repente, y le miró.

- Sköll cuida de ella, no dejes que le hagan daño.

- Tranquilo hermano. No le harán nada- Harold suspiró y volvió a cerrar los ojos, más tranquilo, como si ya pudiera descansar. Sigrid volvió, por fin, y dejó todo lo que traía sobre la mesa. Le hizo un gesto para que se levantara.

- Sköll, escucha, Lena sabe coser heridas, afortunadamente. Yo se lo he visto hacer a mi madre, pero nunca he cosido ninguna. La ayudaré por supuesto, pero lo hará ella- él asintió y la miró. Ella negó con la cabeza.

- No sé por qué, pero su energía vital se está apagando. Ha perdido mucha sangre, pero creo que él se está dejando morir. Me da la sensación que ha aguantado hasta contárnoslo todo, y ahora, ya no se resiste - Sköll asintió y bajó la vista. Cuando la miró de nuevo, sus ojos estaban llenos de tristeza. Ella le cogió la mano derecha, donde tenía la herida, y se la apretó con cariño. Luego, ya con Lena en la habitación se ocuparon de Harold.

Harald Knutsen hizo la señal de alto y todos los hombres bajaron de los caballos. Estaban cerca de la entrada de la granja. Desde allí, podían ver los diferentes caminos que convergían en la casa. Habló con su segundo, resguardados tras los árboles del camino, para pensar cómo atacarían. Una vez planeado, decidieron esperar a que cayera la tarde, y cuando hubiera menos luz, hacerlo desde varios flancos.

Sköll iba de la puerta delantera a la trasera, para mantener vigilado el mayor terreno posible. Sigrid salió, agotada, de la habitación de Harold, dejándole al cuidado de Lena. La muchacha estaba demostrando tener muy buena mano con los enfermos, mejor que la suya. Se cruzó con Arud que entraba en ese momento, dejándola salir antes. Les dejó solos, sabiendo a qué había ido el berserker.

Lena estaba mirando si Harold tenía fiebre, pero de momento, parecía que no era así.

- Lena- se irguió, volviéndose, al escuchar el susurro. Arud estaba frente a ella, con un hacha en una mano, y una espada en la otra. Él, al ver su mirada, las dejó contra la pared, y volvió a colocarse frente a ella. Tomó sus manos y las besó, luego puso su frente sobre ellas un momento. Era el gesto que se hacía al jurar fidelidad a un señor, cuando se adquiría la obligación de luchar para él- ella le miraba sin entender.

- Si algo me ocurre en la lucha, quiero que sepas, que te reconozco como mi andsfrende, mi alma gemela. Si en esta vida no podemos unirnos, te esperaré en la próxima- cogió su cara con delicadeza y la besó con profunda adoración. Lena, con lágrimas en los ojos, le puso la mano en la mejilla, mirándole durante un largo momento. Él recogió las armas y se fue hacia el granero, para ocupar su puesto en la batalla que se avecinaba.

Las horas pasaron con lentitud, la noche caería en unos minutos, ya se empezaba a esconder el sol, cuando escucharon relinchos y gritos de guerra. Por el camino de entrada a la granja, venían tres caballos. Arrastraban unos matorrales ardiendo, y se dirigían, desbocados, en diferentes sentidos.

Los primos salieron de la cabaña corriendo para intentar interceptarlos. Una lluvia de flechas, los hirieron, dejándolos en el suelo, sin moverse. Dahl tenía tres flechas en su cuerpo y Danielsen cuatro. Los caballos siguieron su camino, quemando lo que encontraron a su paso. Arud y Sköll, sin embargo, permanecieron en su sitio. A continuación, entraron otros tres caballos, estos con jinetes, lanzando flechas ardiendo a la cabaña y la casa. Luego, se dirigieron a los establos y al granero. Sköll no podía permanecer allí, sin hacer nada. Echó la vista atrás, Sigrid le miraba.

- Adelante, ve a ayudarles- le empujaba hacia la puerta.

- Tengo que ir. Estaré pendiente, no me separaré de la entrada, si se acerca alguien, no le dejaré pasar.

- No te preocupes amor mío, vete. Que los espíritus te protejan- le besó rápidamente, y volvió a empujarle hacia la salida. Sköll abrió la puerta, lanzando un grito de guerra terrible, que hizo que a ella se le erizaran los pelos del cuerpo.

Se dirigía hacia la habitación de Harold, que seguía en la cama muy grave, junto a Lena, cuando se abrió la puerta trasera de la casa. El hombre que profanó su hogar, sonrió al verla. Esa sonrisa prometía la muerte. Su hacha ya estaba ensangrentada, Sigrid no se desmayó al verla, porque sabía que era imposible que la sangre fuera de Sköll, ya que había salido por el otro lado de la casa.

- Un poco idiota tu pareja, mujer, ir a ayudar a sus amigos y dejar aquí, desprotegido, su mayor tesoro- estiró la mano haciéndole una seña para que se acercara, pero ella no se lo iba a poner tan fácil. Prefería morir a que se la llevara de allí, veía en su rostro cuánto disfrutaría haciéndola daño.

- ¡No la toques! - Harold, había conseguido levantarse. Sigrid no podía explicarse de donde había sacado las fuerzas, pero estaba de pie, sujeto por Lena. Harald sonrió con maldad, y se acercó a él, apuntándole con la espada. Antes de que pudiera clavársela a él o a Lena, Sigrid dio un paso al frente, erguida y desafiante.

- Iré contigo, si les dejas en paz- el hombre pareció pensárselo, ya que, seguramente, había disfrutado matando a otras dos personas, pero se encogió de hombros. Lo más importante ahora, era llevarse a esa mujer. La miró de arriba a abajo. Era muy posible que, antes de nada, disfrutara de ella unas horas. No solían encontrarse por aquellos pueblos perdidos, mujeres tan bellas y además limpias. Volvió a hacer el gesto para que se acercara, y ella lo hizo, tragando la saliva que subía a su boca, provocada por el asco que le daba pensar, que esa bestia inhumana le fuera a poner las manos encima.

Cuando la tuvo a su alcance, le rodeó la cintura con un brazo, y colocó el filo de la espada en su cuello un momento, solo para que viera de lo que era capaz. Pero ella no tembló como otros. Se extrañó, al encontrar a alguien que no le temiera.

- ¡Tú! ¡Mujer! - Lena, sujetando a Harold moribundo, como podía, le miró llorosa- dile a tu señor que estaré, mañana al amanecer, en las ruinas del castillo de Ribe. Que venga solo, si quiere que ella viva- miró durante un momento, cómo el filo de su espada traspasaba ligeramente la piel de su cautiva. La sangre comenzó a manar de la herida ligeramente, escurriendo por el pecho de Sigrid, quien miraba, tranquila, a Lena. A pesar de todo, ningún quejido salía de sus labios- Allí hablaremos de todas las cosas que tengo que decirle. Mañana al amanecer- retrocedió señalando con la espada, el pequeño charco de sangre que Sigrid había dejado en el suelo. Dile también que, si me sigue, que se olvide de ella, la despedazaré y dejaré los trozos

para los buitres.

Harold, que parecía a punto de desmayarse, o morir, se lanzó hacia él, intentando salvar a Sigrid. Harald, casi sin hacer esfuerzo, levantó la espada, y con el propio movimiento de Harold, se la clavó en el vientre. Harold miró triste a Sigrid, que intentó acercarse a él, pero el asesino, ya la arrastraba hacia la puerta. Lena ya estaba agachada, intentando detener con las manos, la sangre que salía de la herida, pero era imposible. Esa fue la última visión que tuvo Sigrid de él.

Harald la subió a un caballo, y le ató las manos entre sí, y los pies a los estribos, cogiendo él las riendas. Luego, él montó en otro, y salieron, al galope, por la parte de atrás de la casa. El camino se adentraba en las montañas. Era impracticable en esa época del año, motivo por el que no lo habían vigilado. Pero no habían contado, con que sólo lo utilizaran para rodear la granja. Esto les hizo retrasarse un par de horas, pero cuando estuvieron fuera del alcance de los berserkers, Harald volvió al camino de Ribe. Allí esperó a sus hombres, que aparecieron un rato después, según el plan.

DIEZ

Sköll se extrañó al ver que los atacantes huían. Llevaban pocos minutos de lucha, y quedaban cuatro atacantes. Entonces, se había escuchado un toque largo de llamada, emitido con un cuerno. Conocía bien el sonido, lo había escuchado en la guerra, el enemigo avisaba a los soldados para que se retirasen. Salió corriendo a la casa, con el corazón en la boca, dejando el cadáver de uno de ellos en el suelo, muerto por un hachazo.

Entró llamándola, pero no contestaba nadie, corrió por el pasillo y encontró a la esclava arrodillada sujetando la cabeza de Harold, que intentaba hablarle. Se arrodilló junto a él, aunque su alma ya temblaba, conociendo la respuesta a la pregunta que iba a hacer.

- ¿Dónde está Sigrid? - Lena negó con la cabeza llorando- el hombre ha dicho que te espera al amanecer, en las ruinas del Castillo de Ribe- Harold hizo un último esfuerzo.

- Se la ha llevado. Lo siento, no he podido defenderla, yo...- intentó seguir hablando, pero al coger una última bocanada de aire, murió. Sköll le cogió en sus brazos, sin poder aceptar la dura realidad. Luego, lanzó un aullido animal, repleto de promesas de venganza. Recuperaría a su mujer, no importaba lo que costara, y el hombre que se había atrevido a llevársela de su lado y a asesinar a su hermano, desearía no haber nacido.

Sigrid intentaba entrar en la mente de Sköll, pero estaba demasiado alterado, lo notaba. Si no se tranquilizaba, no podría contactar con él. Ya sabía que la habían raptado. Parpadeó para eliminar las lágrimas en sus ojos, tenía que mantenerse lo más calmada posible, sino no podría ayudarse a sí misma. Y quería vivir, necesitaba hacerlo para volver junto a su amado, y para que su hijo pudiera llegar a nacer. Decidió intentar hablar con él de nuevo, un rato más tarde.

Sköll llevó el cuerpo de su hermano a la cama, para dejarlo allí, de momento, y salió fuera para comprobar cómo estaban los demás. Hjalmar venía hacia ellos con Carlson en brazos, parecía estar grave. Corrió hacia él

- Sköll, hay que recoger a Dahl y Danielsen, no sé si viven todavía. Esos cerdos les han acibillado, por la espalda- corrió hacia los cuerpos, que estaban tirados en medio del camino, y se arrodilló a su lado. Milagrosamente vivían, aunque no sabía por cuanto tiempo. Cogió a Danielsen primero, que parecía estar peor. Volvía con él en brazos, cuando vio a Arud que venía cojeando, con una flecha en el muslo.

- ¿Cómo estás? - Arud asintió y se dirigió a por Dahl. Les llevaron a la casa, para intentar curarles lo antes posible.

Lena corría de una cama a otra, sin saber por dónde empezar. Hjalmar, que les había curado las heridas en algún momento, le iba dando indicaciones. Danielsen era el que estaba más grave. Tenía una herida terrible en el pecho, por donde sangraba bastante. Hjalmar en ese momento hablaba con Sköll en el pasillo, mientras Lena intentaba limpiarla y ponerle un paño para intentar parar la hemorragia, siguiendo instrucciones de Hjalmar.

- Está muy mal, no sé qué hacer, si no pudiéramos hacer otra cosa, le cosería, por probar. Si estuviera aquí Sigrid, seguro que conoce alguna hierba que le podemos dar, o algo.

- ¡Pero no está, Hjalmar! - Sköll estaba demasiado nervioso y asustado, no necesitaba que le recordaran que ella no estaba.

- ¿Has intentado comunicarte con ella? - susurró. Sköll asintió abatido. No podía, no sabía lo

que ocurría. Era como si su conexión hubiera desaparecido.

- ¿Qué haces Arud? - les sobresaltó el grito de Lena, entraron en la habitación para ver qué ocurría. Su amigo, sentado junto a la ventana, se acababa de arrancar la flecha que le atravesaba el muslo. Sköll sabía el enorme dolor, que suponía hacer eso.

- Hjalmar, ese es al primero que tienes que coser. Le necesito lo antes posible- se acercó a Arud y se plantó ante él con los brazos cruzados, transmitiéndole con su expresión, lo que opinaba de lo que acababa de hacer.

- Alguien tendrá que acompañarte, y Hjalmar debe quedarse con los heridos- mantenía apretado algo sobre su herida, intentando taponarla. Sköll asintió.

- Quédate a cargo de todo durante unos minutos, tengo que intentar contactar con ella. Iré a la sala de baños- Arud asintió- si ocurre algo estoy allí. ¿De acuerdo? – en ese momento, Lena, se arrodilló junto a Arud, y destapó la herida para verla. Lágrimas silenciosas caían, debido a todo lo ocurrido, por sus mejillas. Arud le limpió las mejillas con la mano que tenía libre, con algo de torpeza. Sköll notó, desde el par de pasos de distancia que les separaban, el intenso calor que emitía la muchacha. Se acercó de nuevo a su amigo.

- Destápate la herida- Arud, intrigado, lo hizo.

- Lena, pon tu mano en la herida, y déjala ahí unos momentos- la muchacha alargó la mano y cubrió suavemente la piel con ella. Sköll se acuclilló junto a ellos.

- Lena, intenta concentrarte en curarle, Sigrid me dijo que tenías un gran don curativo. No sé si servirá de algo, pero creo que el calor que emites ahora mismo, puede ser bueno para ello- ella asintió y cerró los ojos. Entonces ocurrió lo imposible.

La muchacha comenzó a emitir una especie de luz, por todo su cuerpo, brillaba con suavidad, como una luciérnaga en una noche de verano. Poco a poco, esa luz se fue dirigiendo a la pierna de Arud, a través de la mano de la muchacha. Arud hizo una mueca, sintiendo un gran dolor. Era como si le quemaran por dentro, pero no dijo nada, sólo la observó. Parecía en paz, ella, al notar su mirada, abrió los ojos, se habían vuelto totalmente dorados. Como oro líquido. Arud, en ese momento, supo que, esos ojos, le perseguirían hasta que muriera. Esperaba que se pudieran unir pronto, a él no le quedaba mucho tiempo.

Lena cuando notó que dejaba de fluir el calor por su cuerpo, levantó la mano. La herida estaba casi totalmente cicatrizada. Con los ojos como platos miró a Sköll, que sonreía. Arud no se lo podía creer, y tocaba la herida, por delante y por detrás del muslo, intentando entender lo ocurrido.

- Arud, encárgate de que lo haga con los demás, imagino que tendrá que descansar. Esa transmisión de energía, debe cansar mucho- la muchacha negó con la cabeza.

- Estoy bien.

- En cualquier caso, los que están más graves, necesitarán varios días para conseguir curarse- comentó Arud. Sköll asintió y se dirigió a la sala del baño. Necesitaba sentirla. La criatura aullaba de dolor por la rotura de la conexión, y comenzaba a dolerle la cabeza.

Instintivamente, decidió desnudarse, y meterse en el agua, le parecía que sería la mejor manera para poder sentirla. Se acomodó contra una de las paredes, y cerró los ojos intentando tranquilizarse. Al principio no veía ni sentía nada, pero se obligó a sí mismo a seguir tranquilo, y respirando pausadamente. El berserker y él eran uno, como ocurría desde que se había unido a su andsfrende.

Los caballos iban de nuevo al paso. Dado que muchas veces cogían rutas de montaña, siguiendo a uno de los hombres que parecía conocer el terreno, no podían correr. Sigrid, respiró profundamente para tranquilizarse, y volvió a mirar en su interior, aunque evitó cerrar los ojos. Eso hizo que ninguno de los hombres que la rodeaban, pudieran ver nada raro en su actitud. Solamente que su mirada estaba fija al frente.

Buscó con su mente la de Sköll, y vio una luz lejana, se dirigió rápidamente hacia ella, sintiéndose mejor. Ya estaba en la mente de él. Sköll la transmitió su amor incondicional, lo que hizo que se sintiera amada y necesitada, y ella se hizo lo mismo.

La comenzó a preguntar cosas concretas, como el sitio por donde iban andando, pero ella no conocía la zona, intentó explicárselo, pero solo podía decirle que cabalgaban entre las montañas. Sköll no sabía por dónde iban exactamente. Comenzó a enfadarse de nuevo, por lo que peligraba la comunicación.

- Sköll, si no te tranquilizas, no podremos hablar. No he podido contactar contigo hasta ahora, que estás más tranquilo- él asintió, aún con los ojos cerrados, como si pudiera verle.

- Tienes razón, mi andsfrende, pero no puedo resistir pensar que estás en manos de ese hombre. ¿Podrías mirar hacia el paisaje, pero sin cortar la comunicación?

- Lo intentaré- todo esto era nuevo para ella. Pero lo intentó, hizo que parte de su mente, fuera consciente de lo que sus ojos veían. Notó cuando Sköll comenzó a verlo también. Giró la cabeza a izquierda y a derecha como si admirara el paisaje, haciendo que Sköll se desesperara, hasta que vio el Desfiladero de Minsk. Lo reconoció por sus riscos cortados en forma de picos en horizontal, que parecía que se iban a caer encima de los incautos que pasaran por debajo.

Levantó la cabeza y abrió los ojos. Sigrid se sacudió pensando que lo había perdido. Pero él se despidió antes.

- Sigrid, recuerda que te amo. Aguanta hasta que llegue, ya sé por dónde vais- después de eso, solo hubo silencio.

Sköll salió corriendo de la piscina, y se vistió, sin secarse.

Arud estuvo ayudando, en lo que podía, a Hjalmar y Lena, a curar a todos los heridos. Cuando terminaron, Dahl, Danielsen y Carlson seguían en la cama, y Hjalmar y Arud, de pie observándolos. Lena estaba muy pálida. Arud la cogió en brazos, cuando notó que se tambaleaba por el agotamiento, y la llevó a su habitación.

La tumbó, encendiendo una lámpara de aceite notando, por primera vez, la extrema pobreza de la habitación. En ese momento, fue consciente, de lo mal que lo habría tenido que pasar a lo largo de su vida, siendo una esclava. Trajo un vaso de agua del cubo de la cocina, y la irguió un poco en sus brazos, para que bebiera. Ella lo hizo, y se lo quedó mirando un largo rato, como si le viera por primera vez.

- Gracias Arud- a él se le pusieron los pelos de punta, al escuchar su nombre en sus labios. Dejó el vaso, y miró sus manos, estaban en carne viva, por la transmisión de calor. Besó las palmas, una cada vez, y las dejó suavemente sobre la cama.

- Descansa, Lena- no quería presionarla, diciendo que saldría con Sköll. Para él era impensable no ayudar a su hermano, incluso si supusiera su muerte. La daría con gusto por él, solo sentía no haber tenido una vida con aquella mujer.

- Arud- se dio la vuelta casi en la puerta de la habitación, ella le hizo un gesto para que se acercara, y luego para que se inclinara. Le dio un beso en los labios. El más dulce que nadie le diera nunca.

- Que los espíritus te guarden. Yo estaré aquí cuando vuelvas- sus ojos, de nuevo, eran como oro líquido. Los de él ahora eran azules, en lugar de grises. Salió sin volver a mirar atrás, sino, no podría irse.

Buscó a Sköll, que se estaba armando en la entrada. Se había cambiado de ropa, y llevaba la de guerra. Se acercó a él.

- Están cruzando el Desfiladero de Minsk, tiene que bordear Lustrup y, luego, dirigirse de allí a Ribe, podemos llegar antes, si vamos directamente.

- Llevan mucho adelanto.

- Si cabalgamos de noche, nos dará tiempo. ¿Estás conmigo hermano? - Arud asintió, ofreciendo su antebrazo derecho, Sköll lo agarró con su mano, y Arud le correspondió, en el saludo que hacían siempre antes de entrar en combate. Se fue a vestir y a armarse.

Lo que más les costó fue convencer a Hjalmar, para que se quedara con los heridos. Quería ir a pelear.

- ¡Yo voy con vosotros!, aquí ya no va a venir nadie a pelear, ¡Sköll, por favor, necesitaréis ayuda! - siempre que había que convencer a Hjalmar para que no entrara en combate, por cualquier motivo, era una tarea muy pesada. Sköll no tenía paciencia para discutir. Arud decidió adelantarse y hablar él, estaba viendo que, sino, tendrían que salir a base de golpes, porque Sköll no estaba en su momento más paciente, desde luego.

- Hjalmar- el hombre volvió su cara enfadada hacia él- necesito que cuides de todos, y de mi andsfrende. Lena está agotada, no se pueden quedar ellos solos. Solo te lo puedo pedir a ti.

- Eres un cabrón, sabes que si me lo pides así no te puedo decir que no, y menos si es tu andsfrende. Está bien, iros tranquilos. Me quedaré con ellos- confirmó abatido.

Los dos hombres salieron corriendo al establo. Gullfaxi relinchaba nervioso desde hacía horas, sabía que algo había ocurrido, y había transmitido la tensión al resto de caballos, que pifiaban nerviosos.

Diez minutos después, hacían correr a los caballos como si les fuera la vida en ello. Los animales tenían miedo, ya que era noche cerrada, aunque la luna creciente alumbraba algo en lo alto del cielo.

La cueva se había calentado con el fuego, y el cansancio hacía que se le cerraran los ojos por el agotamiento, pero no se permitió ni un momento de debilidad. Sabía que estaban esperando que durmiera, para acercarse a ella. El símbolo de hechicera que llevaba colgado del cuello, hacía que le respetaran algo. Existía una tradición ancestral que decía, que al hombre que yaciera con una hechicera, en contra de su voluntad, se le secarían sus atributos varoniles. Sigrid sabía que era un cuento de viejas, pero cada vez que uno de ellos se había acercado, les había echado su peor mirada, y murmuraba algo ininteligible con los labios, como si estuviera haciendo un conjuro.

Las tiras de cuero que le habían puesto en las muñecas, se habían incrustado en la carne, y le sangraban molestándola bastante. Pero era una molestia menor, al lado del dolor que sentía su corazón, pensando que, quizás, no volviese a ver a Sköll.

Observó a Harald distribuyendo a los hombres fuera de la cueva, le dio la sensación que era para quedarse a solas con ella. Se acercó a ella con tranquilidad, no en vano, también le habían atado los pies. Se sentó frente a Sigrid, rozando las plantas de sus pies, que estaban extendidos.

Cogió uno de ellos por el talón, quitándole la bota.

- Tienes unas piernas preciosas hechicera- ella le miró con odio, pero no le habló- imagino que no esperarás, que yo crea la fábula esa, sobre el poder que tenéis las hechiceras.

Sigrid no le contestó, estaba tranquila a pesar de todo, con la tranquilidad que le daba saber, que su hijo se estaba gestando en su interior. Era un espíritu fuerte, hijo de un berserker y una hechicera. Y en ese momento, le transmitía su fuerza y calma, frente a aquél monstruo de maldad. Harald, al ver que ella no hacía ningún gesto, ni le hablaba, comenzó a subir con su mano por la parte interior de sus muslos, hasta que escuchó un gruñido.

Levantó la cabeza para mirarla, preparado para seguir amedrentándola, cuando se levantó de un salto, retrocediendo, al ver su cara. Sus ojos se habían transformado, de un verde femenino y suave, a un azul llamativo. Conocía esa bruma azul, era la de los berserkers, eran unos ojos fieros y que prometían destrucción. La miró incrédulo. Del fondo del pecho de ella salía un gruñido, que se instaló en la cabeza de él, asustándolo a muerte. Dio varios pasos hacia atrás, hasta salir de la cueva. Había decidido que sería mejor pasar las pocas horas que permanecerían allí, con sus hombres, fuera de la cueva. Que aquella bruja durmiera sola. Con aquél demonio dentro.

Sköll frenó a Gullfaxi, y Arud hizo otro tanto. Desmontaron, y se dirigieron a las ruinas, despacio, pero, como habían imaginado, todavía no habían llegado allí. Estuvieron buscando el mejor sitio para colocarse, sabiendo que ellos eran superiores en número, y que había que proteger, sobre todo, a Sigrid. Finalmente, se escondieron, enfrente uno del otro, uno oculto por el bosquecillo, y Arud tras una muralla derruida, de otro edificio, unos metros más allá. La idea era ir matándolos uno a uno, cuando fueran haciendo guardias, porque tendrían que hacerlas, para ver cuando llegaba Sköll.

Un par de horas después, llegaban al antiguo Castillo de Ribe. Sigrid, que estaba agotada, y hubiera dado media vida por poder dormir, se sintió revivir al notar que Sköll estaba allí. Había escuchado la frase, perfectamente, en su cabeza:

- Aguanta amor mío, ya queda poco- ocultando una sonrisa, transmitió tranquilidad a su hijo. Era, todavía, poco más que un haz de luz, pero, siendo tan pequeño, ya le había salvado de una violación.

Harald, en presencia de sus soldados, se sentía más seguro, y la arrastró hasta la hoguera que estaban encendiendo, sin ningún cuidado, por lo que ella tropezó en varias ocasiones, al no poder casi andar, por las ataduras. Siguió sin quejarse en ningún momento, no quería que Sköll se volviera loco y atacara antes de tiempo. Se quedó sentada donde la habían dejado, atenta por si podía ayudarle. Dejó que sus manos reposaran ante su vientre, en actitud defensiva.

Harald distribuyó a los hombres, para que rodearan toda la zona, y no pudieran darles un susto. De vez en cuando se escuchaban sonidos de animales salvajes, lo que le hizo echar más leña a la hoguera. Odiaba el campo, en cuanto fuera rey, no volvería a salir de la corte en toda su vida.

Sköll ya había degollado a dos, y por los sonidos que había emitido Arud, que nunca había sabido imitar a ningún animal, imaginaba que su parte también estaba hecha. Así que solo debía vigilar el mejor momento, para atacar a Harald. Sería cuando no estuviera demasiado cerca de su mujer.

Harald sintió necesidad de hacer pis. No se atrevía a hacerlo ante ella, por lo que se dio la

vuelta y se alejó unos cuantos metros, para hacerlo en el borde del bosque. Estaba sujetando su pene, cuando se dio cuenta de que había demasiado silencio. Algo, enorme, lo enganchó por el cuello.

- ¿Has tocado de alguna manera a mi mujer?, porque, si es así, te la cortaré y te la meteré en la garganta para que te asfixies, sería una muerte adecuada para ti- la voz de esa bestia, le hizo estar seguro de que había llegado su hora.

- ¡Sköll!, ¡mátalo, no me ha tocado, pero mátalo por Harold! - Sköll, entonces, le degolló y fue a buscarla, antes de que el cuerpo de aquél demonio tocara la tierra.

Arud ya la había ayudado a levantarse, y le estaba cortando las ligaduras de los pies y de las manos. Cuando estuvo libre, se abalanzó sobre Sköll sollozando, por fin podía llorar a gusto. Él la acogió en sus brazos, sintiendo que, podía respirar de nuevo. Agradeció con una mirada a Arud lo que había hecho por él, sabía lo que le habría costado dejar a su andsfrende en la casa, sin quedarse él a protegerla.

Montaron sus caballos, dejando los cadáveres para que se los comieran los animales salvajes.

EPILOGO

Sigrid jugaba con el bebé, que estaba tumbado sobre una manta, el sol por fin calentaba. El verano había llegado. Lena salía de la casa, llevando el juguete preferido del pequeño Harold. Se dejó caer junto a ellos.

- No lo encontraba, estaba caído junto a la mesa de la sala- se lo dio a Sigrid quien se lo enseñó al niño, que estiraba los brazos intentando alcanzarlo, sonriendo por fin.

- Tiene el mismo carácter de su padre, qué gritos pega cuando quiere algo- sonreía divertida, ya que desde que había nacido, tenía un gran parecido con Sköll, lo que hacía que éste estuviera más hinchado que un pavo.

La vida en la granja había cambiado mucho. Había dos siervas más, pero ya no había esclavas, ninguno de los dos quería. Habían decidido contratar trabajadores libres, a los que les pagaban un dinero al año. Era muy extraño, no conocían a nadie más que lo hiciera, pero Sigrid estaba feliz. En cuanto a los esclavos masculinos, Oleg, Hansen y Goran, Sköll les había ofrecido pagar por su liberación, a cambio de su trabajo.

- Arud quiere que nos casemos, pero yo no estoy muy segura. Le veo tan serio, y tan mayor- Sigrid la miró sin hablar de momento, a la espera de que su amiga le dijera todo lo que sentía.

- Me gustaría, más que nada, aprender más sobre la curación, creo que puedo ser buena en eso.

- Puedes, no, lo eres- Sköll le había contado lo que había hecho con los heridos, nunca había escuchado ningún caso igual- Lena, puedes hacer todo, aprender y, además tener una vida con el hombre que elijas. Yo también creo que debes aprender a utilizar tu don.

Sköll, Arud y los demás venían a caballo, riendo y hablando entre ellos, habían ido a recoger el barco, para guardarlo en una especie de granero, que habían construido al lado de la playa. Sköll quería que hicieran un viaje, todos en unos días. Aprovechando el buen tiempo del verano, y que la mar estaba en calma. Sigrid se levantó para esperar a su marido, dejando a su hijo cuidado por su amiga.

Alzó los brazos cuando Gullfaxi se separó de los demás acercándose a ella, para que Sköll la subiera, lo que hizo sin esfuerzo, y la montó ante él. La besó, acunándola contra sí como lo que era, su vida entera. Ella le miró con estrellas en los ojos, y él preguntó.

- ¿Sabes que tienes los ojos brillantes?

- Es la felicidad- los de él lucían como el sol. Se fundieron entonces en un beso largo y apasionado, que hizo que el resto de los hombres rieran a carcajadas y jalearan a su hermano.

FIN

Table of Contents

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[EPILOGO](#)